

# **E**rídano

Suplemento N° 23 de Alfa Eridiani



**LA COLMENA Y SUS ALREDEDORES**  
*Cuentas de un futura próxima*

*Gianluca Turconi*



ISSN: 1696-6538

LA COLMENA Y SUS ALREDEDORES  
Cuentos de un futuro próximo  
Gianluca Turconi

# LA COLMENA Y SUS ALREDEDORES

*Cuentos de un futuro próximo*

Gianluca Turconi

**Edita:** Asociación Alfa Eridiani.

**Comité de Redacción:** José Joaquín Ramos, Graciela I Lorenzo, J.A. Menéndez, Daniel Yagolkowski, Adriana Alarco de Zadra, Sergio Bayona y J. Javier Arnau.

**Ilustrador de portada:** Olga Appiani.

**Traducción:** Adriana Alarco de Zadra.

**Conversión a epub y mobi:** Carmen Cabello.

**Infografía portada:** Sergio Bayona.

## ÍNDICE:

<b>MUCHACHAS EN CAJA .....</b>	<b>4</b>	Acto II: Café Danzante Gorthari .....	83
<b>CUENTAS CLARAS.....</b>	<b>29</b>	Acto III: Génesis extraterrestre .....	93
<b>LA GUERRA DEL ALAMBRE DE PÚAS.....</b>	<b>36</b>	<b>PARADA OBLIGATORIA.....</b>	<b>103</b>
<b>TURNO DE NOCHE .....</b>	<b>54</b>	<b>UNA MENTE EXTRAVIADA .....</b>	<b>113</b>
<b>PADRES A CUALQUIER PRECIO .....</b>	<b>66</b>	<b>LO QUE TODOS LOS HOMBRES SABEN ..</b>	<b>120</b>
<b>OTRO DÍA EN WAGLIMONT.....</b>	<b>75</b>		
Acto I: Doh'ka .....	75		

Subido a la red el 15 de junio de 2014

## Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto de la obra que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

**ZONA DE DESCARGA:** <http://www.alfaeridiani.info>

**E-MAIL DE CONTACTO:** [alfaeridiani@yahoo.es](mailto:alfaeridiani@yahoo.es)

**FACEBOOK:** <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.



## MUCHACHAS EN CAJA

**L**a sala de espera quedó vacía y sólo quedaron ellas dos.

—Preferiría irme —confesó Roberta.

Alessia se impacientó:

—Escúchame, Roby, son sólo las seis menos veinte. Aquí había un montón de muchachas antes que nosotras y no puedes pretender que nos dejen pasar primero. Ya te dije que conozco al director. Nos presentamos, superamos la prueba y ya está.

—Si no fuese por el dinero...

—¡No molestes, corazón! —La amiga perdió la calma por un momento—. Cuando quieres te pones muy fastidiosa. ¿No querrás comenzar con la misma historia de siempre? Me repites continuamente que quedaste embarazada a los catorce años, que tienes un hijo de dieciocho meses, que tuviste que dejar tu casa... Estoy aburrida de tu infinito bla bla bla —Y la remedó moviendo las manos mientras hablaba—. ¿Crees que eres la única en el mundo a quien le sirve el dinero? Todas lo necesitamos. O nos dan el trabajo o nos quedamos en medio de la calle.

Roberta bajó los ojos y observó la punta de sus zapatos. Los compró para la ocasión por ciento cincuenta euros en una tienda de la periferia, con un gran descuento. Eran rojos, lustrosos, de tacón alto y con tiras para anudar.

*Zapatos de puta, pensó.*

Volvió a mirar a Alessia a los ojos:

—Para ti la vida es fácil, Ale. Aún vives con tus padres. Te pueden ayudar.

—¿O sea que mi vida es fácil? —respondió la amiga seria—. Según tu opinión, ¿no es difícil tener dieciséis años y ser perfecta en la escuela, el orgullo de mamá y papá, y luego estar obligada a levantar la falda para mostrar el culo de adolescente a sus amigos babosos y colegas de trabajo, sólo para que me suban la propina mensual?

—Podrías dejar de hacerlo.

—¡Ya asomó la sabihonda de Roberta! —Alessia se levantó, caminó inquieta por la sala y volvió a sentarse—. No puedo dejar de hacerlo —exclamó—, ¡es una necesidad fisiológica!

*Conozco bien tus necesidades fisiológicas, pensó Roberta entre sí.*

Alessia había visitado varias veces su departamento para drogarse a escondidas de sus padres. Era una tóxico-dependiente de la peor especie. Podía trastornarse con



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

cualquier droga que caía en sus manos pero prefería hacerlo con la réplica genética de la metadrenalina. Le levantaba el ánimo esa mierda y en el mejor de los casos la encontraban haciendo equilibrio sobre un cable de alta tensión. Roberta la había visto drogarse delante de su hijo Ricardo. Después de echarla de su casa por esa razón, no pudo resistir estar enfadada con ella por mucho tiempo y la llamó por teléfono para saber cómo estaba.

A pesar de todo eso, Alessia seguía siendo su mejor amiga. La misma que la acogió cuando dejó la escuela y le pagó el alquiler durante los meses que estuvo en dificultad. Con o sin la amistad que las unía, a Roberta no le gustaba el lugar donde estaban y trató de buscar una escapatoria para evitar la cita.

—Podría pedirle a Sergio una cifra por alimentos.

—¡Estás superando el límite, Roby! ¿Quieres que te haga recordar cómo sucedió tu historia? Porque me parece que lo has olvidado. —La concepción de Ricardo fue el resultado de una chingada en el baño de la escuela. Sergio ni siquiera le bajó los calzones sino que los jaloneó y se la tiró. Luego le pasó lo mismo a Alessia—. ¿Para obtener una orden del tribunal estás dispuesta a decirle a tu hijo cuando crezca que su padre se tiraba a dos muchachas y solamente la menos suertuda se olvidó de tomar los inhibidores de la ovulación? ¡Será mejor que abras los ojos, chica! No sueñes con un amor que nunca existió.

—Mi futura estrella tiene carácter para vender —intervino un hombre asomándose a la puerta de la oficina.

—Alberto, ¡finalmente! —exclamó Alessia mientras lo abrazaba. Se conocían hacía tres días pero el saludo caluroso parecía demostrar una amistad de mucho más tiempo—. Te presento a Roberta, la amiga de quien te hablé.

El director se acercó para estrecharle la mano.

—Mucho gusto de conocerte. Alessia no te hizo justicia cuando me contó que eras bonita. Realmente eres muy hermosa. —Le sonrió amablemente y ella se sonrojó—. Podemos entrar a mi oficina para empezar.

La oficina era un cuarto sin adornos, con un terminal holográfico en el techo, un escritorio cubierto de cables con enchufe neural, algunos afiches atrevidos en las paredes y dos sillas plegables. Sobre una de ellas estaba sentado un hombre cincuentón, gordo, calvo, con ojeras; un buey que la ironía de la naturaleza lo hacía parecer humano.

Alberto explicó su presencia:

—Nuestro productor ejecutivo, el señor Cataldi. —Luego se sentó en la otra silla y las incitó—: Si no les molesta, desnúdense completamente.

Empezaron a desvestirse apoyando su ropa sobre un termosifón apagado, el único espacio libre donde podían hacerlo. Adentro hacía frío. Parecía estar dentro un re-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

frigerador. Después de quitarse el sostén y el calzón, Roberta se estremeció y avanzó hacia el centro de la habitación con una mano en el pubis.

—¡Oye, chiquilla! —exclamó Cataldi con voz áspera—, quita esa mano de ahí.

Ella detestaba que la llamaran así. Sergio generalmente le decía lo mismo o también «mi chiquilla» o «la chiquilla tonta». Podía condimentar el vocablo con todas las salsas de su limitada capacidad lingüística. Roberta hubiera preferido recoger su ropa y mandar al diablo a Cataldi, Alberto y Alessia, pero necesitaba de dinero contante para conservar su departamento. Una como ella en medio de la calle, con un hijo de año y medio, no iría muy lejos. Se tragó el orgullo y quitó la mano.

—¡Magnífico! —Alberto simuló un aplauso—. Por favor, ¿podrían dar una vuelta? Sí, bien.... Otra vuelta más, gracias. Tú, Roberta.... —no estaba muy satisfecho con ella—, levanta los brazos, recoge tus cabellos detrás de la cabeza y cruza un poco las piernas.

Ella siguió las indicaciones al pie de la letra y Alberto se entusiasmó:

—¡Fantástica! Tienes el aire de la niña que estábamos buscando. Cataldi, ¿no es perfecta?

El productor sobrepuso su labio inferior sobre el superior y evaluó el cuerpo de Roberta, deteniendo la mirada en sus caderas y en el seno. Finalmente exclamó:

—Puede ser. Espero que sea todo natural.

Alessia se dio un golpe en la cadera y confirmó, con vivacidad:

—Producción propia garantizada. No tenemos injertos de sostén del hardware ni algún mejoramiento microbiológico.

Luego de haber desocupado el escritorio, las muchachas perdieron otros veinte minutos en decenas de poses que fueron tomadas escrupulosamente por el terminal holográfico. Ya estaban trabajando y aún no habían visto ni un centavo.

—Ok, basta por ahora. Vístanse —indicó el director. Roberta lo hizo con rapidez, antes de enfermarse de pulmonía. Cataldi abrió un cajón del escritorio:

—Por lo que me concierne, pueden considerarse empleadas. Debemos sólo aclarar algunos detalles del contrato. —Apoyó sobre la superficie de la mesa el aparato para escandir el chip de crédito.

—Por ejemplo —interrumpió Alberto—, ¿cuántos años tienen ustedes?

Alessia se arregló el cuello del uniforme de la escuela y mintió con el arte de quien sabe alejarse de la verdad por tener una práctica constante:

—Dieciocho.

—Una buena noticia —respondió Cataldi—. Acérquense. Para demostrarles que somos gente seria, les anticiparé el diez por ciento del precio acordado con Alberto en



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

vuestro chip subcutáneo.

—No tengo el chip —se le escapó a Roberta.

La mentira de Alessia terminó allí.

—¡Cristo! ¡Otras menores de edad! —Cataldi lanzó el aparato contra el muro, rompiéndolo en pedazos—. Yo produzco pornografía profesional. Estaremos en directo on-line en el circuito nacional dentro de cuatro horas y me han garantizado que tendría las muchachas adecuadas. ¿Es esta una forma de trabajar, aficionado? —La última acusación estaba dirigida a Alberto—. ¿No hemos descartado algunas chicas que podrían haber sido buenísimas? Si me pescan con estas pollitas, me juego la licencia de distribución. Tendré que encontrar una mejor agencia que no me procure problemas. —Y salió de la oficina dejando a todos sin habla.

Roberta estaba atónita:

—¿Qué significa todo esto?

—Que no nos pagará —contestó Alberto. Dio un paso hacia la puerta con la intención de seguir al productor. Ella lo detuvo:

—Necesito el dinero.

—No es mi problema.

La muchacha le hundió la uñas en la piel.

—He dicho que lo necesito.

Alessia la empujó y le puso un brazo sobre los hombros:

—Deja que le hable yo sola. Tengo tacto y no querrás poner en discusión mi sex appeal. —Se arregló un mechón de cabello rubio que le había caído sobre la frente y agitó las pestañas para hacerla reír. En los labios de la amiga apareció una sonrisa.

—Tendremos ese trabajo, Roby. Anda a esperarme en el paradero que yo llego en unos minutos.

Roberta se convenció de que aquella era la mejor solución. Alessia tenía olfato para los negocios y, con el riesgo inminente de caer en una crisis de abstinencia por la falta de metadrenalina, habría concluido un pacto con el demonio si fuera necesario para obtener el puesto. Bajó a la calle como sugirió su amiga.

Afuera sintió el cambio de clima. Durante sus breves estudios en el liceo había descubierto que los poetas románticos alemanes definían Italia como la tierra de los limones y del sol. Evidentemente ninguno de ellos había vivido en Brianza durante el mes de Enero.

El monorriel magnético que conducía a Milán pasó a un metro de distancia del paradero donde estaba esperando sentada en una banca, paralizándola con su sopli-do de viento gélido. La temperatura debía estar a tres o cuatro grados bajo cero y



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

eran las seis de la tarde, o pocos minutos más.

La escarcha, formada por el vapor que salía de los tubos de escape de los autos que pasaban, había formado una pátina blanquizca sobre el asfalto, similar a una delgada capa de nieve. Bastaba observarla para estremecerse de frío. Roberta se envolvió la bufanda alrededor del cuello y se arrimó hacia la pared en un rincón de la caseta.

Una antena flotante de teléfono móvil le voló sobre la cabeza, volteando la esquina de la alameda, siguiendo un recorrido establecido. Eran las seis y cuarto y no había posibilidad de errores. Los autobuses que flotaban sobre la superficie eran puntuales como la muerte. Pasaba uno cada cuarto de hora y recogía a todos los pasajeros de aquella zona. La última carrera de la línea para el suburbio metropolitano de Rho, donde vivía, llegaría en veinte minutos y la nodriza de Ricardo, a quien había pagado con anticipación, se iría a las siete. Alessia tendría que apurarse.

La amiga llegó al mismo tiempo que el monorriel que debían tomar. Indicó al conductor del tranvía, desde el otro lado de la calle, que debía subir. Mientras contaban con lentitud una por una las monedas para pagar el boleto, tuvieron que aguantar los murmullos de desaprobación de los otros pasajeros.

—¿Lo lograste? —le preguntó.

Alessia abrió bien los ojos:

—¿Dudas de mi capacidad? —escribió una dirección sobre la palma de su mano—. Es la casa de Alberto. Debes presentarte allí esta noche a las diez en punto.

—¿Trabajaremos para Cataldi?

—Sí. Empezaremos las tomas como estaba previsto. No habrá retraso. Alberto empleará a un técnico especialista para ocultar los rostros durante la proyección en directa on line y convencerá a Cataldi a que acepte la solución. Por lo demás, he tenido que hacer un compromiso con él y nos pagará solamente cinco mil euros a cada una.

—¿Y, los otros dos mil?

—No podía seguir insistiendo.

—¿Le has explicado que no hago trabajos extra y, sobretodo, ninguno con la boca?

—Sí. Será sexo normal, con parejas que tendrán certificado de buena salud. ¡Te lo juro! —Alessia hizo una cómica imitación de juramento de los scouts.

Al escucharla, una adorable viejita, sentada dos lugares más adelante, se horrorizó como si hubiese visto una monja fornicar con el demonio. Borbotó un comentario severo sobre la moralidad de las muchachas de la nueva generación y se alejó de ellas. Su reprobación no les causó ningún efecto.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Roberta estimó la propuesta.

—¿Será un pago en dinero contante? —preguntó presurosa.

—Al terminar la noche nos lo darán uno sobre otro.

—Si es así, estoy de acuerdo.

No había nada más que agregar y ambas siguieron su viaje en silencio. La parada de Alessia llegó en un minuto. Bajó los escalones recogiendo su larga falda a la manera de las damas del ochocientos. Roberta la envidió. Había nacido con clase y era una pena que la desperdiciara en esa carrera desenfrenada por la droga.

Se cerraron las puertas y la amiga golpeó la ventanilla del sitio donde estaba ella sentada y corrió unos metros junto al monorriel en movimiento gritando:

—Esta noche a las diez en casa de Alberto. ¡No te olvides! —Su figura escapó mientras el transporte aceleraba.

*No lo olvido, querida, pensó Roberta, ¿Dónde más podría ir?*

Observó el ambiente del exterior.

El invierno en ese lugar no incluía el ocaso. Eran noches anticipadas que se devoraban la tarde a la cinco y media si se tenía suerte. Se pasaba directamente de la penumbra de los días nublados a la oscuridad de las noches heladas, sin solución de continuidad.

Su rostro, iluminado por las luces esporádicas fuera de la ventanilla, se reflejó en el vidrio. No le gustó lo que vio: una niña crecida prematuramente, con un hijo a su cargo y una cita para participar en una transmisión muy atrevida en la web, esa misma noche.

Un objeto ovoide le pasó rozando la nariz, asustándola mucho.

—Mier...

Era una de esas estúpidas antenas para celulares. Viajaba sincronizada con el monorriel. Se había enganchado para sostener la llamada del teléfono de un pasajero y no se podía saber quién era. Alguien hablaba con el vecino, otros murmuraban palabras incomprensibles llevando el ritmo de la música de los parlantes a bordo, otro dormía con un ojo abierto para disuadir a los rateros.

Se concentró en el panorama. No tenía nada de poético. El territorio milanés se había despoblado bajando al rango de periferia fantasma con la construcción de la Colmena. Luego de una larga curva la distinguió en medio de otros edificios, como un gigante entre los enanos, en toda la magnificencia de sus quince kilómetros de largo, único ejemplo europeo de fabricación popular autónoma.

La memoria le jugó una broma pesada. Recordó una mañana entre túneles interminables de aquel monstruo de cemento mientras descendía de la habitación de



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

sus padres al piso cincuentaidós para ir a la escuela media del nivel diez, a dos kilómetros en línea de aire. Zigzagueaba entre los cadáveres de los desgraciados que no pudieron regresar a sus casas antes de la suspensión nocturna del servicio de seguridad interna y no habían tenido el dinero suficiente para satisfacer a la banda de rumanos que controlaban el sector.

Después de que Rumania formó parte de la Unión Europea, se podría decir que toda la población del país, desde el Danubio a los montes Carpazo, se había trasladado a la Colmena. La criminalidad no dependía enteramente de los extranjeros, ya que las bandas de delincuentes italianos eran igualmente peligrosas, pero los rumanos no tenían paciencia y estaban más propensos a cortar gargantas sin esperar la mañana siguiente para vaciar el chip de crédito del incauto de turno.

Roberta recordó que se abrió una puerta y una mano la invitaba a entrar con insistencia mientras ella apoyaba un pie en la alfombrilla con la palabra «Bienvenidos». Luego, un muchacho pasó corriendo y la empujó en el corredor. Tenía su rostro impreso en la memoria: dieciocho años, grandes ojos marrones, mechones de cabello castaño desaliñado y con dos policías detrás que lo perseguían. Se cruzaron sólo por un segundo pero no pudo olvidarlo.

Los agentes sintieron la pestilencia que provenía del departamento y se detuvieron.

—Dejemos ir al rumano —ordenó el jefe a su colega. Se interesaron por el tipo en la puerta—. Muévete. Debemos revisar el lugar.

El hombre trató de impedirles la entrada. Roberta estaba inmóvil con su bolsa en la espalda, asistiendo a la irrupción policial que llevó al descubrimiento de un laboratorio clandestino para trasplantes de órganos. Asomó y recordó la mesa operatoria donde había un niño echado, listo para que le extirparan el corazón. Estaba con el tórax ya abierto. Según las intenciones del detenido, ella también hubiera terminado sus días sobre la misma mesa operatoria.

*¿Cuándo sucedió?* Calculó hacia atrás. *Hace menos de cinco años.* Se estremeció. Fue otra época de su vida, en otro mundo.

El monorriel siguió su curso sobre el puente elevado, dejando atrás la Colmena. La llevó a pocos metros de su destino. Habían pasado las siete y la nodriza le contaría los minutos de retraso como pago extraordinario. Digitó su número personal en la cerradura de la casa y al abrir la puerta, Roberta se encontró delante de su madre.

—Mamá...

La mujer tenía a Ricardo en sus brazos y la agredió impetuosamente con una retahíla de palabras:

—¡Ya era hora de que regresaras! ¡Tu hijo no ha dejado de llorar desde que llegué! Lo dejas con personas desconocidas, ¿así pretendes que crezca bien?



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Roberta tomó en brazos a su hijo quien se acurrucó en su pecho.

—María Luisa no es una desconocida. Es la nodriza de Ricardo, tiene buenas referencias y está bien pagada. —Colocó al niño, ya tranquilizado, en su cuna.

—Por supuesto que está bien pagada... He debido pagar el tiempo de tu retraso o no se hubiera ido.

—Nadie te pidió que lo hagas —puntualizó Roberta.

—¡No es forma de agradecer!

—¿Por cuál razón debería agradecerte? ¿Por bajar de tu pedestal y venir a traerme su dinero?

—¿Odias tanto a tu padre que ni siquiera mencionas su nombre?

Algunas cosas no se explican a las amigas ni a las madres.

—Él lo sabe muy bien. Empezando por haberme arrojado de mi hogar con un bebe auestas. Estoy legalmente emancipada y no puedes obligarme a verlo si no lo deseo, ni a pronunciar su nombre.

—No he venido a pelear. Debo hablar contigo.

—Hazlo.

—Quisiera que regreses a casa.

Roberta lanzó una carcajada que alegró el ambiente. Se quitó la bufanda, el abrigo y se sentó en un sillón.

—¿Ustedes pueden ofrecerme algo mejor? —Abrió los brazos y mostró su elegante departamento—. ¿Pueden ofrecer algo así a mi hijo? No. Por lo tanto, no me fastidies.

—Te equivocas. Tú no puedes permitirte el alquiler de este lugar.

—¿Me estás haciendo las cuentas en el bolsillo? —Se quitó los zapatos y se hizo masaje en los pies. Ese modelo de tacones la estaba matando. De todas formas tendría que usarlos esa noche—. Sólo les pido que me dejen vivir. —Pasó cerca de su madre y entró en el baño para abrir las llaves de la bañera—. Debo prepararme para ir a trabajar y, ya que María Luisa se ha ido, tengo que llamarla por teléfono y rogarla que regrese.

—Desnudarte en un local de última categoría no es un trabajo. —Roberta tuvo compasión de su mentalidad de pueblerina.

*Si supieras que me han despedido hace seis semanas y que para mantenerme debo facilitar la masturbación de millones de espectadores en la web, te daría un infarto. Pero explicó en voz alta:*

—Lo he cambiado, ahora tengo un trabajo mejor.

La madre no le pidió explicaciones. No pretendía nada de ella desde el día en que



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

le avisó que estaba encinta y que tendría un bebe.

—¿Estás contenta, mamá? Me has dicho lo que querías y ahora debo llamar a la nodriza.

El videoteléfono se iluminó por sesenta segundos. Ninguna respuesta. Volvió a llamar otras tres veces obteniendo los mismos resultados. Frustrada, golpeó el teléfono con el puño.

—¡No está en casa!

Quizás filtraba las llamadas entrantes y sabía quién llamaba. Si Roberta hubiese tenido un chip de crédito le anticiparía el dinero apoyándose en su banco para convencerla de que no perdería las horas laborables. Demasiado fácil. Aquel juez hipócrita, al emanciparla, le prohibió los injertos de hardware hasta su mayoría de edad.

—Para que seas responsable de tus propias decisiones —le anunció en la audiencia, cerrando sus ojos miopes. La consecuencia de ello fue su exclusión de cualquier trabajo decente.

Los eventos habían decidido por ella. Copió en un papel la dirección que le había dado Alessia y suprimió su orgullo:

—Mamá, ¿podrías quedarte con Ricardo? Es importante que vaya a esta cita.

—Deberías...—empezó a decir su madre pero se detuvo inmediatamente—. ¿Cuándo regresas?

—A medianoche, o quizás a la una. —El trabajo era rápido y sabía que podía hacerlo velozmente.

—Bien, entonces me quedo a dormir aquí contigo. Llamo a tu padre para avisarle.

—¡No! —exclamó Roberta con voz ansiosa—. Te conozco. Me atormentarás para que lo salude pero no quiero ni verlo. No me obligues a ser descortés aún cuando me estás haciendo un favor. Espera a que me vaya.

La madre apretó el botón de interrupción de la llamada:

—Ustedes dos necesitan aclarar sus ideas.

—Cuando lo hagamos, serás la primera en estar informada. —Con la cabeza inclinada, Roberta salió del salón y se encerró en el baño.

Encendió el estéreo y el primer concierto brandeburgués de Bach animó el cuarto distribuyendo sus colores psicodélicos. Los reflejos holográficos se dispersaban en el aire con armonías estudiadas para levantar el alma humana a Dios. Roberta no sabía nada de la música clásica, aparte de que era muy relajante y le permitía gozar plenamente de su inmersión en el agua caliente de la bañera.

Cuando terminó su baño, no tuvo dudas al escoger el vestido. Dejó de lado la ropa interior que no le serviría. Se puso una falda de jeans que le llegaba muy arriba de



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

las rodillas y un polo liviano con el símbolo de Superman adelante. Se miró al espejo. El polo de malla fue una idea genial. Le resaltaba el seno y se vería magnífica al quitárselo.

Para completar su vestuario, optó por una chaqueta de plumas de oca que parecía como del siglo veinte. Habría compensado la falta de otra ropa pesada. Le incomodaba volver a ponerse los zapatos nuevos. Los hubiera quemado si tuviera otro par más decente para ponerse. Sus zapatillas de gimnasia esperaban al fondo del armario. Consideró la decisión a favor o en contra y decidió usarlas. Suspiró con satisfacción cuando las sintió suaves en los pies.

No le servía el maquillaje. Su joven edad era más que suficiente para garantizar un rostro atractivo.

*Ocho y media*, se dio cuenta de la hora cuando miró el reloj en la pared. *Estoy retrasada para ser puntual.*

Fue donde su hijo para darle un abrazo. El niño estaba soñoliento y lo aceptó desganado.

—Duerme bien, tesoro mío —le susurró en el oído.

La madre la observaba de pie contra el umbral de la puerta del dormitorio.

—Ten cuidado esta noche —aconsejó a la hija con amor materno.

—Siempre lo he tenido —contestó y le dio un beso.

—¿Y, esto por qué?

—Porque me quieres, mamá.

Roberta salió llevando el último dinero que le quedaba. Le serviría para pagar el taxi hasta la casa de Alberto. Si gastaba todo quedaría sin dinero pero por lo menos habría viajado cómoda.

*Si se atreve a fregarme, le saco los ojos*, se prometió a sí misma, subiendo al auto.

Por la ventanilla divisoria central le entregó el papel con la dirección al taxista, el cual lo leyó rápidamente y le advirtió:

—No tengo autorización para ir allá.

—¿Hasta dónde puede llevarme?

—Hasta Lesmo.

—Vaya hasta allí que luego llegaré a pie.

Evitaron el tráfico yendo por las calles preferenciales del puente elevado. Desde el monorriel, los últimos trabajadores cansados arrastraban los pies hacia los dormitorios del cinturón industrial.

El taxi la depositó en la verja del área residencial de Lesmo y Roberta se sintió



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

más segura. *Finalmente, un lugar donde puedo caminar durante la noche sin dejar el pellejo.*

Desde que cerraron el autódromo de Monza, se había revalorado el terreno entre las estructuras deportivas y el área de Sestese. La gente que contaba en el mundo habitaba en ese lugar. Su sueño era encontrar allí un lugar también para ella y su hijo.

Una casita como otras tantas que surgían en el lugar garantizaría a Ricardo una infancia normal, donde no tendría que cuidarse las espaldas por miedo a que los carniceros lo cortaran en pedazos porque sus órganos costaban menos que los productos farmacéuticos. Para obtener una seguridad financiera, Roberta tendría que subirse las mangas y abrir las piernas, según lo que le pidieran. Era un sacrificio pesado pero soportable, pensó.

Caminó tranquila, con la cabeza levantada. Quería dar la impresión de ser una muchacha de buena familia que paseaba por el lugar.

La cegó una luz brillante.

—¡Califícate! —ordenó una voz masculina. Roberta conocía el procedimiento.

—Me llamo Roberta Perani, documento de identidad AQ 58326125.

La luz disminuyó y pudo observar al portador de la antorcha. Llevaba un casco con visera y sobre la divisa la escrita APP, agente de protección privada. *La gente bien y con dinero puede pagar a un guardia nocturno*, pensó ella. Se quedó hipnotizada cuando un fusil automático le apuntó al pecho.

—¿Qué nivel de autorización tienes? —fue la siguiente pregunta del guardia.

—Debo ir a esta dirección.... —y se adelantó para mostrarle el papel.

—¡Atrás! —El vigilante le apuntó con el fusil—. Dime tu nivel de autorización.

No conocía la respuesta. Un rostro conocido la salvó:

—La chiquilla está conmigo

—Señor Cataldi.... —el APP lo reconoció como residente—. ¿Usted garantiza por ella?

—Es obvio. —La cogió bajo el brazo y la jaló acercándola para encaminarse luego por la avenida. El agente se desinteresó de ella y prosiguió su ronda.

—No debes llamarme chiquilla —exclamó Roberta mientras se soltaba del brazo del productor. No era el tipo de hombre a quien ella permitiría que la tocara.

—Es justo. Eres una mujer. ¿Quieres demostrármelo? —La empujó con la espalda contra un muro en una esquina oscura que no cubría la tele-cámara de la vigilancia, y metió su mano bajo su falda—. Sí, lo eres.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Por su parte, Roberta activó su protocolo de defensa urbana personal. En vez de la patada indiscriminada, optó por un apretón de testículos, controlando la fuerza de la presión. En el fondo, sólo deseaba que la dejara tranquila y no mandarlo al hospital perdiendo su oportunidad de trabajo. Hizo un movimiento y Cataldi perdió el equilibrio mientras se le doblaban las piernas.

—¡Carajo! —le gritó—. Me pagas pero no te pertenezco. Si se te pone duro cuando me ves, anda a tocar a la puta de tu madre y no a mí. —Lo dejó para que pensara en sus preciosos bienes maltratados.

Roberta llegó a la residencia de Alberto en diez minutos. Era una residencia con jardín que podía valer millones de euros.

*Debe ser muy productivo el trabajo en el mercado porno, reflexionó.*

La esperaban. Estaban presentes Alberto y Alessia junto con dos guapos jóvenes que serían sus parejas durante la transmisión además de uno que imaginó ser el técnico operador. Se llamaba Mateo y era un tipo distinguido que no le pareció apropiado para ese trabajo.

—Falta Cataldi. Sin él no se comienza —exclamó Alberto.

—Lo encontré llegando. Tardará un poco —contestó. Roberta se arrepintió de haber sido tan dura con el productor. Si era susceptible le daría problemas.

Alessia la distrajo de sus preocupaciones. Se notaba que estaba drogada con metadrenalina hasta el hueso. Vagaba por el salón donde las habían recibido como si fuera un tigre en su jaula. Respiraba pesadamente por la nariz y buscaba una válvula de escape para desencadenar la energía que la atiborraba. El sexo podría ser una solución.

Era un espectáculo deprimente.

—¿No puedes resistir ni un día entero? —la reprendió Roberta, acompañándola a sentarse en el diván.

Alessia casi ni la escuchó.

—¡Esta noche voy a echar chispas!

—En esta forma, terminarás matándote. Deberías cambiar por una sustancia sintética que sea menos peligrosa.

—¿Efedrina? Sería como tomar agua después de haber probado el néctar. La metadrenalina es idéntica a mi adrenalina natural, compuesta en igual medida. La producen según el pedido y el laboratorio que me lo prepara lo vende a peso de oro, por esta razón.

—Pero te crea dependencia...

—Lo dices porque no la has probado. ¿Quieres una dosis, Roby? Usar el producto



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

derivado de otra persona no es lo máximo, pero te harás una idea. —Le puso en la mano una ampolla de un centímetro con la aguja hipodérmica incorporada—. Si quieres hacerlo, yo te cubro.

Roberta se la devolvió:

—Cuando esté desesperada al punto de querer suicidarme, vendré a pedirtela.

—Me da escalofríos tu pesimismo.

Cataldi entró al salón con aire de asistir a un funeral. Intercambió una mirada con Roberta pero no dijo una palabra.

—Ahora están todos presentes —afirmó Alberto. El director controló el conteo automático del proyector holográfico—. Hemos llegado pronto para la conexión. —Abrió el mueble bar y se sirvió un vaso de Old Middleton.

—No hay nada mejor que un buen whiskey irlandés para brindar por nuestras jóvenes amigas en su primer debut.

Llenó otros vasos y el técnico lo ayudó:

—A mí no me sirvas —aclaró Roberta—, yo no tomo alcohol con el estómago vacío. —No había comido nada desde el mediodía.

—¿Ni siquiera vino blanco espumante? No tiene más de 10° de alcohol. —Alberto agitó la botella que resonó contra el sacacorchos que sujetaba en la mano. Ella tuvo la impresión de que si no se servía, sería excluida de un ritual habitual.

—Sólo una gota. —Le señaló la cantidad alargando el índice y el pulgar de unos milímetros. Mateo le sirvió el vino. Ella bebió con pequeños sorbos y era verdaderamente muy bueno.

Imprevistamente se le detuvo la respiración, se le nubló el sentido y cayó de costado sobre el diván. Sentía la mente ligera. Tenía los párpados abiertos y veía, además de oír, pero no podía hablar ni moverse.

—¡El pajarito cayó en la jaula! —rió Cataldi.

Alessia se asustó:

—¿No la has matado, verdad? Teníamos un acuerdo y debías sólo adormecerla.

*Tenían un acuerdo...*, repitió silenciosamente Roberta.

Alberto acompañó a los dos jóvenes a la puerta. Habían terminado su rol de comparsas. Cuidadosamente, Mateo le tocó la vena del cuello:

—Está viva. Me hubiera molestado muchísimo perderla por una reacción alérgica al anestésico. No cometo ese tipo de errores. Soy un buen cirujano.

*¡Un cirujano!*

El grito le nació en el vientre, le subió a la garganta y desapareció en el aire por la



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

imposibilidad de usar cualquier músculo. Ahora estaba segura de que la cortarían en trozos y venderían sus pedazos, como hacen con un auto robado.

*Quiero llorar.*

No derramó ni una lágrima. El cirujano le bajó los párpados y permitió que se completase el efecto de la anestesia.

Cuando Roberta se despertó estaba haciendo sexo sobre una cama con dosel. Antiguos tapices bordados a mano colgaban en las frías paredes de piedra. Un yelmo y la coraza frontal de una armadura, junto con una larga espada envainada, estaban colocadas a los costados de una enorme chimenea donde ardía el fuego producido por la leña. El conjunto tenía todo el ambiente de ser un castillo medieval.

El hombre anciano encima de ella la penetraba levantándole las piernas mientras apoyaba sus manos en la parte posterior de sus rodillas. Jadeaba y resoplaba rítmicamente. Su cuerpo flácido y pesado la oprimía. Debía quitárselo de encima o la habría sofocado.

De su mente partió la orden de huir, pero su organismo no le respondía. No podía ver quién era aquel puerco. Su rostro aparecía gris y aplanado como si no tuviera lineamientos. No lo cubría ninguna máscara pero era un hombre sin rostro.

Cuando llegó al orgasmo desparramando su semen adentro y encima de ella, se levantó y manifestó con pomposidad:

—Has satisfecho muy bien la *ius primae noctis* que esperaba de ti. Ahora puedes regresar donde tu marido.

Roberta sintió activarse sus nervios.

—¡Bastardo! —gritó mientras le escupía y el viejo se desteñía, desapareciendo en el aire, volatilizándose en el ambiente.

Los tapices, la armadura y la chimenea también perdieron el color como las acuarelas sobre un papel mojado. El castillo desapareció y lo reemplazó una habitación común. Sobre unos estantes de madera se encontraban muchos libros. Modelos de aviones de combate colgaban del techo con alambres, moviéndose empujados por una ligera brisa que entraba de la ventana abierta.

Otro hombre sin rostro la saludó:

—¡Hola!

Tenía la voz de un adolescente. Era un coetáneo.

Le pasó delicadamente una mano sobre los cabellos, dejándolos caer nuevamente sobre la almohada:

—Tu belleza me quita la respiración —exclamó. Bajó la cabeza con la intención de besarla. Roberta se apartó y luego se deslizó fuera de la cama. Ahora podía mo-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

verse.

El hombre sin rostro se mostró desilusionado:

—Si no quieres, me voy.

—¿Qué es este lugar? ¿Por qué estoy aquí con esta ropa? —Estaba vestida con una falda verde con pliegues y un corpiño de lana con cuello alto donde se leía el nombre *Clara* bordado en letras doradas sobre el corazón.

—Clara...—murmuró el joven.

—¡No soy Clara! —Un dolor de cabeza cada vez más fuerte le daba punzadas—. ¿Quién soy? —se preguntó asustada—. ¡Ah, sí, Roberta! —recordó con alivio.

La jaqueca le lanzó otra punzada violenta e insoportable. Se tomó la cabeza entre las manos y la llevó hacia atrás para disminuir el dolor. La desconexión con la red le produjo alivio.

Sucesivamente, la presión sobre el nervio óptico del humor acuoso hizo desaparecer la elaboración de imágenes. Se había vuelto ciega. Creció el malestar mientras el operador volvía a recalibrar la sinapsis.

Pudo enfocar nuevamente el mundo sensible: cuatro paredes, un techo y un suelo sin muebles ni objetos, pintado todo de color azul marino que le irritaba a la vista. En total, la celda podría tener una superficie de quince metros cuadrados y una altura de dos metros.

Roberta estaba vestida con la misma ropa que escogió en su casa y sus órganos internos estaban todos en su lugar. Un ardor en la base del cuello, detrás de la cabeza, le hizo alzar el brazo para tocarse.

Apenas lo sintió, lo identificó. Un cable para implantes le salía del pulso izquierdo y subía por el brazo, atado con fajas elásticas y terminaba detrás de su espalda. Las yemas de sus dedos percibieron la presencia de un enchufe de inserción circular entre las vértebras cervicales.

Sabía sumar dos más dos: la habían encerrado en una caja para fantasías digitales colocándole un implante de interface de conexión neural que se unía directamente a la web.

—¡Criminales! ¡Abortos de mala madre! ¡Hijos de puta! —gritó sin dirigirse a nadie en particular.

Estaba sola. Ella, la caja y... también Alessia, encogida en posición fetal sobre el suelo. Le habían injertado un implante también a ella. Con una mirada alrededor pudo observar que se había divertido en grande.

—¡Traidora! —exclamó y le pateó las costillas. Alessia no dio signos de haber sentido dolor. Fastidiada murmuró:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¡Déjame en paz!

Estaba acurrucada y sufría del clásico efecto péndulo. El éxtasis producido por la metadrenalina la había desencadenado durante las fantasías on-line para terminar precipitándola en un abismo depresivo post-dosis.

—¿Por qué me has engañado? —gritó Roberta y la sacudió vigorosamente hasta voltearla.

A la altura de las glándulas suprarrenales de la otra muchacha vio que sobresalía un segundo implante. Era pequeño y discreto en comparación con la conexión neural. Se limitaba a un tubo de cinco milímetros que salía del cuerpo de Alessia y volvía a entrarle directamente en la arteria subclavia.

—¡Dios santo! ¡Me has vendido por la adrenalina!

Alessia había cambiado su libertad por el sueño de un tóxico-dependiente: drogarse todo lo que podía y cuando lo quería. Estaba adentro de la caja junto con ella para poder pagarse la operación del cirujano. Roberta sufrió mucho más por el fin de esa amistad que por la grave situación en la que la había metido su amiga.

—Ale, ¡eres una estúpida! —le gritó—. Cualquiera cosa que te hayan prometido no es verdad porque no saldremos vivas de aquí...

Las cajas eran ilegales. Las muchachas expertas con quienes había trabajado en el local la habían prevenido contra los clientes que pedían citas fuera del horario.

*Cuidado, Roberta, que no te fríen el cerebro en una caja de fantasías* —le habían reiterado—. *La conexión es continua y con un físico resistente puedes durar como máximo hasta una semana.*

Decidió que tenía una meta a la cual dirigir su atención inmediata:

—Debo salir de aquí.

En la caja no existían puertas ni ventanas. Empujó una de las paredes con las palmas de las manos. Cedió como si fuera elástica pero un chispazo la quemó ligeramente. Los muros no eran reales. Una proyección digital usaba la energía eléctrica de base para encerrarla. Un método rastrero pero eficaz.

*Cautela. Necesito tener cautela, razonó.*

Se quitó un zapato y se protegió la mano con él. El contacto no generó chispas. Empujó con fuerza. *Nada.* Empujó con más fuerza. *Aún nada.*

El muro no tenía ninguna intención de ceder. Se quitó el otro zapato y calzándolo en la otra mano, corrió y se lanzó contra el muro empujando con la fuerza de ambos brazos.

La pared se inclinó por el impacto, se rajó pero luego volvió a su forma original.

—¡No eres indestructible! —exclamó convencida.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Midió la distancia más larga y se aventó. Al impacto, una sombra oscura se alargó sobre la rajadura difundiéndose en el muro con la velocidad de un cáncer linfático. La energía le golpeó los zapatos y le subió por el brazo para entrar en la conexión. La muchacha no estaba saliendo de allí, volvía a entrar en la red.

Pero en esa nueva conexión encontró a la persona que cambió su vida.

Durante la digitalización, Roberta aún llevaba los zapatos en la mano, aún si eran diferentes, de color marrón con hebilla de metal. Sabía el motivo por el que se los había quitado. Descalza no hacía rumor sobre el piso del túnel por el que estaba huyendo.

Era un corredor de la Colmena, en uno de sus niveles subterráneos. Lo entendió por el calor que la rodeaba y por los golpes rítmicos de las bombas hidráulicas que accionaban la instalación de tele-calefacción. A cada flujo del líquido, vibraban las tuberías ciclópeas del techo.

Sus perseguidores la seguían de cerca. Le hablaban en una lengua extranjera, probablemente rumano, que el eco, rebotando sobre los muros, hacía retumbar en sus oídos. La versión elaborada de su injerto se recalentó y se adaptó calculando la velocidad de potencia necesaria para la traducción simultánea.

—¡Detente! No te haremos daño —la tentó el primero.

—¡Nos divertiremos! —exclamó el segundo.

—¡Allá va! —indicó el tercero.

Eran tres y la habían encontrado. Roberta se escondió en el local del quemador, aplastándose bajo una de las tuberías. El hombre sin rostro la encontró. Metió un brazo en la abertura y capturó su pie. Ella pateó y se agitó pero la jaló hacia afuera.

El hombre sin rostro llamó a los otros:

—¿Debe hacer todo yo? ¡Agárrenla con fuerza!

—Oye, Adrian... ¡debemos hacer todo lo que mandas, todo el tiempo...! —se lamentó uno de ellos.

Sin embargo, le cogió los brazos. Ella trataba de gritar: ¡Basta! Pero sofocó sus palabras metiéndole en la boca un calzón que le había arrancado mientras tanto. Los dos jóvenes que acompañaban al hombre sin rostro tenían ambos una fisionomía parecida, rostro de muchachos y mirada de adultos.

Para resistir al estupro, Roberta apretó las piernas. Eran demasiado fuertes para ella y luchar hasta no poder más le habría causado nuevos sufrimientos. Se rindió. El hombre sin rostro se abrió camino ayudándose con sus rodillas y la violentó.

El calor era agobiante. Sobre la piel le cayeron las gotas de sudor que resbalaban de la frente de Adrian. La verdad se le apareció como una iluminación.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

No era una fantasía. Se trataba de un recuerdo.

La precisión de los detalles, la nitidez de los rostros de los cómplices, el comportamiento de la víctima, cada pasaje estaba inciso indeleblemente en la memoria del hombre sin rostro.

—Vamos, Adrian, sal de allí que ahora me toca a mí —pidió con firmeza el que le sujetaba los brazos.

—Cuando termine —interrumpió él—. Dale vuelta.

No finalizó su propósito.

El tercer asaltante entró en el local después de inspeccionar los alrededores:

—Una patrulla de la policía nos ha localizado. Están trabajando junto con la escuadra de APP. Debemos subir a los recintos del piso superior o nos encierran en la trampa.

Adrian no titubeó. Abrió su cuchilla y golpeó a Roberta en el pecho tres veces. El muchacho que había pedido poder participar en la orgía perdió toda su sangre fría.

—¿Qué carajo haces? ¿Era necesario todo eso?

—No debemos dejar testigos.

La expresión de su cómplice precipitó y tembló de miedo cuando se dio cuenta de que Adrian se refería también a él y al otro que vigilaba la entrada.

Luego de haberla matado, ella escuchó esa frase pero el recuerdo se desvaneció y el ambiente cayó en la oscuridad perenne de una caja de fantasías. El hombre sin rostro digital quedó de pie un momento.

Se le acercó:

—¿Cómo te llamas?

Roberta no le contestó.

—¡Tenemos una testadura aquí, señores!

Una garra invisible proveniente de la conexión le exploraba el cerebro, insinuándose.

El hombre sin rostro analizó los resultados de la búsqueda:

—Tu procesador te llama Roberta. ¿Trece años? —La sonda programada investigó en profundidad—. Cuento dieciséis años desde la fecha de tu nacimiento... Es plausible. Las informaciones falsas tienen el propósito de atraer potenciales clientes si las hacen parecer más jóvenes. —Cerró la cuchilla—. Bien, Roberta, yo soy Adrian Radu. Desde mi punto de vista, pareces una chica interesante. Hay mucho por descubrir detrás de la gruesa muralla que te has construido alrededor. Me gustas y nos volveremos a ver.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

La descargó de la red.

La muchacha se movió mientras aspiraba oxígeno con fruición.

—Ha despertado —se tranquilizó Mateo, suspendiendo el masaje cardíaco. Alberto y Cataldi estaban a un metro de distancia, como cuervos alrededor de su presa.

—Tres personas me han asaltado... —Roberta pescó esa información de su memoria.

—¡Imposible! —Afirmó Cataldi—. Las fantasías son transferibles exactamente punto por punto y sólo puede conectarse un cliente a la vez.

—¿Tienen una mejor explicación para estos moretones? —Como prueba de la violencia de la que había sido objeto, mostró las manchas azules en la parte interna de las piernas y de los brazos.

—El agresor se debe haber servido de un *bot* —concluyó el cirujano.

Cataldi cayó de las nubes:

—¿Bot?

—Son aplicaciones artificiales que replican el comportamiento similar de los seres humanos. He visto algunos mientras maniobraban pero la sobrecarga emocional puede ocasionar un shock en las neuronas de una persona con la aparición de reacciones psicosomáticas. Les aconsejo desenchufarla del elaborador central y de apurarse a reforzar su sistema contra este tipo de ataques. Con un poco de suerte podremos descubrir y quemar a quien se divierte jugando con nuestra propiedad. —Roberta se consideró perdida.

*Una propiedad. Eso es todo lo que soy para ellos.*

El productor no quiso escuchar razones:

—Puedo perder cifras de seis ceros por el trabajo de un técnico especializado. Esta putita es la fantasía más buscada fuera del sudeste asiático. Tengo decenas de pedidos para los próximos días. Tendrá que hacer su deber hasta el fondo.

—Arreglémosla lo mejor que podamos y conectémosla nuevamente —propuso Alberto.

—Ustedes asumen la responsabilidad —se obstinó Mateo.

—¿Remordimientos de conciencia? —insinuó el director.

El cirujano lo miró de reojo.

—Tengo una reputación profesional que proteger y una muerte prematura por sobrecarga neural no sería una ventaja en mi currículum.

Roberta los escuchó en estado de trance. Si fuera invisible, la habrían dignado de mayor consideración. De todas formas, estaba esposada y no tenía las energías para



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

oponerse. Mateo le suministró una substancia desconocida.

—Un fármaco antagonista a las neurotóxicas —les informó por escrúpulo.

Su físico extremadamente debilitado parecía parchado y los tres salieron del recinto atravesando las paredes. Este hecho confirmó su sospecha de que la prisión era un encierro sólo para ella. Y también para Alessia. Su amiga se encontraba acurrucada en un rincón. Su belleza juvenil quedaba prácticamente cancelada detrás de ese respiro afanoso, con los cabellos húmedos de sudor y las mejillas hundidas. Roberta le murmuró:

—Alessia, quién sabe si eres feliz en tu paraíso de adrenalina.

Las cajas para fantasías digitales no tenían turnos de reposo ni festividades ni delegados sindicales que impusiera el respeto a los horarios de trabajo. Allí se imponían dos reglas doradas y Roberta las aprendió escrupulosamente. La primera era que el propietario de la fantasía era un dios omnipotente en su mundo digital y la segunda, que la única forma de sobrevivir era tolerando el horror de la situación.

Durante las horas siguientes o quizás los días, visto que no supo concentrarse en el transcurso del tiempo, le enseñaron lecciones suplementarias que valían como diez existencias transcurridas en esa mugre de basurero que era la Colmena. Aprendió que si le decían que debía ponerse a gatas y desnuda mientras un perro pastor alemán entraba en la habitación, no necesariamente el propietario de la fantasía pertenecía a la asociación protectora de los animales; además, que el *bondage* no era una variante exótica del arte marinero de anudar sogas; que las fantasías del tipo *Kaviar* no tenían nada en común con los huevos de esturión y, sobretodo, el hecho de que Adrian Radu fuera un loco psicopático, era seguramente una gran verdad de la creación.

Lo demostró con gran facilidad.

Se encontraron on-line en un pequeño baño a recitar partes conocidas de un recuerdo. Ella temblaba, escondida a medias detrás del wáter y él había tirado la puerta haciendo saltar el yeso de las paredes. Hubiera sido ridículo verlo con esos tirantes rojos y amarillos que le sostenían los pantalones, si la rabia que lo devoraba no la hubiese aterrorizado a muerte.

—¡Haces las chingadas con el primero que se aparece! —Le jaloneó la camisa de noche blanca, desgarrándola en la espalda.

—Yo no quería... —Roberta se protegió el rostro con un brazo, pronta para detener una violenta cachetada. Adrian no le pegó.

—Tu educación... Todos estos años pasados a enseñarte con quién debes andar... ¡Barridos con el viento! —El hombre se cubrió con las manos su sin-rostro.

Ella le cogió de los pantalones y gimió:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¡Perdóname! No lo volveré a hacer.

La alusión al perdón desencadenó aún más la furia del hombre. La asió por los cabellos y la tiró con fuerza contra el lavatorio, causándole una herida en la frente.

—¿Perdonar? Las putas no tienen nada que hacerse perdonar. ¡Sólo saben hacer gozar! —Se desabotonó los pantalones y la obligó a tener relación oral.

*¿Por qué no me rebelo? Podría oponerme a esta sumisión* pensó Roberta. En el recuerdo pasado no hubo ninguna rebelión y repitió la misma parte. Se leía un impulso de remordimiento en la actitud de Adrian que recitó magistralmente su rol de protagonista, después del momento de furia.

Roberta se lavó la boca en el agua corriente. Aunque se refregó bien no pudo quitarse la idea de suciedad que le hacía insoportable la idea de seguir viviendo. Terminó vomitando en la tina.

El drama terminó. El baño se tiñó de gris y desapareció.

En aquel vacío, Adrian re-escribió el final:

—Dilo. Será como un aleteo de alas de mariposas en medio de la tempestad, pero yo te escucharé. Dilo, así te sentirás mejor. Para librarte de un secreto necesitas una frase. —Con el pulgar le secó una lágrima que le corría por la mejilla—. ¡Dilo!

—¡Te odio, papá! —sollozó Roberta—. ¡Cómo quisiera que desaparecieras de la faz de la tierra!

Entonces, había sido *su* recuerdo el que habían representado, en *su* baño, con *su* padre, el día en que le reveló que esperaba a Ricardo. Usualmente escondía la cicatriz de la frente con el cabello y la mentira de haberse caído recorriendo la Colmena no levantó sospechas indeseadas. El amor persistente de su madre por aquel hombre sórdido, que la cegaba, había hecho excluir a Roberta de su familia. La convirtió en la hija ingrata que reniega de su padre.

Volcó su angustia por el ultraje sobre el hombre sin rostro, así como aquella de conservar el secreto por años, sepultándolo en el fondo de su alma y la frustración de ser consolada por un asesino. Adrian no se opuso al flujo de datos que se cargaban en su memoria.

—Tengo las espaldas anchas y puedo cargar también con ese peso —la reanimó. Una interferencia disturbó la señal de la red—. Dentro de breves momentos tengo una cita improrrogable. Estaremos en contacto —se despidió de ella como si hubiesen participado a un almuerzo entre amigos.

En la caja se abrió un pasaje que conducía a una creación paralela. Alessia saltaba feliz en un salón para masajes, llena de energía bajo el efecto de la metadrenalina.

Adrian pasó al umbral de la ficción y la aplaudió:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Muy bien, Alessia. ¿Tienes ganas de jugar? —Y en sus manos apareció nuevamente la hoja de la cuchilla.

En esa fase de la diversión, no entraba Roberta. La caja se apagó y volvió a aparecer el color azul inerte. Mientras estuvo en la red, no le había hecho mucho caso aunque el suelo parecía una letrina, cubierta de deyecciones suyas y de Alessia. Se arrastró para alcanzarla porque no tenía fuerzas para levantarse.

Al notar la ausencia de signos vitales en su amiga se trastornó. Sus labios y sus uñas eran cianóticas. La piel fría mostraba agujeros profundos producidos por la expulsión autónoma de los implantes en el cuello y en los riñones. La muerte no tenía nunca un aspecto hermoso.

—¡Alessia está muerta! ¡Adrian la ha matado! —gritó con desesperación.

Quería llamar la atención. Alguien tendría que contestar. La esperanza se convirtió en desilusión y meditó con amargura que ese silencio era de imaginar. ¿A quién podría importarle si una muchacha en una caja para fantasías digitales moría asesinada por un maniático o a causa de una hemorragia por crisis de hipertensión inducida por la metadrenalina?

El deterioro físico de Roberta, junto con su humillación emocional, la llevó a perder varios índices de aceptación por el público. Se preferían las fantasías digitales de acción aunque la necrofilia tuviese también un grupo de apasionados. Ella intuyó que el interés de sus carceleros de mantenerla dentro de la caja había bajado. Cuando Alberto entró para recoger a Alessia, le explicó detenidamente los particulares del final que le esperaba.

Con indiferencia, el director reunió los injertos inutilizados y amarró una cuerda a los tobillos del cadáver. La trató igual como se hace con un esqueleto del matadero, tirándolo, empujándolo y arrastrándolo sobre la porquería.

Roberta lo insultó, golpeándolo con uno de sus zapatos de gimnasia, recuperados milagrosamente:

—¡Ni a las bestias se les trata en esa forma!

Alberto le lanzó el zapato de regreso y demolió los últimos residuos de su espíritu:

—Guárdatelo. ¡Si no piden una conexión contigo para esta noche, te cogerán para sacarte los órganos que aún estén buenos y luego te botarán en la descarga con el resto de inmundicias! —No agregó nada más y se fue.

*Una conexión. Mi vida a cambio de una conexión* se burló mentalmente Roberta de sí misma, sumergida en un humor negro. *¿Me estoy volviendo loca?* La cuestión quedó de lado cuando se hizo otra pregunta mucho más inquietante: *¿Cuándo moriré?*



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

No tenía miedo de morir, pero el hecho de no ver crecer a Ricardo, de faltar a su primer día de escuela, de no conocer el amor de su vida, era un castigo que no creía merecer. Sobre todo, su muerte habría obligado al niño a vivir en la Colmena con los abuelos o con Sergio. Ante tales alternativas, sería mucho mejor que su hijo la siguiera adonde sea que aquella vida insostenible la conducía.

Llegó la conexión. Sin pago y gratuita pero llegó.

Una corriente de aire con indescriptible potencia la empujó hasta que pudo agarrarse de los soportes metálicos que adornaban la superficie lustrosa donde estaba. Eran centenares, millares o más bien millones de paneles solares los que daban energía a la Colmena. Daban vueltas, inclinándose hacia la luz, como un baile de girasoles artificiales.

El escenario que Adrian había escogido correspondía al techo del edificio popular, el sueño irrealizable de cada niño nacido en la estrechez aplastante de aquella estructura. Roberta volvió a saborear el deseo infantil de salir afuera al aire libre, con las corrientes ascendentes y la perfecta soledad que el techo de la Colmena prometía a los pequeños. Una tremenda ilusión, porque la salida a la parte superior era prohibida para todos.

Adrian estaba sentado en la baranda que limitaba el techo, con las piernas que le colgaban sobre el vacío a unos cien metros de altura. Un conducto llevaba la condensación del aire de los pisos inferiores hasta allá arriba, dispersando las minúsculas gotas de lluvia ligera como una corona a su alrededor.

A un chasquido de los dedos del hombre, apareció Roberta en la baranda, transportada por una nueva elaboración de la escena. Se sintió amenazada por el vacío pero la visión de Milán bajo un cielo despejado como una espléndida metrópolis en un día cualquiera, suplió su falta de coraje. El injerto neural le cosquilleó el cuello. Le quitaba energía con el fin de recrear el panorama. Con el mismo propósito se habían conectado también otros ordenadores y otros cerebros.

—Mi hermano falleció cuando cayó desde ese mismo sitio donde estás sentada, — le confesó Adrian—. Habíamos trepado por esa tubería que está a tu derecha. Escalamos veinte pisos sin guantes, una empresa que hoy parece leyenda. Teníamos once años y nos sentíamos los dueños de la Colmena. Lo seguí para ayudarlo a realizar su fantasía. Tenía una muy inocente: quería volar. Subió a la baranda y saltó hacia abajo. —Un simulacro digital del niño le hizo ver el vuelo hacia el abismo—. No me dijo una sola palabra ni me indicó su intención con un gesto. Saltó y basta. La acción siguió al deseo en forma inmediata. Fue una enseñanza inolvidable.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Los secretos se comparten con las personas que pueden comprender. Te contaré otro más grande, Roberta. Yo no tengo fantasías, sólo recuerdos. No vivo con la esperanza de cambiar la realidad, la volteo para satisfacer mis necesidades. —



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Canceló una pizarra imaginaria delante de él. El panorama se dividió en dos. Por una parte se veía la ciudad de Milán, brillante, por la otra un conjunto de ruinas después de un incendio—. El mundo es decadente y me deja espacio para actuar. De las cenizas de su némesis nacerá el hombre del mañana. Se parecerá a nosotros dos, decididos a alcanzar su objetivo, cueste lo que cueste. Nos veremos cuando empiece aquella era y seremos los patronos. No todos estamos destinados a serlo...

Su cuchilla se iluminó con la luz del sol.

Roberta dio un paso atrás, resbaló con los pies y puso las manos sobre el techo que se encogió, regresándola donde Adrian. Él le puso la cuchilla en la garganta:

—No existe forma de escapar en mi mundo. He venido por ti.

—¡No me mates! ¡Tengo un hijo pequeño! —le imploró.

—¿Le pedirías piedad a un león devorador de hombres porque obedece a su propia naturaleza? Yo soy un cazador y mi instinto es matar. ¡Soy la llave que te permitirá salir de esta caja!

Adrian cortó el aire con el arma. Roberta colapsó y con ella la estructura de su prisión que se deshizo en polvo impalpable, desvaneciéndose en el aire. La oscuridad era horrible.

Un almacén. Un almacén real, concreto, húmedo y *oscuro*.

La habían tenido prisionera en el sótano de la residencia. Un líquido tibio que provenía del cable de la conexión neural, cortado con la cuchilla, le corría sobre la espalda y los brazos. Su cuerpo no se estaba desmoronando como había imaginado. Se sentía extenuada pero el cansancio estaba sólo en su mente. Se puso los zapatos que efectivamente le fueron útiles y subió con cautela por la escalera hacia el atrio de entrada.

Habían desordenado toda la casa. Se veían muebles deshechos y algunas ventanas con los vidrios rotos daban testimonio de un combate. Del salón hacia el piso superior partía una fila de manchas de sangre. No se aventuró para ver más. Se dirigió directamente a la salida.

Sobre una silla apoyada en la puerta de la entrada encontró a Cataldi, amarrado y amordazado. Sus ojos de buey le pedían ayuda. Se habían divertido con acuchillarle doblemente las mejillas del rostro.

En el suelo se veía una gran bolsa de papel, como las usadas para las compras, cerrada con abrazaderas. Encima estaba escrito a mano: *Decide tú*.

La abrió y encontró muchos euros amarrados con cuidado en paquetes de cinco mil cada uno.

—Me los he ganado hasta el último centavo —comentó Roberta, guardándose la bolsa.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Sudó siete camisas, como se dice, para mover a Cataldi y abrir la puerta. La mordaza le impedía pedir socorro en forma comprensible, por lo que se debatía como un pez fuera del agua. Se apenó por el hombre pero no lo suficiente como para desamarrarlo.

Antes de salir se recordó de avisarle:

—Si ves a Adrian, agradécele de mi parte.

El productor se orinó encima por el terror.

Roberta cerró diligentemente la puerta y se dirigió hacia la avenida que la llevaría fuera del jardín. Imaginó que tenía un aspecto desordenado y despeinado. En ese estado, los agentes de seguridad la detendrían antes de salir de la zona residencial y les contaría lo que había sucedido en aquel antro infernal. Para explicar el dinero, tendría que improvisar.

Desde una ventana del segundo piso, Adrian la siguió con la mirada mientras se alejaba. La volvió a recordar como una niña asustada, en esa instantánea que tenía de ella en su memoria, el día del encuentro ocurrido entre ellos dos tantos años atrás en la Colmena.

Aquella vez, la policía lo había confundido con un despachador de poca monta y decidieron detenerse para ayudarla a ella. El, por el contrario, huía de los primeros homicidios cometidos en los niveles subterráneos. Si se convirtió en lo que era fue en parte por mérito de ella y de su ingenuidad infantil. Darle nuevamente la libertad había sido un deber.

—Eres mi gracioso ángel de la guarda —pronunció en voz baja.

Una antena flotante se desvió del camino de la muchacha.

No la detendrían, se había ocupado de ello él personalmente. Debía agradecer a los agentes APP que se servían de las antenas también para la vigilancia por video, pensando que nadie tenía conocimiento de ello. Había violado el servidor de aquel comando para posesionarse de los planes de vuelo de las máquinas y modificar su trayectoria. Con la misma facilidad había encontrado la dirección donde existía la caja de fantasías, reconstruyendo los movimientos de Alberto y de Mateo en el registro de la agencia de seguridad. La muerte de ellos dos no fue rápida.

Esperó a que Roberta saliera de su visual para bajar la escalera de la residencia. La muchacha no había desamarrado a Cataldi y, más bien, había escogido la vía que seguía Adrian desde hacía diez años, la misma que le había indicado su hermano: la acción sigue al deseo en forma inmediata. El rumano sonrió, satisfecho.

—No se puede dejar el juego a mitad... —se dijo para sí y, con la cuchilla en mano, se acercó con precisión al productor.

Agregaría otro recuerdo más a su colección.



## CUENTAS CLARAS

Año del Señor 2015

**L**

*unes.*

Al terminar la liturgia de la Palabra pudo individualizar al hombre. Desde el púlpito, cerrando el libro de la Biblia, se fijó en la tercera fila de bancas, generalmente vacías como las de atrás. Estaba allí.

Cuando los presentes llenaban las bancas hasta la tercera fila, durante la función de la mañana, era como si se sintiera aire de tormenta en Cavenago, sobre Agogna, el pequeño pueblo de Lomellina donde ejercía sus funciones de párroco.

Por el momento, el tipo le pareció inocuo. Era bajo, grueso, de espaldas anchas, con traje azul y corbata del mismo color. Estaba sentado a un lado de la banca y sostenía en la mano un sombrero de ala ancha mientras apoyaba la otra sobre un bolsón de cuero marrón, como los que llevan los médicos de pueblo.

*Mi querido Marzio, pensó el párroco, tenemos aquí a otro emigrante que regresa al pueblo para el funeral de un pariente.*

Cavenago era un pueblo de dos mil quinientas almas que en el pasado sufrió una hemorragia de habitantes cuando se alejaron para ir a trabajar a Alemania y a Bélgica cavando carbón en las minas. Regresaban, cuando regresaban, solamente para asistir a los matrimonios y a los funerales, generalmente con más frecuencia para los segundos que para los primeros.

Le sorprendió que no se acercara al altar para recibir la eucaristía, pero Don Marzio se convenció a sí mismo que probablemente no tenía la justa predisposición para acercarse al Cuerpo de Cristo. Saludó a los fieles con la fórmula usual y, como de costumbre, la iglesia se vació con la velocidad de un rayo. Pero aquel hombre no dejó su lugar.

El párroco se retiró a la sacristía y controló en su registro las diligencias de la semana. No había un funeral ni un matrimonio.

—Extraño... —se dijo rompiendo el silencio de la habitación.

Un crujido del piso de madera le hizo voltear la cabeza. Vio al hombre de pie en el umbral con el sombrero puesto y su bolsón en la mano. Cavenago se podía considerar un pueblo tranquilo, pero a veces también se encontraba algún delincuente, ¡claro que sí! Pensando que podía ser un ladrón con el traje del día domingo, el cura dio un salto hacia atrás y cogió un candelabro.

—¡Aléjate! —le avisó. El hombre del traje azul llevó la mano libre al bolsillo inter-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

no de la chaqueta. Don Marzio casi se orina en los pantalones. Alzó el candelero sobre la cabeza y volvió a gritar:

—¡Si me obligas, me defenderé!

—Ejem... está usted nervioso y exaltado esta mañana, ¿verdad? —exclamó el hombre. Le entregó una tarjeta de visita que sacó del bolsillo. El párroco la recibió con cautela y la leyó atentamente. Decía así:

*Marco Dorbutti*  
*Attorney at Law*  
*Hutchinson & Lawson, Associated*  
*Cornwall Street, 50. London, UK.*

—¿Es usted abogado? —preguntó Don Marzio.

—¡Ciertamente! —respondió el tipo.

—¿Por cuál razón ha venido a buscarme? —continuó el párroco sin abandonar el candelabro.

—Por asuntos de trabajo. Deseo mostrarle algo... —Sacó de su bolsón un fajo de papeles bastante grueso y encuadernado.

—¡Espere! —lo detuvo el cura—. Aquí no. Vamos a la canónica. —Depositó el arma impropia en su sitio y lo precedió para mostrarle el camino.

Se sentaron delante de la mesa en la sala.

—Mi estudio legal tiene la representación de la famosa empresa de software *IncredibleClaims Inc.* —exclamó el abogado—. Los dueños nos han encargado resolver una cuestión bastante delicada que tiene que ver con usted.

—¡Nunca he tenido nada que ver con *IncredibleClaims!* —se defendió el párroco.

Dorbutti hojeó la práctica. Pasó una, dos, tres páginas del libro y se detuvo.

—¿Su parroquia tiene como dotación un dispositivo de hardware para proyecciones holográficas comprado con fecha 2 de diciembre del año 2009?

—Así es, todas las parroquias de la diócesis tienen uno —confirmó Don Marzio.

—¿En ese dispositivo se ha instalado un software llamado *Holy Night Gold* que proyecta historias de las Sagradas Escrituras, producidas y distribuidas por *IncredibleClaims?*

—Puede ser... —replicó titubeante el párroco, sin saber adónde llevaría esta conversación.

—¿Ha utilizado ese software el 24 de Diciembre del 2009, efectuando consecuentemente su inmediato registro sin cable, vía Internet?

Don Marzio recordó y borbotó:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¡Claro que sí! ¡Era la noche de Navidad y he mostrado a los niños escenas del Nacimiento!

—¡Optimo! Acaba de confirmar la activación del EULA.

—¿La activación de qué?

—Del EULA, que es el acuerdo de licencia entre el usuario y la empresa que *IncredibleClaims* agrega a todos sus productos para reglamentar su uso. Aparece en la fase de instalación del software. Para usar *Holy Night Gold* debe haberlo leído y aceptado.

—Verdaderamente... —Es posible que algo hubiera aparecido al encender el proyector, pero con los niños tan bullangueros y los padres tan impacientes, esa vez había apretado todos los botones que podía usar para empezar la reproducción de las imágenes lo más pronto posible. Fue un hermoso espectáculo y muy realista.

—¡Bien, bien! —interrumpió el abogado—. Al activar el EULA ha entrado en vigor el contrato entre las partes, y es el agregado A, cláusula 1 D, punto 18 el que he venido a hacerle respetar. —Se apoyó en el espaldar de la silla—. Por lo tanto, debe entregarme todas las Biblias que tiene en su poder.

—¿Cómo dice? ¿Qué...? —El párroco abrió los ojos desmesuradamente.

—Le leo textualmente la norma en cuestión: *El Usuario Final se compromete a no desarmar, copiar ni reproducir con cualquier medio, sea material o digital, el Software. Además, el Usuario Final se compromete a entregar al encargado de la Licencia todas las copias del contenido del Software que tuviera en su poder y que haya reproducido sin el permiso de IncredibleClaims.*

—¡Me niego a obedecer a esa cláusula! ¡La ignoraba por completo!

El abogado movió la cabeza con benevolencia.

—El EULA ha sido legalmente aceptado por usted y por lo tanto tiene el valor de una ley entre las partes. La ley no admite la ignorancia. —Alzó el índice al cielo—. Debería de estar muy bien enterado usted, visto que su superior lo sabe todo...

—¡Vaya despacio con las palabras! ¡Eso es casi una blasfemia!

—Pero la cláusula es válida. ¡Debe entregarme las biblias!

—¡De ninguna manera! Voy a llamar por teléfono a mi superior.

Dorbutti se sorprendió:

—¿Realmente cree usted que puede arreglar todo por teléfono?

Don Marzio, pensativo, ladeó la cabeza. Luego entendió y contestó:

—Por favor, ¡no me mal interprete! ¡Estoy hablando del obispo!

Comunicó el número del obispo al videoteléfono que lo compuso al instante. Un



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

segundo después apareció en la pantalla el rostro redondo del prelado.

—Eminencia, me ha visitado en la canónica sorprendentemente, un abogado que pretende llevarse todas las biblias que tengo a disposición.

El obispo se retrajo en sí mismo:

—Lo sé... Tuvimos que llamar a los consultores legales en Roma para llegar a un acuerdo. La *IncredibleClaims* nos entregará copias gratuitas de su Software a cambio de las biblias en papel.

—¿Quiere decir que debo entregarlas todas?

—¡Sí! —Con esa respuesta escueta, el obispo cortó la comunicación.

Después de tan implícita orden, Don Marzio estuvo obligado a recoger las biblias, meterlas en una caja grande y entregarlas a Dorbutti, con las lágrimas en los ojos. Amaba voltear las páginas de aquellos libros para imbuirse en la Palabra de Dios...

El abogado cargó el peso de la caja y concluyó:

—Le agradezco su colaboración. La próxima vez lea mejor la licencia. Ya sabe lo que dice el proverbio: «Cuentas claras y chocolate espeso», esa es la fórmula para conservar una larga amistad.

*Martes.*

Al día siguiente, mientras Don Marzio recogía las limosnas de las cajas de la iglesia, vio llegar nuevamente al abogado Dorbutti seguido por otro hombre que llevaba un maletín, y dos agentes de la policía judicial.

Lo recibió fríamente:

—No puedo decir que estoy contento de verlo otra vez. No tengo biblias escondidas si es que ha venido a requisarlas.

—Nada de eso. ¡Hoy nos queremos llevar a él! —y el abogado señaló el crucifijo monumental de madera que adornaba el centro del ábside, justo detrás del altar.

—¡No! ¡El Cristo, no! —se lamentó el cura corriendo a tapar la cruz con su propio cuerpo ante los profanadores—. ¡Sería un sacrilegio! ¡Además, es del siglo dieciocho y, por lo tanto, una obra de arte protegida por las leyes!

El abogado se impacientó:

—¡Vamos, no siga con sus historias! El oficial judicial aquí presente le notificará la orden ejecutiva del tribunal que me autoriza a remover el crucifijo por violación de la patente de invención exclusiva de la *IncredibleClaims*.

—¡Si no es una biblia! —protestó Don Marzio.

—Por lo mismo, he hablado de la patente y no de la licencia. Voy a leerle el extracto de la patente número 1275896/B de la Oficina de Patentes Europeas, inscrito



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

a nombre de la empresa que es mi cliente y válida en todos los estados miembros de la Unión. Y declamó con voz chillona:

—*Descripción del objeto patentado: Es cruciforme, alto más de un metro y medio, compuesto de dos elementos separados del cual uno está clavado transversalmente a más o menos tres cuartos de altura del otro. El objeto puede ser utilizado en varias formas: para transmitir imágenes, sonidos y datos; como utensilio gímnico si estuviera dotado de cuerdas; como juguete para niños de más de treinta y seis meses añadiendo un resorte en la base del lado más largo; para anclar las naves si fuera construido en material metálico; para castigos corporales y suplicios de los condenados a muerte si se utiliza con cuerdas y con clavos. ¿Desea que continúe?*

—¿Están locos? ¡Han patentado una idea!

—La patente es completamente normal. ¡Mire aquí! —Le mostró la hoja de papel con el sello de la Oficina de Patentes.

—¿Y ahora, qué hacemos sin cruz?

El abogado le dio una palmada amigable en la espalda:

—¡No se desanime! La *IncredibleClaims* tiene derecho solamente si el objeto patentado es construido con materiales sólidos. ¿Quiere que le dé un consejo? Como el crucifijo está efectivamente protegido por la Intendencia de Bienes Culturales y no se destruirá, puede tomarle una fotografía digital hermosa... Así quedaría como Dios manda... oops... Me perdona. Quise decir que quedaría muy bien allá arriba si se mostrara en una de las pantallas retro-iluminadas al plasma de setenta y dos pulgadas que *IncredibleClaims* vende a menos de dos mil euros. He comprado una yo también para el salón de mi casa y.... ¡Wow, queda de maravilla!

Don Marzio gruñó. Hubiera deseado morderle un brazo para desahogarse y, sin embargo, ayudó a los agentes de la policía y a los ayudantes del depósito judicial que se acercaron, a bajar la cruz de su base.

Fijó su mirada en ella mientras la cargaban sobre el camión para llevársela y le pareció que el Cristo crucificado estaba más triste que de costumbre.

—Don Marzio, ¡no se olvide lo que le he dicho!

—Abogado, ¿cómo lo voy a olvidar si viene todos los días a recordármelo?

*Miércoles.*

El párroco pasó la mañana conversando con el obispo. Regresó a Cavenago con el corazón contento luego de recibir un documento escrito que le pidió, afirmando que la *IncredibleClaims* no lo molestaría jamás en los asuntos importantes de la iglesia.

Apenas bajó de su viejo auto Panda después de haberlo dejado delante de la reja de la canónica, Cesira, su perpetua servidora, se le acercó corriendo mesándose los cabellos.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¡Don Marzio! ¡Es terrible! ¡Ha sucedido una desgracia!

El párroco trató de entender lo que sucedía:

—¡Cálmate y explícate mejor!

—El abogado Dorbutti... —empezó a decir la mujer. Menos mal que no se le escapó la imprecación que le pasó por la mente cuando escuchó ese nombre. Hubiera tenido que rezar otro rosario más esa noche para expiar su pecado venial.

—¿No estará de nuevo dando vueltas por acá? —preguntó con desesperación.

—¡No podría! Está en el hospital.

—Pobre.... —a don Marzio le entristeció sinceramente la noticia—. ¿Qué le ha sucedido?

—Ayer, mientras descargaban la cruz en el depósito judicial, uno de los hombres que la transportaba resbaló y el Cristo de madera golpeó con una de sus puntas al abogado, ¡justo en la cabeza! Ha estado en coma toda la noche. Esta mañana se ha despertado y ha preguntado por usted. Los médicos dudan de poder salvarle la vida...

El párroco no tergiversó. Los deberes de su labor lo llamaban. Volvió a subir al vehículo y se precipitó hacia el hospital.

Neurología. Tercer piso.

Habló con el médico primario quien le confirmó la gravedad del paciente.

—Le quedan pocos días, quizás horas. A veces está lúcido y en uno de esos momentos ha pedido que usted se acerque a su cabecera.

El párroco entró en la habitación del abogado con el rostro grave y afligido como acostumbraba cada vez que debía dar la extremaunción. Dorbutti estaba echado sobre la cama en medio de un embrollo de cables y de tubos que terminaban en aparatos médicos eléctricos con luces intermitentes. Todos llevaban escrito el nombre de *IncredibleClaims*. A Don Marzio le retornó un tic nervioso al ojo derecho cuando vio la marca escrita por todas partes. Se calmó con un ejercicio zen de preparación a la reflexión que había aprendido cuando era joven. Inspiró y aspiró lentamente por la nariz por un minuto y se sentó con parsimonia a la cabecera del moribundo.

—¿Me ha hecho llamar?

—Sí, padre —El abogado tenía un respiro agónico—. He pecado en mi vida...

Don Marzio asintió, con conocimiento de causa.

—No quiero presentarme al Creador con la conciencia cargada de culpas. Deseo confesarme, ¡se lo ruego! —Le apretó el brazo en un espasmo de dolor. Estaba desesperado.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Lo confesaré. —El cura se preparó para empezar el sacramento—. Pero antes debe firmar esto... —dijo, y sacó la hoja de papel que le había dado el obispo.

—No puedo leerlo, se me nubla la vista.

—No haga esfuerzo, —dijo el párroco y le acarició la mejilla—. Se lo leo yo. Dice así:

*Quien firma esta declaración afirma estar de acuerdo con lo acordado entre IncredibleClaims Incorporated y la Iglesia Católica Romana, según lo cual la mencionada IncredibleClaims renuncia a cualquier pretensión, actual o futura, que tenga sobre ella y sobre las almas de los penitentes que se comuniquen en punto de muerte con un ministro del culto católico.*

—Basta una firma sobre la línea que está más abajo. Si usted no puede, yo le sostengo la mano.

El abogado firmó garabateando su nombre y apellido.

—¿Ha visto qué fácil ha sido? —exclamó Don Marzio guardando el papel—. Tenía usted razón: cuentas claras...



*La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.*

---

## LA GUERRA DEL ALAMBRE DE PÚAS

**A**nda, Lucas, mávalo. Destruye a ese hijo de puta. —Sara se lo murmuraba en el oído desde hacía una eternidad. ¿Desde cuándo? ¿Cinco minutos? Quizás más.

Lucas tenía al saqueador en la mira del fusil. Quinientos metros, viento a favor, visual libre. Un tiro fácil para él.

—Nadie se atreverá a discutir tus acciones. ¡Dispara, por Dios! —lo incitó ella otra vez.

El calor de la duna sobre la que se había tumbado lo hacía sudar. La arena, levantada por la brisa creciente, se le pegó a la cara. Se anunciaba una fuerte tempestad. Le tembló el dedo sobre el gatillo. Luego se relajó y se limpió los lentes de protección. No tenía más excusas que alegar. Si en el mundo existía una persona que merecía morir, el principal candidato era ese hombre a quien estaba apuntando. Se sopló la nariz y se apoyó el fusil al hombro. Empezó la cuenta hacia atrás: cuatro, tres, dos, uno...

—Realmente, no puedo hacerlo —admitió Lucas, resguardándose detrás de la duna—. No puedo matarlo a sangre fría.

Sara y José suspiraron.

—Y, ¿ahora qué hacemos? —Sara se apretó la túnica con tanta fuerza que los nudillos se le blanquearon—. No podemos esperar. Si regresan los demás de su grupo, ya no podremos escapar.

—No regresarán —afirmó José.

—Eso es lo que tú dices —criticó la mujer—. Pero la cisterna detrás de la casa estaba llena, casi un cuarto de tanque, la última vez que pasé por allí. Seguramente ellos regresarán a recoger más agua. Si eso sucede, la muchacha no podrá escapar y nosotros no podremos salvarla. Lucas, tú que tienes autoridad, toma una decisión pronto.

Cuando se presentaba cualquier dificultad en el trabajo, la decisión final era siempre suya. Lo supo desde un principio. Sin embargo, decidir sobre la vida de los demás le pesaba enormemente, sea que fueran inocentes, como la muchachita encerrada en el recinto o que se tratase de delincuentes, como aquel saqueador. Ese día una persona iba a morir y escoger cuál de los dos sería, dependía de su juicio final.

—José, vete a la aldea a buscar refuerzos —decidió Lucas. Entregó el fusil a Sara—. Y tú, cúbreme las espaldas.

—¿Cuáles son tus intenciones? —Una sombra de ansiedad se diseñó en el rostro de su compañera.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Pronto lo sabrás. —Los otros dos miembros de la unidad de control lo habían visto muchas veces tomar una decisión de improviso, pero no esperaban verlo levantarse y salir del refugio.

Lucas bajó la loma de la duna con las manos levantadas sobre la cabeza, en señal de paz, indicando con el brazo la cantimplora llena que llevaba en la mano. La arena se deslizaba a su paso, formando desniveles de variadas dimensiones que complicaban su equilibrio mientras caminaba.

—¡Vengo para hacer un cambio! —le gritó al saqueador—. ¡Puedo pagar! —Alargó el brazo que oscilaba con la cantimplora en la mano, para que lo entendiera.

El saqueador derramó el café que estaba bebiendo sobre el fuego y buscó su arma con los ojos, un viejo Mauser que había olvidado cerca de la empalizada junto a la estación de servicio. La distancia que lo separaba del arma le garantizaba la posibilidad de alcanzarla. Pero no lo hizo. En la confrontación entre ambos, seguramente se sentía en desventaja. Quizás, cuando viajaba con su grupo, era más fácil destruir y violar con el apoyo de veinte o treinta personas más, pensó Lucas.

Al acercarse a él, se dio cuenta de que ni siquiera era un hombre maduro. Lo tuvo en la mira por un largo rato pero no le había visto la cara. Era un muchacho de veinte años, con el rostro agujereado y los cabellos negros amarrados detrás con una tira de cuero. Si su hija no hubiera fallecido, tendría su edad.

—Forastero, sigue con las manos en alto —le indicó el muchacho. Al escuchar que lo llamaba forastero dentro de las tierras cercadas, Lucas se irritó.

—No traigo malas intenciones. Estoy desarmado —explicó al saqueador cuando estuvo cerca a la fogata. El rechinar de los troncos producía un ruido extraño. Se arregló los lentes sobre la frente y, acurrucándose cerca al fuego, exclamó:

—Me caería bien un poco del café que estás bebiendo. Hace meses que no lo pruebo. ¿Lo cambiarías por dos vasos de agua?

—Quiero ver el agua —respondió el joven prudentemente.

Lucas destapó la cantimplora y echó unas gotas límpidas sobre la arena. Luego agitó el recipiente para que escuchara el rumor del agua que contenía:

—Oye el sonido del agua pura. Viene de la represa y no contiene nitratos. Podrías comprar veinte kilos de cebada solamente con la que te ofrezco. Es un cambio generoso y es solamente para ti. —No le pareció extraño a su interlocutor que le ofrecieran agua mientras acampaba cerca de una cisterna con bomba hidráulica. Las palabras «solamente para ti» habían alentado su codicia; no tendría que repartirla con los demás participantes de su grupo.

El saqueador hizo un guiño y, evaluando la oportunidad que se le presentaba, murmuró:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Pásame la cantimplora.

—Primero dame el café. —El muchacho quiso protestar pero luego tomó una taza vacía donde echar la bebida negra y humeante. Durante la pausa, Lucas analizó la situación.

Estaba a cinco metros de él. Habría podido saltarle encima rápidamente, pero el tipo tenía el control de un constructor modificado en la cintura. Era un mecanismo simple, rectangular, con cuatro botones que probablemente había fabricado él mismo para enviar señales de comando al aparato constructor. Si hubiese tratado de hacer cualquier movimiento intempestivo, era casi seguro que la muchacha habría muerto sofocada en pocos segundos. No se encontraban intrusos dentro de la casa, según verificó escrupulosamente. A través de las puertas y de las ventanas abiertas no vio a nadie. En la galería, los saqueadores habían desparramado restos de materiales y destruido con desprecio lo que les pareció que no tenía valor.

La alternativa que se le ofrecía era tratar de liberar a la muchacha en vez de asaltar al joven directamente. Ella estaba más lejos, quizás a unos veinte metros, calculó, y apoyada a un árbol alto de tronco nudoso, bajo la vigilancia del constructor. La familia que había tenido la concesión de la estación de servicio, por varias generaciones, había sacrificado un gran porcentaje de su propia ración de agua para poder cultivar una parte de esa tierra y permitir el crecimiento del árbol. Lucas los admiraba por eso. Sin embargo, atravesar el cercado era un obstáculo insuperable. Desistió también de esa opción.

—Toma —le indicó el saqueador, alcanzándole la taza de café junto con un recipiente de metal donde podía echar el agua prometida. Lucas versó una cantidad de agua que le pareció corresponder a los dos vasos prometidos, y luego probó el café. Tenía un gusto metálico en el fondo.

—¡Era justo lo que necesitaba! —mintió—. Nosotros sí que nos entendemos perfectamente. ¿Qué dices si concluimos otro negocio?

—¿Cuál? —preguntó con interés el muchacho. Se sentó sobre una piedra, algo más lejos de donde estuvo anteriormente. ¿Y si sospechaba algo? No estaba seguro de ello pues era un joven estúpido. Probablemente, sólo quería ponerse cómodo.

—Me interesa esa hembra que tienes en el recinto. Te ofrezco toda la cantimplora por ella.

—No puedo —empezó a decir el saqueador.

—Una cantimplora llena... —le ofreció Lucas.

—Verdaderamente, no puedo. —Intercaló una pausa, buscando desesperadamente una excusa que fuera válida para disculparse. Decidió inventar:

—Es mi hermana.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Lucas resopló:

—Bajando por esa duna te juzgué un hombre como cualquier otro. No deseaba dispararte. Pero, cuanto más te escucho hablar, más me arrepiento de mi indecisión.

Sorprendido por esa declaración, el saqueador frunció el ceño. Lucas continuó:

—¿Aún no has entendido? Te lo digo porque quiero darte una posibilidad de salvar el pellejo. ¡Y tú me sales con el cuento de la hermana! —Depuso la taza de café en el suelo—. Una gran disculpa la tuya pero, ¿cómo justificas a esos dos? —Apuntó hacia los cadáveres que colgaban del árbol.

Eran una mujer y un hombre con el cuello destrozado, cuyos pies se balanceaban con la brisa. Ya hacía varios días que estaban descomponiéndose.

—Ves, muchacho... —empezó Lucas nuevamente—, yo he crecido junto a esa mujer que ustedes han asesinado y colgado allá arriba. Ella se llamaba Juliana y su esposo, Franco. He asistido a su boda y he visto crecer a su única hija, aquella que está prisionera en el recinto. Y estoy seguro de que no tiene hermanos.

El saqueador observó el Mauser. La tentación de coger el arma era cada vez más fuerte.

—Antes de que hagas alguna tontería, observa atentamente lo que voy a mostrarte.... —le sugirió Lucas, sacando un distintivo donde se leía: *Conservar, Mejorar, Distribuir*.

—¡Eres un magistrado de aguas! —La anterior seguridad del saqueador se transformó en temor.

La mayor parte de los hombres sanos de mente se hubieran rendido, porque rebelarse constituía una condena a muerte inapelable. Aquel muchacho, sin embargo, perdió la cabeza. Activó inmediatamente el aparato constructor, apretando el control, y se precipitó hacia su arma.

El magistrado corrió hacia la muchacha para salvarla, sin darse cuenta del golpe afortunado que Sara disparó al saqueador, dándole en el vientre. Lucas derribó la entrada del recinto con el hombro pero el constructor ya estaba apretando la garganta a la prisionera, quitándole la respiración.

—¡Suéltala! —le ordenó mientras pateaba la máquina sin lograr ningún resultado. Trató de alentar las tenazas del constructor y se rompió dos dedos al hacerlo, pero el aparato llevó a cabo el deber para el cual lo habían programado. Sin esperar más, le rompió la columna y la muchacha dejó de moverse. Al constatar el hecho, el asesino mecánico cesó de moverse y se bloqueó sobre sus rieles, con los brazos mecánicos levantados sobre el vacío. Lo que vio Lucas fue a su hija con el cuerpo sin vida, tumbada frente al constructor.

Se le formó un nudo en la garganta. Tenía que llorar o matar. Sorbió sus lágrimas.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

mas y regresó adonde había dejado al saqueador. Al pasar, recogió el arma.

El muchacho se revolcaba por el suelo sujetándose el vientre con ambas manos. La herida en las vísceras le causaría una muerte lenta y dolorosa.

—¿Por qué lo has hecho? —quiso saber Lucas, golpeando violentamente con la empuñadura del fusil, la cabeza del saqueador—. ¿Por qué? ¡Era sólo una niña! —Lo azotó nuevamente docenas de veces. No se detuvo ante los ruegos de su víctima, ni aún cuando sintió romperse los huesos del cráneo. Continuó golpeando hasta que Sara no lo separó de él.

—¡Basta, Lucas! Aquella muchacha no era Elisa. ¡No era tu hija!

Entonces, vio la sangre sobre el Mauser y sobre sus manos. La repulsión le hizo arrojar el fusil lejos de sí.

—Quienes están bajo mi responsabilidad son como mis hijos —le confesó mientras se alejaba. No deseaba que lo viese trastornado.

Le tomó mucho tiempo recobrase. Había sido como vivir en un incubo estando despierto. Su hija murió a los doce años, asesinada por una de esas máquinas. Y él no lo pudo impedir. Aunque habían transcurrido diez años desde su muerte, todavía se sentía mal al recordarlo. Su mujer lo abandonó porque vivir con él, desde ese día, fue un tormento continuo. Sara era capaz de soportarlo y era un misterio para él, cómo podía resistirlo. Ella era mucho más joven que él y Lucas se preguntaba frecuentemente, qué es lo que veía en un hombre de su edad que la empujaba a convivir con él.

José vino a llamarlo:

—Debo mostrarte lo que hemos descubierto.

—¿No te dije que regresaras a la aldea a buscar refuerzos?

—Pensé que te servía mi ayuda... —se disculpó el joven.

—Siempre haces lo que te da la gana. Si recibes una orden debes obedecerla, porque sino, antes o después vamos a terminar bajo tierra.

—Disculpa. —Sudaba y si eso le sucedía a José, el ser viviente con la transpiración más controlada que existía en las tierras cercadas, se podía creer ciegamente en sus disculpas. También él le creía: era un amigo. Sin embargo, en ese momento Lucas no quiso aceptar sus excusas. Lo haría luego, en la aldea, después de un período de ostracismo. Pretendía obediencia absoluta y sus amigos debían aceptarlo así.

—¿Qué han encontrado? —preguntó el magistrado cambiando el discurso.

—Un documento importante.

—¿Un documento?

—Lo debes leer. —José se detuvo para dejarlo pasar—. Dice Sara que es *tremen-*



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

damente importante. —Como sus estudios terminaron cuando aprendió a escribir su propio nombre, confiaba en Sara cuando había necesidad de leer algo.

—Vayamos a ver ese documento, entonces. —Lucas se envolvió los dedos rotos de la mano derecha con un pedazo de tela que rompió de su pantalón. Le latían y sabía que no le pasaría el dolor sino después de muchos días.

José lo precedió.

Al observar el cuerpo masacrado del saqueador, se estremeció con un sentimiento de culpa. Agregó este a los otros muchos remordimientos que sintió durante su carrera. Sara estaba revisando el cadáver, registrándolo por todas partes, aún en aquellos sitios donde no debían llegar las manos de una mujer.

—Aparte de este papel, está limpio —le informó terminando de revisar. Le entregó una hoja doblada en cuatro. El magistrado lo leyó.

—Quisiera que me informen a mí también —rezongó José, sintiéndose excluido.

—Es una carta de conducta —replicó Sara.

José no entendió:

—Y, ¿qué es una *carta de conducta*?

—Dice allí que han contratado a los saqueadores para asaltar las estaciones de servicio en las tierras cercadas —explicó Lucas.

—¿Quién lo ha hecho?

—José, la pregunta que debes hacer es: ¿por qué? Ya sabemos quién los está financiando.

—No lo creo —replicó José estupefacto—. Los ganaderos no pueden hacer esto sólo para obtener un lugar adónde llevar a pastar su ganado.

—Está escrito en negro sobre blanco. —Sara le leyó—: Considerando la urgente necesidad de desalojar las tierras cercadas, el equipo de limpieza está autorizado a tomar acciones que comporten también la fuerza.

—¿El equipo de limpieza?

—¡Caramba, José! —exclamó la mujer, nerviosa—. Estamos hablando de los saqueadores. Los llaman equipo de limpieza para descargar su conciencia.

—Si es así, ¿por qué nos quedamos aquí sin hacer nada? ¡Vamos a sacarlos de sus casas coloniales! La jurisdicción de Lucas se extiende también en esas tierras.

—Debemos tener cautela —repuso el magistrado, deteniéndolo—. Los ganaderos podrían cortarnos los alimentos sólo por el hecho de poner los pies sobre sus amadas praderas verdes. No me atrevo a pensar cuál sería su respuesta si yo llegara a arrestar a alguno de ellos.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¿Quién habla de arrestarlos? —respondió José ofendido—. Más bien, los matamos ahí mismo.

—¡No bromees! —lo reprendió Lucas—. Estamos en una guerra no declarada y no sabemos cuál es la razón del ataque. Enterremos a nuestros muertos con el debido respeto, luego pensaremos al resto.

Excavaron cuatro fosas profundas debajo de la encina. El terreno endurecido y las raíces robustas del árbol aumentaron la fatiga pero estaban felices de no tener que hacerlo en la arena. El soplido del viento jamás habría cancelado su presencia en este mundo.

En la cuarta fosa echaron al constructor modificado, luego de destruir el control. La máquina no volvería a causar daños. Lucas rezó sobre las tumbas.

—Hubiera debido matar al saqueador en la duna —murmuró—. Si me hubiese decidido, la hija de Juliana estaría viva aún.

—El programa del constructor podía prever también esa eventualidad. Has actuado bien —lo consoló Sara.

—¿Bien? Han muerto todos. —Desparramó tierra sobre el lugar y les dio la espalda.

Luego de recuperar las armas, sabotearon la bomba y agujerearon el fondo de la cisterna, malgastando doscientos litros de agua que corrió a borbotones, empozándose en la tierra. En un par de horas el sol la secaría, evaporándola. El viento había cambiado de dirección, alejando la tempestad de arena y produciendo un calor asfixiante.

—Espero que el resto de los saqueadores regrese aquí. ¡Entonces sí que voy a gozar del espectáculo de verlos morir con la lengua hinchada por la sed! —exclamó José.

Amarraron al muchacho que Lucas había matado a golpes, en la empalizada, y clavaron su sentencia de muerte al lado. La acusación oficial era por robo de agua. El magistrado la firmó.

—Estamos en regla —afirmó Sara—. Regresemos a casa.

Lucas no se movió.

—Todavía no. Debemos cortar el alambre de púas.

Sara se volteó hacia la interminable serie de vallas que separaba la propiedad de la estación de las tierras libres. Estaban plantadas a cien pasos una de la otra, unidas por tres alambres de púas de acero grueso. Al otro lado se extendía el desierto. Adentro del cercado se encontraba la civilización.

—No lo dices en serio, ¿verdad? No lo haré —dijo ella con terquedad—. Era justamente eso lo que deseaban los saqueadores.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Es la ley que me ha transmitido mi padre y el padre de él anteriormente. Una propiedad sin patronos debe regresar a ser tierra libre. La familia que poseía el terreno ya no existe y, por lo tanto, yo debo respetar la ley. —El magistrado cogió un par de tenazas de su cintura—. ¿Me lo vas a impedir?

Su compañera bajó la cabeza:

—Nosotros formamos parte de la unidad de control para ayudarte y no para dificultar tu trabajo.

Cortaron el alambre de púas, arrancaron las vallas de la parte delantera de la propiedad y quitaron el cartel con la indicación de los propietarios.

José estaba tan triste como cuando descubrieron la masacre cometida por los saqueadores.

—Me produce náuseas el hecho de liberar estas tierras. Deberíamos impedirlo.

—Lo haremos, pero no ahora. —Lucas se limpió las manos sobre la camisa. Los dedos rotos se le habían hinchado y tuvo que apretar los dientes para soportar el dolor—. Vayamos a la pista y controlaremos las otras estaciones por el camino que conduce a la ciudad.

Subieron por la duna que les había servido de escondite, recuperaron las mochilas y siguieron hacia arriba hasta llegar al camino. El suelo de plástico rígido y liso permitió que marcharan más rápido.

La pista se perdía en el horizonte del desierto. Su mantenimiento estaba garantizado por la aldea, a lo largo de cincuenta kilómetros hacia el monte, por el valle de aquel centro habitado, asegurándose de que la arena no la cubriese. Era una tarea difícil que competía también a las otras aldeas, durante el recorrido en línea recta que seguía el trayecto. No eran muy frecuentes los viajes para mantener el contacto con las comunidades vecinas. Se había detenido el comercio y el intercambio de alimentos se limitaba a la compra de carne en las laderas de las colinas, a los ganaderos del valle.

Transitaron bajo un escudo sobre el cual se encendía cíclicamente un aviso. Sara lo repitió en voz alta:

—Venecia, km. 220. Viajen con prudencia. —Se detuvo por un momento—. Quién sabe qué diablos es Venecia...

—Mi abuelo llamaba «carretera» a esta pista —explicó Lucas—. Relataba que en los tiempos en que no existía la represa, siguiendo hacia el este se llegaba al mar y a las instalaciones para la desalinización del agua.

José no creía mucho en esas revelaciones:

—Cuando tu abuelo vivía, la represa estaba exactamente adonde está ahora.

—Lo que les cuento está escrito en el registro de los magistrados de aguas. No me



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

estoy inventando nada.

—Puede ser que esté en los registros, pero el mar, si es que existe, no está a doscientos kilómetros de nosotros. —Sara entrecerró los ojos para repararse del sol—. Yo he viajado hacia el este mucho más lejos que toda esa distancia y he encontrado sólo aldeas como la nuestra o constructores.

—El mar está debajo de la ciudad. Eso explicaría la presencia del agua en la represa. —concluyó José con tono de sabelotodo. Sara y Lucas se sorprendieron.

—Debajo de la ciudad no hay otra cosa que la ciudad —lo contradijo Lucas.

—Está sólo el duro granito de las montañas —agregó Sara.

—¡Cuánta seguridad demuestran ustedes! —se lamentó José—. Es como si hubiesen visto todo por adentro...

El magistrado no replicó. Su deber lo había llevado muy cerca de los confines de la ciudad. Hasta conversó una vez con el supervisor acreditado para obtener la confirmación de su cargo. Pero jamás entró en la ciudad.

Lucas lo hizo callar, luego, definitivamente:

—Tenemos asuntos más urgentes, en estos momentos, que localizar el mar. En vez de decir estupideces, exprime tu cerebro e inventa algún modo para reciclar los paneles de energía de este cartel...

Avisaron a los habitantes de las siguientes diez estaciones de servicio que se encontraban en las laderas, del peligro inminente, trazando una ruta irregular a los lados de la pista. Sin embargo, en las casas los recibieron fríamente. Los hombres y los muchachos patrullaban los confines de las propiedades, armados, y no les interesaban los consejos del magistrado de aguas. La hospitalidad de las mujeres terminó al ofrecerles un trago de la bebida tradicional de cebada. Se intuía el peligro en el aire.

A diez kilómetros de la aldea encontraron trazas inequívocas que anunciaban el desastre.

—¡Hay arena sobre la pista! —notó Lucas. Era un estrato de cinco centímetros abundante.

—¡Imposible! —se estremeció Sara.

Habían estado ausentes de su hogar por tres días y la única explicación por la falta de manutención de la pista era que la aldea hubiese sido destruida. Corrieron, hundiendo los pies en la arena, hasta que vislumbraron las casas en la periferia. La tenue luz del atardecer y el enlucido blanquísimo de las paredes acentuó más la ruinoso situación, en ese estridente contraste de colores.

—¡Abajo! —Lucas empujó a Sara hacia el suelo.

José hizo lo mismo instintivamente:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¿Qué pasa? La pista está libre...

—Nubes de desalojo. —El magistrado mostró las cuatro máquinas que volaban en estrechos círculos sobre los techos planos de la aldea. Se elevaban, bajaban a pico y volvían a subir dando vueltas—. Están inspeccionando. Han terminado su trabajo sucio. ¡Salgamos de la pista! —Su esperanza de encontrar sobrevivientes se desvaneció.

Se tumbaron los tres contra el suelo, sobre las dunas, mimetizándose con la arena ya que las nubes eran sordas pero veían muy bien. En la oscuridad de la noche las formas alargadas de los exploradores brillaban con luz propia. Fue una espera crítica. Improvisamente, las nubes rompieron la formación y volaron encima, alejándose de ellos, velozmente. Habían terminado su misión.

Los tres salieron del refugio que el desierto les proporcionaba.

—Las nubes no pertenecen a los ganaderos ni de los saqueadores. —A José se le entrechocaban los dientes por el miedo.

—¡No debes demostrar tanto pánico! —lo resonó Lucas—. Esas nubes son máquinas como cualquier otra.

—Están proyectadas para matar...

—Cumpliendo órdenes —completó Sara.

—Sea lo que fuere, se han ido —replicó impaciente el magistrado—. Pediremos explicaciones al supervisor. Los ganaderos no violan las leyes impunemente. Debemos proseguir hacia la represa.

—¿Crees que los ganaderos consentirán que nosotros recorramos sus tierras? Si han contratado a esa gente para atacar las estaciones de servicio, también nos dispararán apenas nos vean.

—Superaremos los obstáculos cuando se presenten, Sara. Proseguiremos la marcha durante una hora y luego nos detendremos a dormir. Esta es una orden.

Sara se sentó sobre la arena, cruzando las piernas:

—¿Me estás dando órdenes? Bien, yo no me muevo de aquí.

José regañó, impaciente:

—Ya no resisto sus peleas familiares... —Se marchó adentrándose en el desierto pero no llegó muy lejos. El miedo lo mantenía unido a ellos.

Mientras tanto, Sara y Lucas se intercambiaron una gran cantidad de agravios verbales.

—Cuando te encontré, me gustó sólo una cosa de ti —atacó ella, levantándose—. Eres responsable. Empleas siglos para decidir, pero cuando lo haces, ya sea una decisión justa o equivocada, sigues adelante. Si cometes errores, como hoy, sufres y



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

aceptas las consecuencias.

—¿Por eso te metes en la cama conmigo? ¿Porque soy responsable? —Aquel fue un golpe bajo.

—¡Eres un idiota! —respondió ella—. No estamos hablando de eso. —Sus palabras no bastaron para satisfacerla y Sara le tiró un puntapié en los tobillos que Lucas evitó rápidamente.

—¿De qué cosa estamos hablando? Dímelo tú porque yo no entiendo. —La tentó él.

—Del hecho que vivo contigo hace tres años y que te obedezco en el trabajo, ¡carajo, y cómo te obedezco!

Le temblaban las manos por la tensión.

—Y nunca durante estos tres años me has tratado como a un ser humano, pidiéndome mi opinión o mi consejo. ¡Nada! —Lucas trató de interrumpirla pero ella lo rechazó molesta—. Tú estás seguro de que yo voy a quedarme contigo para siempre. ¿Crees que yo no he sufrido con esa matanza en la estación? ¿Crees que no me importa un bledo de la gente que ha muerto en la aldea? Tú das las órdenes y sigues adelante sin importarte nada de los demás...

—Te estás comportando como una niña.

—¿Porque tengo veinticinco años y tú cuarenta y tres? —Habían empezado una dialéctica peligrosa—. Es verdad... tú eres magistrado de aguas, ese hombre tan entero que no puede olvidar jamás la muerte de Elisa...

—¡No te atrevas a nombrar a mi hija! —Furioso, Lucas alzó el puño cerrado—. ¡No te atrevas!

Sara retrocedió.

—Conozco tu rabia y también tus miedos —respondió tratando de herirlo—. Estoy a tu lado cuando te despiertas en las noches y gritas tratando de alejar tus pesadillas. Estoy en la unidad de control y mis ojos ven lo que todos ven. No soy tu esposa y no te regresaré a tu hija, pero pretendo que me trates como a una mujer y no como a una dependiente, porque yo te amo.

Lucas no había previsto que le hablase de amor. Se tildó de idiota. ¿Qué otro sentimiento podía tener ella para encadenarla a él por tres años? Sara tenía razón. La estaba alejando a propósito. No por los motivos que había expuesto ella, no. No eran esos. Lo que en el fondo no deseaba era repetir los errores del pasado.

—Mi hija murió por culpa mía —le confió—. Los saqueadores la asesinaron porque era la hija del magistrado de aguas. Querían hacerme daño a través de ella. ¿Entiendes ahora lo difícil que ha sido para mí aceptar eso?

—¿Cómo puedo entenderlo si escondes tu dolor? Nunca me lo dijiste. Si quieres



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

que yo entienda, cuéntame. La vida continúa, Lucas. *Nuestra* vida. —Lo besó. Sus labios eran frescos. Lucas le acarició la piel suave del cuello, revolviendo sus cabellos castaños. Consideró que debió ser un santo en su vida anterior para merecer una muchacha como Sara en esta vida.

—No podría resistir sin ti. Castígame por mis errores, Sara, pero no me abandones.

—Te seguiría igualmente. —Era la verdad. La pelea fue un pretexto para renovar la unión entre ellos.

A lo lejos, José saltaba frotándose vigorosamente las manos:

—¿Ya terminaron? ¡Hace un frío tremendo! —La temperatura había bajado alrededor de cero grados.

—Si. Vamos hacia la represa. —Sara se golpeó la frente con la mano, como si hubiese olvidado una noticia importante—. Nos detendremos también donde habitan los ganaderos para aclarar algunos asuntos pendientes.

Se libraron de las mochilas, un estorbo inútil. Se quedaron con los fusiles. No podían usarlos contra las nubes pero eran eficaces contra los ganaderos. En la práctica, les daban un cincuenta por ciento de probabilidades de sobrevivir.

Para llegar a la represa no necesitaban ningún mapa. Debían dirigirse hacia el norte hasta encontrar la cuenca de agua que era lo más parecido que había al mar, sin serlo. El agua, ese ciclo perpetuo que movía las turbinas, estaba prisionera en dos lagos. El desnivel entre el lago superior y el inferior superaba los mil metros; ningún hombre había vivido lo suficiente como para medir su tamaño. La represa había sido, era y lo sería siempre en el futuro, la fuente de vida en las tierras limítrofes, gracias al agua que se escurría por las grietas.

El pasaje desde el desierto a las praderas de los ganaderos fue un evento glorioso. José percibió la suavidad de la hierba bajo sus pies y se arrodilló para besar la tierra.

—A pesar de la maldad con que puedan herirnos estos hombres, los bendeciré mientras viva, por mantener en vida las maravillas de la naturaleza.

Atravesaron el confín, acompañados por el viento. Las brisas continuas creaban un movimiento de ondas sobre los tallos en la pradera y bajo las luces de las antorchas que los guiaban. El alba iluminó el lago superior, anticipando una aurora rosada sobre el agua.

—Aquí falta el ganado —observó Sara.

—Puedes agregar también que faltan los constructores. ¿Acaso has visto alguna vez las tierras libres sin los constructores? —Aquello no era normal y José consideró, por lo tanto, que debían regresar inmediatamente.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Nosotros debemos avanzar y no retroceder —intervino Lucas, entregándole en sus manos el Mauser del saqueador—. Iremos a la casa del jefe de los ganaderos.

—Encontraremos... —Sara interrumpió la frase que había comenzado.

—No importa lo que encontremos. La vida continúa, según lo que has dicho tú misma.

La casa colonial hacia donde se dirigían surgía en medio de amplios campos de cebada. Tenía las ventanas de doble arco aseguradas con trancas de madera y reforzadas con apoyos metálicos. Las vacas mugían en el establo, cargadas de leche, olvidadas por la despreocupación de los hacendados, y los canales de irrigación, el mayor bien de los ganaderos, se veían obstruidos en muchos puntos de su recorrido. La gente no salía al aire libre desde hacía varios días.

El motivo se presentó cuando escucharon dos descargas explosivas dirigidas contra ellos.

—¡Las nubes! —se alarmó José. La configuración de las máquinas cambió mientras volaban, de la inspección al ataque, y se dirigieron hacia ellos, apuntándolos con dos propulsores laterales.

—¡Rápido! ¡Acérquense! —exclamó Lucas mientras mantenía a Sara estrechamente abrazada.

Levantó su distintivo y cerró los ojos.

Una de las nubes se acercó a él, volando verticalmente para analizar sus credenciales. El sensor frontal se alargó hasta tocar al magistrado. Al confirmar su identidad, la nube siguió su camino, seguida por las demás.

Sara relajó sus músculos.

—Nos han asustado de muerte. Debiste avisarnos que no nos atacarían.

—No lo sabía —respondió Lucas.

José blasfemó.

—Entremos, puede ser que regresen.

Quitaron los refuerzos de protección de la puerta y la abrieron apuntando con los fusiles. El interior estaba oscuro. La luz que se filtraba por las ventanas alumbraba con luz tenue y rosada los pisos de madera. Los ganaderos se levantaban temprano: la mesa de la cocina estaba dispuesta con tres sitios para el desayuno.

—¡Qué bueno ¡Nos esperaban! —bromeó José.

Balas de grueso calibre se incrustaron en la pared junto a él, profundamente. El ganadero que disparó desde la escalera, tenía muy mala puntería. Trató de encontrar otras municiones en los bolsillos de su pantalón, mientras se detenía en los peldaños inferiores. José, con la cabeza gacha, embistiendo como un toro, se le fue encima, ol-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

vidándose del Mauser. Le dio un puñetazo al ganadero, que lo hizo caer y luego lo detuvo aplastándolo con un pie contra la escalera. Acordándose finalmente del fusil, le metió el cañón en la boca.

—Es difícil que después de dos tentativas de asesinato en cinco minutos puedas salir entero de esta situación. —le murmuró entre dientes.

—¡Lucas, no se lo permitas!

El magistrado escuchó a su ex-mujer rogándole que no mataran a su actual marido. Ella se asomó desde un dormitorio en el piso superior. Los años habían pasado y ambos estaban más viejos, pero la mujer soportaba mejor la edad. Un niño de cuatro años le tiraba de la falda como un ancla de salvación. Tenía los dedos minúsculos y una carita redonda como la de su madre, trastornada por el terror. Su hija habría tenido la misma expresión ante sus asesinos. Lucas se arrepintió de haber entrado en esa casa.

—Me sirven algunas informaciones, eso es todo —le contestó—. ¡Llévate al niño, inmediatamente! —La mujer no le obedeció—. No voy a hacerle daño a tu marido. Puedes confiar en mi palabra. —Era la palabra de un magistrado de aguas. Ella se retiró a la habitación de donde había salido, echándole una mirada suspicaz.

—¡Vamos a conversar, amigo! —José levantó al ganadero tumbado en la escalera y lo empujó hacia el salón. Lucas lo siguió. Cambiando de lugar, atravesaron una entrada prácticamente vacía en la cual había sólo una mesita tallada en forma artesanal, que encantó al magistrado. Encima vio apoyada una maceta de violetas. Cinco flores que constituían un tesoro.

Sara se acercó a observarlas:

—Siempre las he visto muy pequeñas. ¡Estas son estupendas!

Él tocó delicadamente los pétalos:

—Eran las flores preferidas de Elisa. —Su recuerdo seguía presente en él, como en la mente de la madre.

Pasaron al salón. El ganadero se dejó caer sobre un sillón azul, delante de una pintura al óleo que representaba un panorama de las tierras cercanas a la represa. Parecía la representación de la riqueza, tan ausente en las tierras cercadas. Lucas se acomodó en un sofá de la sala, poniendo el fusil sobre las rodillas:

—No nos han presentado. ¿Me conoces?

El ganadero asintió con la cabeza.

—Debes agradecer a tu mujer y a tu hijo si estás vivo. —Le arrojó la carta de conducta que habían quitado al saqueador—. Tengo las pruebas de que has estado envuelto en un triple homicidio. Alguna de ellas las traigo en el cuerpo. —Así diciendo levantó la mano herida.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Ha sido una decisión colectiva —se atrevió a decir el hombre.

—¡Respuesta incorrecta! —José lo castigó con una cachetada.

Lucas se acarició la barba que no se había rasurado desde hacía varios días:

—Dime algo que no sé.

—Necesitamos las tierras cercadas.

José lo cacheteó nuevamente:

—¡Y, sigues con lo mismo!

El magistrado se quitó los lentes de protección y los balanceó delante de él:

—Ustedes los ganaderos, ¿se han preguntado alguna vez por qué razón estamos obligados a ponernos estos lentes? —El interrogado, calló—. Te lo explicaré. La arena del desierto es abrasiva, entra por todos lados y corroe lo que toca, lentamente pero constantemente. Si no lleváramos los lentes, en algunos meses estaríamos sin córneas. ¡Somos *nosotros* quienes necesitamos de sus tierras!

José dramatizó el intermedio apuntando con su fusil.

El ganadero se agachó hundiendo la cabeza en el sillón.

—¡Nos han obligado a atacarlos!

—Lucas, ¿le hago saltar los sesos?

—Tranquilo, José, —intervino Sara, apaciguando los ánimos—. Esta es una nueva noticia. ¿Quién los ha obligado?

El hombre balbuceó:

—La represa.

—¡Se está burlando de nosotros! —chilló José furioso. Sara empujó el cañón del Mauser hacia abajo para evitar que se le escapase un tiro. Luego, se dirigió hacia el ganadero:

—¡Expílicate!

—Está avanzando.

Los tres de la unidad de control palidieron. El ganadero prosiguió:

—Ha empezado hace una semana. Al principio llegaron las nubes para despejar el área, luego empezaron los constructores. Observen desde la ventana.

Lucas se precipitó a abrir las cortinas. Por una rendija de las tablas, apareció el perfil de la represa. El salto del agua desde el lago superior se había detenido, mientras la pared del lago inferior estaba dividida en módulos como piezas de un gigantesco rompecabezas, bullendo de puntos metálicos distantes, que eran en realidad los constructores trabajando en las modificaciones.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Sara abrió enormemente los ojos:

—Verdaderamente está sucediendo.

Era cierto y Lucas estaba seguro de ello. En los registros de los magistrados se encontraban anotaciones sobre dos desplazamientos precedentes. El primero originado en las tierras cercadas y el segundo en las tierras libres. Este último movimiento que estaban evidenciando podría destruir ambas tierras conocidas.

Dedicó un minuto al ganadero:

—Conduce a tu familia lejos de aquí. Avisa a los otros habitantes de las tierras libres. Deberán alejarse más allá de la pista, lo más al sur que les sea posible. Lleven provisiones para una semana y no se detengan si los constructores no han regresado.

El hombre aprovechó la circunstancia para desembarazarse de ellos. Lucas le hizo una última pregunta:

—¿Cuál es tu nombre?

—Andrea.

—Andrea, enseña a tu hijo a vivir en paz —le aconsejó.

El magistrado salió de la casa acompañado por Sara y por José. Ya no existían asuntos por discutir o preguntas para responder. La unidad de control tenía un deber supremo cuando se trataba de los desplazamientos de la presa: conservar su integridad.

Mientras se aproximaban a la obra, vieron avanzar un módulo, suspendido a unos diez metros del suelo. Lo sostenían las nubes de desalojo. Una fluctuación imprevista lo llevó a chocar contra el techo de una granja y lo levantó completamente. Las nubes suplieron la pérdida momentánea de energía disminuyendo la cuota de vuelo de un metro, mientras se doblaban los tallos de la cebada sembrada en los campos, con el remolino de aire producido.

—Es el fin del mundo —indicó José.

—Solamente de aquel que conocemos —especificó Lucas—. La ciudad ha aumentado su régimen energético y se adaptan los suministros en consecuencia.

El dependiente estaba nervioso:

—Sería aconsejable que nos vayamos también nosotros.

—Lo haremos cuando haya hablado con el supervisor de la ciudad. No me han informado del desplazamiento... —El magistrado detuvo su rápida marcha—. Puedes irte adonde quieras. —No tenía dudas de que Sara lo apoyaría.

José se volteó con inquietud.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—No me queda bien el papel de héroe, Lucas.

—Lo has sido tantas veces que ya no te das cuenta de que lo eres siempre. —Le entregó el distintivo—. En la eventualidad de que Sara y yo no pudiéramos regresar, serás tú el nuevo magistrado de aguas.

—Es... —trató de objetar el amigo.

—La mejor solución —terminó Lucas, interrumpiendo cualquier discusión.

Se separaron.

El ambiente de contacto estaba situado al nivel del lago superior. La ascensión con el ascensor principal les permitió tener una vista panorámica sobre las actividades de los desplazamientos. Las paredes de la represa principal hormigueaban de nubes. Los módulos en posición exprimían un líquido que, al solidificarse, formaban las máquinas predestinadas al trabajo de desalojar o de matar.

Los constructores se servían de las cadenas en movimiento para desmontar pieza por pieza la cubierta del reservorio hídrico, librando el agua peligrosamente y exponiéndola al riesgo de evaporación. En la ciudad debían haber descubierto una fuente subterránea en las montañas para promover el ensanchamiento de la represa.

Se abrió el ascensor en el ambiente de contacto.

Una pantalla transparente los dividía de la llanura desmesurada del lago superior. Al centro, inalcanzable, se levantaba el monolito de la estructura ciudadana. La parte inferior de la ciudad estaba a oscuras, para ahorrar energía. La cima, brillante con sus luces de oro y plata, se perdía entre las nubes espesas que cubrían la cumbre. Hombres como ellos empezaban y terminaban su propia existencia en aquel lugar privilegiado.

Lucas se desembarazó de las envolturas de su mano e insertó los dedos en el ordenador de la pantalla. Apareció la supervisora con el cabello cano enmarcado por un uniforme negro. Era la misma mujer digital que había confirmado su empleo a él y a su padre.

—Se ha establecido el contacto externo —confirmó la supervisora—. Declaren sus credenciales.

—Soy el magistrado de aguas, nombrado con la ordenanza de la prefectura del año 612 de la construcción de la represa.

Columnas de datos recorrieron la pantalla.

—Identidad confirmada. ¿Motivo del contacto?

—La represa ha empezado un desplazamiento que no ha sido señalado. La población externa de la ciudad está amenazada de extinción. Pido poder ver los planos de reposición de los módulos del lago inferior. —Los dedos rotos le dolían.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Le ruego esperar. —El último pedido generó otra visual en la pantalla—. En el último censo de la ciudad, la población externa resultó ser de solamente un individuo: el magistrado de aguas. ¿Confirmado?

—¡Por supuesto que no, Cristo! —exclamó Sara—. Existen miles de personas en el valle y en la llanura.

—El sujeto femenino no está autorizado a hablar con esta unidad de supervisión. La violación de ello comporta una pena corporal. —Una nube avanzó desde el lago, atravesando la cubierta transparente.

—¡Espera! —Lucas, enrojecido, golpeó la pantalla—. Sara pertenece a mi unidad de control. Exijo que el prefecto confirme tal desplazamiento.

—Espere, por favor. —Se oscureció la pantalla.

Sobre la represa, Lucas experimentó el frío del día. Fue una sensación particular e íntima, sólo para compartir con las personas que amaba. Había sacrificado mucho por el trabajo: la familia, la normalidad, su hija. ¿Qué otra cosa le pedirían? No tenía nada más que darles. Se volteó hacia Sara. Sólo entonces descubrió, entre una nube de suspensión sobre el agua y el ambiente de contacto, que era ella la persona con la cual deseaba transcurrir el resto de su vida.

—Es curioso... —reflexionó—. La respuesta del prefecto no es necesaria. Sé lo que debo hacer. ¿Vienes conmigo? —como cualquier hombre a una mujer, la invitó alargándole una mano abierta.

Ella aceptó, apretándola en la suya:

—¿Adónde?

—A los controles manuales donde se abren las esclusas. Es la prerrogativa de un magistrado de aguas que dimite. —Sara le sonrió. Sus sonrisas eran muy raras, como el germen de primavera en el invierno. Calentaban el corazón.

El agua desbordó por las esclusas con fragor, blanqueando de espuma la caída. Al bajar el nivel del lago superior, las nubes empezaron a disgregarse y los constructores a detenerse. Las luces de la ciudad se apagaron progresivamente, cancelando el encanto. Quedó solamente el esqueleto de cemento y metal.

El último magistrado de aguas admiró el nuevo río que corría en medio de las tierras libres entre los módulos de la represa abandonada. Se sintió satisfecho, igual que Sara. Si hubiese sido una decisión equivocada, ambos habrían sufrido inmediatamente las consecuencias. Como fuera que terminara todo el asunto, al menos estaba seguro de que allí la vida continuaría.



*La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.*

---

## TURNO DE NOCHE

**F**ederico estaba sumamente convencido de que quien no conducía de noche a lo largo del valle del Po, durante el mes de noviembre, no conocía lo que era la verdadera niebla.

Había catalogado los fenómenos atmosféricos en dos grandes categorías. La primera comprendía los bancos de neblina ciudadana. Generalmente, te caían encima mientras regresabas a tu casa después de un día de trabajo, posiblemente de esos que te dejan realmente agotado, cuando quedas embotellado en el tráfico durante más de dos horas porque el policía de tránsito debe aprender a costa de los inocentes choferes, cuáles son las señales correctas que debe hacer para controlar el cruce en una esquina.

Si uno sale indemne, aprovechando los movimientos automáticos desarrollados con años de práctica, dobla en la esquina del puesto de periódicos, aún si no lo ve, disminuye la velocidad bajo el balcón donde se asoma esa hermosa mujer que es su vecina y avanza el auto hasta dentro del jardín de su casa haciendo caer el quinto enano de esa horrenda serie de yeso con la que su mujer se obstina en decorar el prado. Luego estaciona perfectamente.

También existen los bancos de niebla fuera de la ciudad. Un buen taxista, como se considera Federico, no habla de ellos en público, porque es lo mismo que para los marineros hablar de alcatraces. Sin duda, atraían desgracias y infortunios.

Cuando uno se encuentra en zonas desconocidas, fuera de los centros urbanos y, en el noventa y nueve por ciento de los casos, en proximidad de pantanos, charcos o pozas de agua o lo más estancado que fuera posible, ese miasma pútrido le golpea el olfato cada vez que baja la ventanilla para percibir adónde queda el borde de la carretera.

Esa noche lo engulló el peor banco de niebla campestre que pudiera imaginar. Un segundo antes había un camino, un segundo después no se veía ni siquiera la luz de los faros para niebla que había encendido al recorrer la explanada de tierra donde debía encontrar a un cliente.

—Centralinista, aquí Rambo 66, ¿confirman el pedido de las veintidós y cincuenta? —preguntó por radio. El altavoz le devolvió una serie de descargas estáticas y nada más—. ¿Cuándo se decidirán a sustituir estos aparatos con algo más decente?

Hablar en voz alta dentro del auto, aún si estaba solo, lo ayudaba a pasar las horas del turno de noche. No recordaba cuántas veces lo había hecho una detrás de otra o cuántas noches lo haría aún antes de decidirse a cambiar de trabajo. Tenía una mujer que amaba los viajes exóticos, un montón de letras por pagar y un sueño en el fondo del cajón: convertirse en actor. Esa mezcla explosiva lo llevaba a trabajar



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

como un esclavo desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana, recogiendo almas perdidas de las orgías nocturnas en los bajos fondos de la periferia milanesa. Ya habían pasado los mejores años de su juventud. Sin embargo, estaba buscando una oportunidad que pudiera cambiarle la existencia.

Limpió con la mano el vidrio anterior. La instalación de calefacción del taxi emitía tanto calor como podría hacerlo la caldera del volcán Etna, generando una condensación espesa sobre el parabrisas, la cual, sumada a la neblina, lo obligaba a manejar a veinte kilómetros por hora.

Probó nuevamente a llamar a la sede:

—Centralinista, ¿me escucha?

La voz chillona de Annalisa le respondió:

—Fuerte y claro, Rambo 66. ¿Tienes problemas?

—Nada grave —le aseguró Federico—. Estoy en medio de la niebla y quisiera tener confirmación de la última llamada que me han hecho. No veo a un palmo de la nariz y no quisiera dejar esperando al cliente.

Se escuchó el movimiento veloz de los dedos de Annalisa sobre el teclado del terminal, luego una pausa para la lectura de los datos y la confirmación consecuente:

—Calle privada de Los Tilos, kilómetro 4. El cliente ha llamado nuevamente para saber qué sucede.

—Eh... Dile que llego apenas pueda.... —El inconfundible borbotar de una llanta baja sobre el cascajo le arrancó de los labios una secuencia interminable de imprecaciones.

—¿Qué sucede? —se preocupó Annalisa.

—¡Se me ha bajado una llanta! Espera un momento que controlo.

Fuera del auto le parecía como estar adentro de una lavadora. La neblina se depositó sobre su ropa, sus cabellos y su piel en húmedas gotas microscópicas, hasta que lo empapó completamente. Dio la vuelta para inspeccionar las llantas y encontró a la culpable. La de atrás al lado derecho estaba más desinflada que el pene de un ochentón sin Viagra.

—Me has costado la carrera... —comentó tristemente Federico. Regresó al auto y le contó a Annalisa:

—Por favor, pasa la llamada a alguien más. Me demoraré unos treinta minutos.

—Recibido. Nos ponemos en contacto a las once y media.

Al empezar la sustitución de la llanta, Federico se dio cuenta de que la media hora que había previsto había sido una estimación arriesgada. El gato se hundía en el terreno mojado y levantar el auto un palmo lo dejó sin respiración.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¿Cómo es posible que pese tanto? ¡Ah, pero yo soy un hueso duro de roer....!

Bajo la luz de su linterna, escupió, imprecó y se embadurnó de fango, tanto cuanto era suficiente para transformarlo en la imitación del monstruo de la Laguna Negra, el protagonista de su película de horror preferida, pero pudo terminar de cambiar la llanta en el tiempo previsto.

Finalmente, observó el cambio con satisfacción:

—No ha nacido aún la llanta desinflada que me deje de rodillas...

Se sentó en el asiento del chofer y verificó su reloj pulsera: las once y veintinueve.

*Con un minuto de anticipación, pensó, como para reírme de quien me llama viejo porque he cumplido los cuarenta.*

Un resoplido como de una aspiradora obstruida y luego un ruido sonoro e inquietante interrumpió su satisfacción.

Su desorientación lo llevó a controlar nuevamente la hora: once y veintiocho.

—¿Qué clase de broma es esta?

Una mano huesuda le tocó la espalda desde el asiento posterior. Federico pegó un salto record y el corazón le latió desesperado, a la manera de un luchador de sumo lanzado a la carrera de los ciento diez metros con obstáculos.

—Debe perdonarme. No era mi intención asustarlo —se disculpó el tipo sentado atrás—. He visto el taxi detenido y pensé aprovecharlo.

Federico consintió a su corazón calmar los latidos y se concentró en aclarar su mente. No había visto subir al cliente, pero los clientes eran imprevisibles. Se infiltraban dentro del auto apenas uno tenía intención de detenerse. Una vez, cuando viajaba vacío, se detuvo para desaguar en un callejón escondido y se encontró a bordo un turista japonés que lo observaba desde la ventanilla mientras se subía el cierre del pantalón. Fue una cosa inaudita.

Como de costumbre, lanzó una mirada por el espejo retrovisor para evaluar si se podía fiar del pasajero. Durante el turno de noche, fiarse era bueno, no fiarse era mucho mejor.

En el asiento trasero de su taxi había visto sucederse escenas de todos los colores, sin embargo, lo que se reflejó en el rectángulo del espejo esa noche neblinosa ganó por puntos cualquier experiencia precedente.

El cliente era el sosías exacto de Humphrey Bogart durante la escena del aeropuerto en *Casablanca*. No un tipo parecido o notablemente semejante, sino él mismo. Idéntico el sombrero ladeado a un costado, igual de ajado el impermeable con la solapa levantada detrás del cuello y la misma expresión de un hombre desilusionado. Prestando mayor atención, algunas diferencias marginales resaltaron al ojo experto de un amante del cine como era él.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Por ejemplo, la cabeza redonda, la piel de color gris humo de Londres y los ojos negros sin pupilas, al estilo de los extraterrestres de Roswell, desentonaban evidentemente bajo el sombrero de gánster. Federico se volteó para dar a su cerebro la oportunidad de retratar la visión que le había transmitido.

Bogart estaba sentado con las piernas cruzadas y el rostro normal de un actor exitoso. El taxista giró la cabeza nuevamente, con un crujido de vértebras, para verificar por última vez.

El mismo reflejo que en el espejo: una cabeza redonda con ojos sin pupilas. Dirigió la mirada al asiento posterior: Bogie el Inimitable.

*Oiga usted, se sugirió a sí mismo Federico, debe moderar su ritmo de trabajo...*

—¿Le molestaría partir de una vez? Tengo una cierta prisa. —Bogart también estaba impaciente.

Con su habitual deformación profesional, el taxista preguntó como de costumbre:

—¿Dirección?

—Al obitorio civil de Milán. Usted sabe adónde queda.

*¡Faltaba sólo eso, caramba, ir al obitorio! ¡Maldita sea mi boca! Federico se mordió la lengua para castigarse por su imprudencia y respondió, resignado:*

—Sí. Queda en la calle Ponzio número uno.

Invirtió la marcha en sentido contrario con la intención de tomar la carretera que llevaba a Milán. Le temblaban las manos sobre el volante y estaba convencido de que si ponía los ojos sobre el pasajero otra vez, encontraría una nueva extravagancia. No porque fuera justo y necesario, sino porque las rarezas lo perseguían junto con la neblina.

Una masa lechosa estaba pegada sobre su taxi. Lo precedía en los movimientos, dirigida por un comando a distancia invisible. Y su reloj no avanzaba de las once y veintiocho. Lo había agitado con la muñeca para controlar que ambos latieran y efectivamente, funcionaban. El reloj tenía carga mecánica y nunca lo había traicionado. Sin embargo, la manecilla de los segundos avanzaba una muesca y regresaba inmediatamente hacia atrás, a la posición precedente, impidiendo la llegada del minuto sucesivo.

Bogart inició una conversación que le dio en la médula del gusto:

—¿Ama el cine?

Federico no podía creer lo que oía:

—¡Por supuesto, todo! Desde los hermanos Lumières, pasando por Cecil B. DeMille y Fellini hasta Lucas, Spielberg y Tarantino. Naturalmente, usted es...



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¿Yo soy...? —Bogart se acercó hacia adelante, interesado.

El taxista hubiera querido confesarle que Bogie era su actor preferido, siempre que el cliente fuese él. La prominencia de la cabeza redonda reflejada lo convenció a desistir de su revelación:

—Nada...

—¿Le gusta el cine por alguna razón? —insistió el otro.

—Es una arte directa. Transmite al espectador una visión específica del mundo. No es como un libro donde se puede leer sobre un «experto marinero» y el lector se lo imagina como el viejo de Hemingway o lo reduce a los dibujos animados de Popeye. En las películas, lo que aparece es siempre lo que es. ¿Me entiende?

—Creo que sí. —El cliente se quitó por un instante el sombrero y se pasó una mano sobre la cabeza pelada, luego cambió la conversación a un binario inesperado:

—¿Qué me respondería si yo le ofreciese la parte protagonista en la más importante producción que la historia humana haya conocido?

Para Federico, los ofrecimientos absurdos eran cosa de todos los días y la propuesta de convertirse en actor, puesta sobre la mesa por un extraterrestre semejante a Humphrey Bogart era una extravagancia superior a la media, pero no mucho más. Se parecía al pedido de sexo desenfrenado en el taxi que le hizo una famosa modelo hacía un mes. ¡Él había rechazado la propuesta antes de darse cuenta de que la mujer hablaba en serio!

Con cautela, para no dejarse escapar la ocasión de su vida, preguntó:

—¿No me estará tomando el pelo, verdad?

—Mi sentido del humor se ha atrofiado hace mucho tiempo —contestó Bogart.

—¿Cuál es su actuación en esta producción, exactamente? —dijo para evaluar la importancia del personaje con quien hablaba. Pensó que podía ser el director, o la estrella principal, o un loco escapado del manicomio en algún meteorito perdido de la galaxia... En cambio, Bogart lo dejó estupefacto.

—Soy un soldado.

La sorpresa le hizo perder el control del taxi, tanto que se desbandó de la carretera y casi termina volteado dentro del canal de desagüe de una hacienda de alimentos para ganado. Reconquistó el control del transporte y el taxista, avergonzado, se aclaró la voz con un poco de tos.

Federico observó de reojo al pasajero:

—¿Un soldado?

—Exactamente.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¿Quiere decir que en la escena vestirá un uniforme militar?

—No —afirmó Bogart—. Soy verdaderamente un soldado.

*¡Adiós a la última neurona sana de mi cerebro!* Federico aceptó con algo de aflicción las presuntas señales de demencia precoz que lo afligían. Pero a convencerlo de que no estaba realmente mal de la cabeza fue la resuelta compostura de Bogie.

—Déjeme entender un momento. Usted, un soldado, ¿me está ofreciendo una parte en una producción cinematográfica?

—No he dicho que la oferta tuviera algo que ver con la cinematografía —especificó Bogart.

El taxista perdió el hilo de su razonamiento. Trató de coordinar sus ideas:

—¿Qué debería hacer, en detalle?

—Lo sabrá cuando lleguemos al obitorio.

*Claro, el obitorio...* Se había olvidado. Afortunadamente, el taxi proseguía en la dirección correcta, siempre que el cartel indicador que había pasado hacía poco en la carretera no le hubiese hecho equivocar el rumbo por la neblina.

—Es claro que su dedicación a la causa debe ser total —agregó Bogart.

—¡Oiga! ¿No es que ahora me saca una hoja de alistamiento al ejército por debajo del impermeable? Yo no firmo nada... —Federico reconoció en el espejo retrovisor, una risa muda que se dibujó en el rostro gris de Bogart.

—Los seres humanos son la sal del universo. Saben burlarse de todo. Si no existieran tendríamos que inventarlos —le dijo el actor, haciendo desaparecer la sonrisa.

El hecho de que Bogart hablase del género humano excluyéndose, produjo en el taxista el deseo impelente de hacerle una pregunta que le roía en un rincón de la mente desde el inicio de la carrera. La tenía en la punta de la lengua: *disculpe, ¿es usted un extraterrestre?* Devolvió la pregunta al lugar de donde había venido, a puñetazos. Hubiera sido como preguntarle a la Madonna si era virgen.

Pasaron el cartel que limitaba el distrito de Milán.

No tenía dudas de que su pasajero, el banco de neblina tele-comandado, la corta carrera en taxi de menos de un minuto y todo lo demás fueran eventos extraordinarios, pero la Avenida Monza y la zona de la Ciudad del Estudiante de noche, sin un automóvil ni una prostituta, estaba lejos de lo imaginable. Era un verdadero milagro.

Cuando Federico frenó delante del obitorio, la niebla parecía seguirlo. Avanzó un metro pero luego regresó y envolvió el taxi. El discurso sobre el oficio de Bogart tomó una consistencia algo concreta en el momento en que el taxista pudo entrever los primeros guardias del regimiento de San Marcos a la entrada.

Eran como veinte jóvenes mayores de edad desde hacía poco tiempo. Vestían el



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

uniforme con orgullo, llevando el fusil con pericia. Hubieran detenido cualquier acción si no estuviesen inmóviles, como paralizados en una fracción del tiempo por una mano invisible.

—Debo pedirle permiso para llevarlo adentro, antes de que usted pueda entrar — dijo Bogie y se encendió un cigarrillo que le colgaba del costado de la boca.

—¡No tengo ninguna intención de entrar allí! —objetó Federico.

—¿Deseaba una parte como protagonista? Se la estoy ofreciendo.

—¿Para hacer qué? ¿Para entrar en un obitorio custodiado por las fuerzas armadas? ¡Ni hablar de ello! No había esa cantidad de soldados ni siquiera en el desfile de la fiesta de la República...

—Puede renunciar y regresar a su vida de siempre. Me las arreglaré de alguna forma.

Delante de los ojos de Federico pasaron las imágenes de las noches monótonas transcurridas al manejar por calles de mala muerte, transportando desconocidos de lugares desconocidos a destinos desconocidos. En cualquier decisión que tomara, su mujer tenía un peso importante con sus insoportables pretensiones: una casa mejor, la escuela privada para los hijos, un viaje a las islas Seychelles... ¡Exigía, exigía, exigía!

Finalmente, contestó a Bogart:

—Está bien. Me diga qué debo hacer y lo haré.

—Extienda su mano.

El taxista le acercó el brazo, sin miedo. Había notado los dedos esqueléticos de Bogie desde el principio. Eran huesos revestidos de piel, sin carne en el medio. Los pasó sobre la palma de Federico y la neblina desapareció.

Para decir la verdad, la misma Tierra sufrió una metamorfosis kafkiana. El aire se puso espeso, degradándose hasta volverse de un color amarillo nauseante. Los guardias, estatuarios en su posición, perdieron su vigor juvenil y decayeron en una vejez incipiente. No dependía de los hombres sino de los Otros.

—Dios del Cielo y del Universo! —exclamó Federico quedando con la boca abierta—. ¿Quiénes son esos seres?

Algunas criaturas estaban inmóviles delante de los soldados. El taxista observó de nuevo. *No, rectificó, están mimetizadas entre los soldados.*

Recordaba al muchacho que estaba de pie en la primera grada de la escalera que daba al obitorio. Tenía un fusil al hombro y se amarraba el cordón de una de sus botas. No había cambiado nada, ni una coma, de lo que había visto antes aparte de dos tentáculos anudados que ataban el cordón y los cuatro pares de ojos segmentados, como de insecto, que llevaba en la cabeza.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Bogie bajó del taxi, se deshizo del pucho y se dirigió hacia el obitorio.

—Son los Otros. No los toques o regresan de su éxtasis. Vamos, tenemos poco tiempo para actuar.

Federico trotó detrás de él, más por el miedo de quedar solo con aquella compañía que por la efectiva voluntad de participar a la aventura. Bogart siguió a través de cada corredor y abrió todas las puertas con un perfecto conocimiento del lugar.

—Si hay otras sorpresas, le ruego que me informe —rezongó el taxista—. ¿Dónde nos encontramos? —Ese ambiente no podía estar en la misma ciudad de Milán que él conocía bien.

—Imagínese la Tierra a la que estaba acostumbrado como el set de un estudio cinematográfico. El director, de mi raza, le enseña día a día una visión específica del mundo, digamos, un documental: mucha vida normal, una que otra guerra, una rociada de felicidad. Si los otros actores no estuviesen informados, continuarían recitando, perdidos beatamente en su representación. Pero, pongamos que detrás de la filmadora se quieran sentar diferentes directores, los Otros, que tienen sus propias ideas sobre cómo organizar las tomas y que no tengan escrúpulos en eliminar a los actores que no les satisfacen plenamente. Nosotros estamos en este segundo set. Es la misma realidad vista desde diferentes ángulos. Puedes imaginar el conflicto entre los directores... Se necesita un buen servicio de seguridad para garantizar la paz. —Bogart le guiñó el ojo. Trabajaba para el servicio de seguridad.

—¿Está insinuando que yo ya soy un actor? —Federico sacudió la cabeza con incredulidad—. ¿La humanidad entera está recitando su propia existencia? ¿Con qué objeto?

—Para que los seres humanos se vuelvan directores algún día, abran su propio estudio en otro lugar y enseñen a los actores inexpertos lo que han aprendido, impidiendo a los Otros malograr el espectáculo con su invasión.

Bogie empujó una puerta pesada de acero y entraron en la cámara mortuoria: había dos hileras de cadáveres con sus etiquetas de reconocimiento en el dedo gordo del pie frente a las celdas de refrigeración, llenas; al centro, un equipo médico estaba bloqueado en medio de la ejecución de una doble autopsia. El patólogo tenía el bisturí suspendido a un centímetro de la cándida piel de una niña. En la segunda mesa había Otro echado tieso y bien muerto con un tentáculo en mano.

—Tomemos ambos cadáveres —ordenó Bogart.

—¿Por qué?

El actor le dio una explicación enigmática:

—Aún no estás listo para conocer la verdad.

Apoyó delicadamente la mano sobre la frente de la niña:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Yo me ocupo de ella. Mientras tanto, ocúpate del Otro. Si lo cargas sobre la espalda, lo llevaremos hasta el taxi.

El taxista pasó entre el patólogo y la mesa operatoria, observando al pasar los rasgos de la niña muerta. Se le estrujó el corazón. Era Judy Garland en *El Mago de Oz*, con sus largas trenzas anudadas con lazos alegres, puestas sobre el pecho para esconder el seno prematuramente lozano. Ella fue el primer amor de su juventud. Se enamoró cuando vio la película a los diez u once años, no recordaba con precisión. Le duró mucho tiempo hasta cuando quedó atrapado por las curvas de Raquel Welch. Una lágrima de tristeza le recorrió el rostro.

En la hoja brillante del bisturí vio que la Garland tenía la misma cabeza redonda de su acompañante, pero más graciosa y adornada con sus dulces ojos. El instrumento quirúrgico le reveló el llanto de Bogart. ¡Estaban destruyendo un mito! ¡Bogie no podía llorar, no en esa forma!

—¿La conocía?

—Era mi mujer —le confesó el extraterrestre. Sufría profundamente.

—Entiendo su dolor...

—Quien escoge el trabajo de guardia sabe que la muerte puede llegar en cada esquina. —¡Bogie, el duro, sobresalía siempre!

*Pero Bogart casado con la Garland adolescente...*, Federico se estremeció pensando en el encuentro amoroso de la pareja.

—¿Nosotros le hemos hecho daño? —Por «nosotros» entendía los seres humanos.

—¡No! —negó rápidamente Bogart—. El culpable ha fallecido y es ese que puede ver más allá. —El Otro que debía cargar el taxista fue acusado y condenado con un gesto de la mano.

—¿Matan a los hombres también? —quiso saber Federico—. Ya sabe cómo es... no me inspiran una gran confianza.

—Quieren infiltrarse y substituir nuestro reino. Si un hombre traba sus planes tiene pocas esperanzas de salir adelante. —El taxista esperaba esa respuesta y, con toda sinceridad, el deseo de cambiar su propia vida había desaparecido ante la vista del mono tentáculo—. No perdamos tiempo en charlas. El camino es largo. —Bogart levantó el cuerpo de su mujer con respeto religioso, esperando que Federico hiciese lo propio con el cuerpo que le competía transportar.

—Pero, ¿qué cosa ha comido éste? ¿Las bolas del juego de bolos? —rezongó mientras cargaba al Otro. El peso era el elemento menos importante. Apeataba como una letrina de campo obstruida—. Los muertos no tienen un buen perfume.

—Los vivos son peores —contestó Bogie.

La distancia hasta la salida del obitorio fue un vía crucis, deteniéndose varias ve-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

ces para respirar o para levantarse luego de caerse de rodillas. Federico habría aceptado voluntariamente cambiar ese peso por una cruz en vez de cargar al extraterrestre sobre la espalda. Una substancia pegajosa le impregnó la ropa transfiriendo el hedor del cadáver a su persona:

—¿Esta asquerosidad no será lo que pienso?

—Es su sangre.

—¿Por qué le habré pedido...?

Bogart recostó a su mujer sobre el asiento posterior del taxi. Federico, en cambio, tuvo que romper algún cartilágine y huesos varios para que el Otro pudiese entrar en el baúl de la máquina.

—Regresemos al lugar donde nos encontramos —le solicitó el actor.

Fue fácil satisfacer su pedido siguiendo la niebla. El banco de neblina se había materializado de nuevo, un segundo después de que cerró la puerta del auto y estaba ansioso por terminar de una vez.

*¿Absurdo? ¿Hay algo aún más absurdo de lo sucedido esta noche?*

Todavía persistían las incongruencias y quiso absolutamente disolverlas.

—¿Puedo preguntarle algo? —expresó al cliente, mientras giraba la llave del encendido y partía el motor a una velocidad que, en condiciones normales, le hubiera costado la retención de su licencia de conducir.

—No ha hecho otra cosa desde que nos hemos conocido. —Percibió una pizca de impaciencia en la respuesta de Bogie, pero la pasó por alto.

—¿Por qué ha pedido mi permiso en el obitorio? Podía jalarme por las orejas si hubiese deseado.

—Tenemos reglas y si las rompemos nosotros primero, la lucha por la que estamos combatiendo sería inútil. Usted ha aceptado voluntariamente ayudarme y en consecuencia, ha asumido los riesgos.

—A propósito de riesgos... En este empeño no ha dicho palabra sobre las ventajas que obtendré si le doy una mano.

Bogart abrió los ojos sin pupilas que se mostraron como dos círculos perfectos. Estaba desconcertado:

—¿Ventajas? ¡De hoy en adelante tendrá a los Otros detrás de usted por el resto de sus días! —Federico se irritó ante la revelación.

—¿Qué significa eso? ¡Pensaba que aseguraría mi eterna gloria para el conocimiento de las futuras generaciones de la Tierra! —En la balanza personal del taxista, solo ese peso podía compararse al hecho de soportar sobre la cabeza una figura extraterrestre.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Oh, aquella... —Bogart no la había considerado—. Seguramente, cuando su raza llegará al segundo estado de evolución, revelaremos su importante contribución para la supervivencia del género humano.

—¿Cuándo se supone que sucederá? —Se imaginó los títulos en los periódicos, las entrevistas por televisión y la posibilidad de salir de esa vida ordinaria que le quedaba estrecha.

—Las previsiones estadísticas prospectan que sucederá dentro de treinta mil años, siempre que los Otros no arruinen la situación.

—Vamos bien... —Federico se dio cuenta de que, en definitiva, estaba secuestrando dos cadáveres extraterrestres por nada.

Se detuvo en la calle privada de Los Tilos en la exacta posición de cuando cambió la llanta. En el terreno quedaban marcas de las huellas de las llantas y del gato. Un bosque de discretas dimensiones empezaba a unos cien metros de la calle. No lo había divisado la primera vez a causa de la neblina, pero ahora el corredor estaba vacío desde el taxi hasta los árboles.

Bogart bajó llevando a la mujer. Ordenó:

—¡Abra el baúl del automóvil!

Se colocó delante del Otro y puso su mano sobre el cadáver que se infló. La piel se llenó de bolas de varias dimensiones y el cadáver explotó como un globo demasiado inflado, ensuciando el baúl con trozos del cuerpo.

—¡Pero, qué hace! —protestó Federico—. ¡En esa forma tendré que raspar esos restos de la alfombrilla hasta el día del juicio!

—Debo eliminar las pruebas —declaró Bogie—. Los trozos se derretirán en las próximas horas.

—¡Podía deshacerse de todo en el obitorio!

—Aquí es más seguro.

El encuentro cercano del tercer tipo llegó a su fin. No había sido un secuestro con todos los reconocimientos, pero tampoco un paseo por el parque. Bogart se dirigió hacia el bosque.

—¡Un momento! —lo llamó el taxista—. ¡No sé su nombre!

—Hablémonos del tú —propuso Bogie—. Me puedes llamar Humphrey...

Federico tuvo la sospecha de que se estaba burlando de él, aún si había declarado que su sentido del humor estaba atrofiado. El extraterrestre había sufrido la pérdida de su mujer y sabía contestar a tiempo. No estaba tan mal después de todo.

—Oye, Humphrey, estaba pensando...



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¿En qué?

—En que podría venir contigo. Tu raza me protegería de los Otros.

Bogart se arregló el sombrero, echándole una mirada dramática sacada de su repertorio:

—Si lo hiciera, un día te arrepentirías. No hoy y, quizás, tampoco mañana pero tarde o temprano y por toda la vida. —Se perdió en la niebla que se cerró detrás de él. Cinco minutos más tarde, un globo de luz se disparó hacia el cielo desde el bosque.

Federico se quedó realmente desilusionado. Haber sido despedido con una frase de *Casablanca* lo dejó con la boca amarga. La aguja de los segundos empezó a moverse, superando las once y veintinueve hacia la media hora.

Subió al taxi con una rabia de todos los diablos:

—¡Extraterrestres, actores famosos, fama... Son todas cagadas! ¡Juegan a la guerra entre los mundos en nuestro planeta y se olvidan de comunicarlo! ¡No dan una sola explicación sobre el por qué o el cómo y ni siquiera se dignan pagarme la carrera! Mi vida no cambiará nunca.

Apretó el acelerador. El taxi no se movió por el desbande de las llantas sobre el cascajo.

—Ya me empantané. Y yo sabía que la niebla trae desgracias...

Abrió la puerta y encontró a una niña de unos seis años. Tenía los cabellos rubios peinados en hermosos rulos. Indudablemente, delante de él estaba la Shirley Temple de los años treinta. Se veía linda e indefensa.

—¿Te has perdido, niña bonita? —Federico tuvo el impulso irresistible de darle un pellizco amoroso en sus mejillas rosadas.

—No —respondió ella con una voz de barítono—. Te estaba buscando.

Dos tentáculos le envolvieron el brazo y lo arrastraron hacia la niebla. Su grito final fue rápidamente sustituido por el acompasado rumor alternado de la flecha de posición encendida en el auto.



*La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.*

---

## **PADRES A CUALQUIER PRECIO**

**L**a asistente social no aparecía. Luisa y Alberto tenían una cita para las cuatro de la tarde y se presentaron con mucha anticipación. La hora establecida había pasado hacía mucho rato y de aquella señorita tan cortés no se veía ni la sombra.

—Debe de haber pasado algo —se le escapó a Luisa.

—¡Calma! Que no te vengan extrañas ideas en la cabeza —trató de tranquilizarla su marido—. El tráfico la habrá detenido. Sabes bien que en esta ciudad es prácticamente imposible moverse a cualquier hora del día.

—Será como dices, pero aún no me siento tranquila.

Un diligente ujier los invitó a desalojar el corredor del tribunal:

—El juez los espera. Pasen a su oficina que tiene el número cinco. Cuando llegue la asistente social la haré entrar inmediatamente.

Aceptaron la invitación y entraron en una oficina que tenía un letrero en la puerta: «Juez Tutelar, Cuarta Sección, Adopciones».

El magistrado se levantó de su asiento y los saludó:

—¡Buenos días! Imagino que ustedes son los señores Di Giacomo. Es un placer conocerlos. Soy el juez Sulimat.

Apretó la mano a ambos esposos y se volvió a sentar delante de su escritorio.

—Siéntense —indicó Sulimat—. La señorita Prahatmanda me ha comunicado que ha sufrido un contratiempo en el Instituto de Adopción de Menores, pero ya está viniendo hacia aquí.

Luisa se preocupó:

—Nada grave, espero.

—Un asunto sobre la propiedad del niño, resuelta con éxito. Dentro de pocos minutos firmarán la práctica para la custodia provisoria y podrán regresar a su casa junto con el pequeño.

—¿Ya tú ves que no debías preocuparte, querida? —dijo Alberto cogiendo la mano de su mujer.

Él también había temido que hubiese algún obstáculo pero no quería confesarlo. Alberto y Luisa habían probado anteriormente, en todas las formas, procrear un hijo propio experimentando con las muchas técnicas asistidas existentes, lícitas o ilícitas. Después de tantos fracasos habían pensado en la clonación, pero sin tener el coraje de hacerlo. En conclusión, la adopción les pareció la única vía que podían recorrer.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Como no eran tan jóvenes, se habían dirigido a una agencia especializada que no tomaba en cuenta las normas estrictas sobre la edad de los futuros padres, proponiéndoles adoptar un niño extranjero.

—Señores Di Giacomo, no deseo asfixiarlos más de la cuenta pero debo advertirles nuevamente, en mérito a las problemáticas existentes, sobre la adopción interracial. Esa es la práctica... —El juez escrutó los rostros de la pareja para encontrar posibles incertidumbres en la respuesta.

—Escucharemos con atención —dijo Luisa—. Cualquier información que nos den será importante para nosotros.

—Bien. Lo más significativo es que el niño no habla vuestro idioma aún si entiende algo. Al inicio tendrá que ser acompañado por un traductor. Luego, ustedes deberán ser conscientes de que debe asumir una nueva realidad, con tradiciones y formas de comportamiento que le son desconocidas pero que podrá aprender poco a poco. Finalmente, no deben minimizar el racismo que pueda manifestarse. No solamente el desprecio de los adultos pero también algo correspondiente aunque sin malicia por parte de sus coetáneos. Los niños pueden ser crueles al subrayar el color diferente de la piel.

—Nos hemos preparado bien siguiendo un curso sobre su cultura. Creemos tener la capacidad suficiente para enfrentar cualquier problema.

—Excelente. Sin embargo, es probable que sientan la necesidad de obtener otras informaciones durante las primeras semanas de convivencia. Si tienen dificultades, diríjense a nuestro consultorio. Les proporcionamos apoyo directo.

—No dejaremos de avisarles si se nos presenta alguna necesidad.

Tocaron a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó Sulimat

—Perdonen el retraso —se disculpó la señorita Prahatmanda.

Luisa estaba tan impaciente que olvidó la cortesía:

—¿Dónde está Uluth?

—Está aquí conmigo —respondió la asistente social. Abrió la puerta completamente para mostrar al pequeñín que le sujetaba la mano.

La primera impresión que tuvieron los Di Giacomo fue traumática. Habían visto fotografías de otros niños akoda y parecían diferentes: altos, delgados, con la piel verdosa, como una reproducción en escala reducida del juez y de la asistente social.

Uluth, en cambio, era de baja estatura y cubierto de una masa de pelo de la cabeza a los pies, con excepción de la boca que saltaba a la vista con sus dientes afilados como cuchillos. En la agencia le habían comunicado que los akoda eran una raza de cazadores que provenían de un planeta con tradiciones antiguas, de la época neo-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

lítica, pero la cruda realidad los golpeó duramente. El niño, si se podía definir así, era indiscutiblemente, un extraterrestre.

Habían estado en lista de espera para la adopción desde hacía tres años y no soportarían un retraso más, aún si fuera para aclarar las discrepancias. A costo de mover un paso en falso, Luisa y Alberto no desistieron de su rol de padres. Les bastó acercarse y levantarle el mechón de pelo rojizo y áspero que escondía los ojos para que el corazón les latiera a favor del niño. Su mirada ingenua sólo pedía amor.

—Hola, Uluth —lo saludaron.

El pequeño akoda gruñó. Alberto miró a la asistente social para que le explicara.

—Ha contestado el saludo en su dialecto. No se preocupen. Es propenso a los idiomas y aprenderá muy rápido a comunicarse con ustedes —les aclaró ella.

—Ahora terminemos con las prácticas burocráticas —indicó el juez pasándoles los documentos para la adopción. Los esposos firmaron las cuatro copias—. Desde este momento ustedes son oficialmente la pareja que tiene en custodia Uluth. Si dentro de doce meses terrestres, la señorita Prahatmanda me entrega un informe positivo sobre su calidad de padres, entonces Uluth será vuestro hijo oficialmente.

Sulimat los acompañó a la puerta y concluyó:

—Recuerden llamarnos en caso de problemas.

En efecto, la primera complicación los esperaba tumbada detrás de la puerta.

—¡Madre mía santísima! ¿Qué diablos es este coso? —exclamó Alberto dando un salto hacia atrás al ver a una criatura que lo miraba con insistencia. Se podía definir un cruce entre un tigre siberiano y un rinoceronte lanudo de la era Pleistocena, caracterizado por un olor a bestia selvática que en nada se parecía a la fragancia del agua de colonia.

La señorita Prahatmanda, sin darle mucho peso, soltó la frase:

—A propósito, debí hablarles de Oscar...

Alberto aceptaba las sorpresas pero aquí se estaba exagerando y no tenía pelos en la lengua:

—¡Ah, no! Nada de animales. En el edificio donde vivimos no tenemos espacio para ellos.

A Luisa se le cortó la respiración cuando Oscar habló:

—¡No me ofendo porque no me hayan reconocido como un gorgolide cazador, de sangre noble, pero definirme un *animal* es un insulto gratuito que no puedo dejar pasar en silencio! —Hizo rechinar los colmillos en forma amenazante. Uluth le habló con su vocecita gutural y el gorgolide se amansó, arrastrándose amorosamente hacia su patroncito.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

La pareja Di Giacomo se alejaron con la asistente social y protestaron vehementemente.

—¡No pretenderá que llevemos a casa ese... ese....! ¡No tenemos palabras para describirlo! —la agredió verbalmente Alberto.

—Además, ¿qué come? —agregó Luisa, continuando la pregunta de su esposo—. No quisiera cuidarme las espaldas cada vez que paso cerca de él.

—¡Señores! ¡No puedo entenderlos si hablan los dos a la vez! —Se callaron—. El gorgolide sirve a la familia de Uluth desde hace tres generaciones. Luego del fallecimiento de los padres naturales del niño, en el accidente que ustedes saben, Uluth lo ha heredado. Tienen una relación simbiótica y, si trataran de separarlos, Oscar se dejaría morir de hambre. ¿Quieren que este hecho les pese sobre la conciencia?

—No, pero es *grande* —objetó Alberto, midiendo con los ojos el tamaño del cuadrúpedo.

La señorita Prahatmanda se hizo la sorda:

—Su dieta es generalmente vegetariana.

—¿Generalmente?

—Si lo alejan de los pequeños perros de pelo largo, ni siquiera sabrán que está presente. Los perritos son parecidos a un mamífero que los gorgolides cazan habitualmente y su instinto predatorio es más fuerte que cualquier enseñanza que puedan darle. Oscar les será útil inmediatamente. Puede servirles como traductor en cualquier necesidad que Uluth requiera.

Fueron obligados a aceptar al gorgolide y la pareja Di Giacomo lo llevó a la primera tienda para animales que encontraron en su ruta hacia el astropuerto y le compraron un grueso collar con correa, a pesar de las insistentes protestas de Oscar, que sirvió para que llegaran sin molestias hasta la reja de embarque hacia la Tierra.

La responsable del check-in los detuvo y fue incorruptible:

—Quienes pertenecen a razas no humanoides deben viajar en una clase especial protegida. Su hijo está en el límite de los criterios que corresponden y puede pasar pero, realmente, aquel otro ser, de ninguna manera.

—Para todo existe una solución —se entrometió Oscar—. ¿Quieren un humanoide? Pues tendrán un humanoide. —Se sentó sobre un diván en la sala de espera que grujió bajo su peso. Enderezó el busto en forma torpe y apoyó su pata en el mentón con pose de intelectual:

—¿Qué dicen? ¿Estoy pasable?

—Para un ciego puede ser —comentó Luisa—, pero podemos conformarnos.

Gracias a ese subterfugio, Alberto pudo comprar cinco boletos de primera clase,



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

uno de los cuales era el suplemento para el gorgolide, a causa de los dos lugares que debía ocupar con sus poderosas posaderas.

Durante el vuelo, Oscar se hizo servir una triple porción de todos los platos que ofrecía el restaurante a bordo pero, excluyendo su apetito voraz, el viaje resultó tranquilo como el aceite. Aterrizaron en Milán poco después de las diez de la noche. Tu vieron que alquilar un vehículo monovolumen porque el chofer del autobús que hacía el viaje entre el astropuerto y la ciudad se negó a cargar a «esa criatura con colmillos más largos que un brazo humano» según su pintoresca descripción.

Finalmente llegaron al departamentito en la calle Moscova y los esposos abandonaron las maletas en la sala y decidieron acostarse, cansadísimos del viaje. Los Di Giacomo habían preparado un dormitorio lleno de juguetes akoda para Uluth. El niño los miró y derramó lágrimas como una fuente. Luisa no había visto nunca a un ser viviente llorar con tal cantidad de agua que salía de sus lagrimales.

—¿Por qué llora? —preguntó desconsolada a Oscar.

—Los juguetes le recuerdan su planeta y siente nostalgia. Me ocupo yo de cantar-le una canción de cuna. —Empujó a Uluth hacia la cama con el hocico, luego se echó a sus pies y emitió sonidos coordinados musicalmente. En un par de minutos el niño se durmió.

—Ahora que se ha dormido, podemos discutir sobre mi lugar para pasar la noche —dijo Oscar.

Alberto preguntó desconfiado:

—¿Qué quieres decir?

—Soy un gorgolide de caza, no un gato doméstico. El diván es demasiado estrecho para mí y no duermo en el suelo...

—Bien, bien, ya entendí. —Por nada del mundo le cedería su cama, por lo tanto Alberto se puso los zapatos y lo llevó al hotelito que quedaba al otro lado de la calle. Pagó un mes con anticipación para eliminar las dudas del responsable. Haciendo las cuentas, el gorgolide le costaba más caro que el hijo.

Alberto regresó a su casa. No veía la hora de acurrucarse junto a su mujer que lo esperaba en el dormitorio con la luz encendida. Apenas entró en la habitación, Luisa le preguntó:

—¿Hemos hecho bien adoptándolo?

—Absolutamente. Uluth hará nuestra vida maravillosa y nosotros haremos lo mismo con la suya. —Alberto le dio un beso y continuó—. Duerme bien, mi amor, porque mañana será su primer día en la escuela.

En base a los principios terrestres, como Uluth tenía seis años se había tomado la decisión de inscribirlo inmediatamente a la escuela primaria para que forme parte



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

de la nueva comunidad.

Al día siguiente llegaron los últimos al edificio de la escuela. Oscar recibió un permiso especial que le consentía permanecer en el jardín interior, delante de un ventanal a través del cual el akoda lo podía ver en los intervalos entre una y otra lección. El gorgolide se dejó acariciar con paciencia por los compañeros de su patrón quienes lo encontraron sumamente simpático. Al inicio de las lecciones los niños se pusieron en fila, con Uluth al final acompañado por su maestra. ¡Esta escena edificante no fue absolutamente racista!

Luisa y Alberto fueron a trabajar llenos de felicidad. Les duró hasta la hora del almuerzo. Ambos fueron convocados con urgencia a la escuela por un problema de disciplina del hijo, aún no identificado.

—No puede haber causado ninguna catástrofe. Es solamente un niño —lo disculpó la madre mientras hablaba con la directora de la escuela al teléfono.

—...De otro planeta, no se le olvide —puntualizó ella—. Venga inmediatamente.

Los Di Giacomo comprendieron que la situación se les había ido de las manos a los maestros cuando estacionaron delante del complejo didáctico. Los rodearon una cantidad de padres furiosos que los empujaron hasta el comedor escolar.

El local estaba presidido por un patrulla de la policía que trataba de poner orden como durante una guerrilla urbana.

Un agente se les acercó:

—Soy el mediador.

—¿El mediador? —preguntaron en coro los Di Giacomo.

—Su hijo ha tomado un rehén pero aún no ha hecho su pedido.

—¡No diga tonterías! —Alberto no podía concebir esa situación absurda.

—Sígueme —los invitó el agente.

En el centro del comedor, Oscar con el pelo erizado y las garras en evidencia alejaba a los policías que se acercaban a Uluth y a un niño aterrorizado y descalzo amarrado a una silla con un mantel.

Alberto y Luisa se mostraron delante del hijo.

—¡Libera a ese niño! —ordenó Luisa.

Oscar se negó:

—¡Mi amo tiene derechos! El humano le ha robado la comida y en Akod, a los drones de alimentos se les castiga con latigazos en las plantas de los pies.

El acusado estaba muerto de miedo y recobró el aliento sin saber de dónde para defenderse:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¡Yo le pedí de cambiar nuestro platos! ¡Él tenía puré y a mí no me gusta el atún! No me ha entendido... —sollozó.

—¿En medio de los policías con armas en la mano, de padres desesperados y escolares traumatizados, no has sospechado que no estamos en Akod? —Alberto le preguntó a Oscar dándole un manotazo en la nuca.

El gorgolide alzó una ceja frondosa y rezongó avergonzado:

—Oh... bien.... Sí, es verdad. —Escondió las garras permitiendo que liberaran al rehén.

Pasaron toda la tarde en la comisaría justificando la acción desconsiderada de los dos extraterrestres. La comprensión del comisario limitó los daños a dos semanas de suspensión de la escuela para Uluth y la obligación de arresto forzoso en el hotel, para Oscar.

Llegando al hogar la reprimenda era obligatoria:

—¡Espero que estén contentos de su valentona! Tendrían que saber que en la Tierra uno no se hace justicia por sí solo. Basta preguntar antes de tomar medidas por sí solos. —A Lucía le costó fatiga convertirse en una madre severa pero lo hacía por el bien del hijo. El akoda no comprendió las palabras pero solamente la actitud. Se encerró en su habitación en solitaria meditación.

—¡Y tú, microcéfalo, muévete! —Alberto cogió a Oscar por la oreja—. Ustedes están bajo mi responsabilidad y para completar este hermoso día nos falta sólo que me arresten porque no estás en el hotel.

Pasaron tres días. Uluth se volvió cada vez más taciturno. Dejó de gorgorrear como habitualmente y renunció a imitar sus voces para aprender nuevos fonemas del lenguaje humano. Se movía menos y la ausencia del gorgolide no lo ayudaba ciertamente.

La tarde del cuarto día, Luisa y Alberto organizaron un conciliábulo serio entre los dos.

Luisa expresó sus temores:

—¡Nos estamos equivocando en todo! No soporto verlo tan triste. Deberíamos ponernos en contacto con la señorita Prahmatanda y contarle lo que sucede.

—¿Para qué lo escriba en el reporte que entregará sobre nosotros? No, gracias. Arriesgaríamos la custodia de Uluth —contestó el marido oponiéndose.

—¿Entonces...?

—Resolveremos nuestros pleitos familiares todos juntos, a costo de rebajarme a pedir ayuda a Oscar. Más bien, voy a llamarlo inmediatamente.

—Primero controla si el niño está durmiendo.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Alberto entreabrió la puerta de la habitación y lo que vio lo hizo gritar de angustia:

—¡Dios mío! ¡Uluth!

En su prisión dorada, con hidromasaje y servicio de cámara, Oscar estaba demasiado ocupado para compadecerse de sí mismo y no escuchó el grito. No comía desde hacía cuatro días y no lo haría hasta que no quitaran la prohibición que lo separaba del akoda.

—¡Eres el deshonor de tu raza! —se insultó reflejándose en el espejo del baño—. ¡Te han castigado con razón por tu estupidez! ¿Y si el patrón tuviese necesidad de tu ayuda?

Otra llamada desesperada de Luisa le sacudió los sentidos. El tono de reproche que había usado para la reconvención fue sustituido por uno de miedo.

—¡Uluth!

El gorgolide gruñó tan fuerte que el espejo cayó al suelo con el movimiento del aire. Bajó las escaleras del hotel de diez en diez escalones y, atravesando la calle y esquivando el poco tráfico de la tarde, se trepó por la pared del edificio de los Di Giacomo hasta la ventana de su protegido. La rompió con la intención de sacrificarse si era necesario para salvarlo del peligro.

Los cónyuges temerosos se abrazaban aterrados por la incolumidad del hijo. Indicaron, temblando, la crisálida pulsante de luz echada sobre la cama.

El gorgolide respiró relajando los músculos tensos de las patas:

—¡He perdido cincuenta años de vida por el susto!

—¡Uluth ha desaparecido! En su lugar hay.... —Alberto se estremeció y no completó su pensamiento.

—... una crisálida metamórfica akoda. ¡Menos mal que han seguido un curso de introducción a su cultura! —continuó Oscar. Omitió decir que obtuvo la información escuchando detrás de la puerta de la oficina del juez.

—¿Es normal?

—Es necesario. Cada dos años los akoda expanden su esqueleto y mudan la piel para adecuarla a su edad verdadera.

Como si hubiera despertado con las voces familiares, el niño rompió el envoltorio. Salió regenerado. Había crecido varios centímetros y tenía la piel estirada y lisa de color verde esmeralda, idéntica a los otros miembros de su raza que Alberto y Luisa habían visto.

—Ma-má, Pa-pá, —exclamó con voz temblorosa pero clara, corriendo hacia ellos.

Oscar habría llorado de felicidad si la naturaleza lo hubiera dotado de las partes



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

anatómicas necesarias: sentía nuevamente el calor de una verdadera familia. Para no romper ese momento mágico, aceptó dormir en el suelo del dormitorio de Uluth.

Al día siguiente no se presentó a tomar desayuno.

—Oscar no está en la casa —constató Luisa.

—Ha salido a estirar las patas —repuso el hijo. Luego de la metamorfosis, estaba apropiándose del lenguaje con una velocidad sorprendente. Como recompensa se meritó una caricia afectuosa.

Diez minutos después vieron entrar al gorgolide de buen humor.

—Te he guardado leche y galletas —le informó la madre.

—Gracias por la consideración pero estoy satisfecho.

—¿Estás seguro?

—Puedes apostar.

Atraídos por unos agudos lamentos, corrieron todos al balcón que daba sobre la calle. Un grupo de personas se había reunido a unos cien metros de distancia.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Alberto al portero del edificio, de pie sobre la vereda.

—La señora Mazzarri que vive en el número 34, un poco más allá en esta calle, está angustiada de dolor. Dice que un monstruo ha devorado a su Yorkshire. ¡Qué desgracia! ¡Era un perrito muy simpático!

La familia Di Giacomo, con mirada interrogante, se volvió hacia el gorgolide quien se mecía sobre una pata, mordiéndose inocentemente el labio inferior con los colmillos.

—¿Por qué me miran?

La mirada de los tres se volvió penetrante.

Oscar resopló por la nariz:

—¡Uff, ya entendí! No estamos en Akod y no puedo permitirme un bocadillo fuera de las comidas. ¿Hay otras reglas terrestres que interfieren con mi apetito?



## OTRO DÍA EN WAGLIMONT

### ACTO I: DOH'KA

**L**os seres humanos son el mal absoluto —peroró Noku, el Demagogo.

Estas palabras fueron distribuidas en forma conjunta dentro de la memoria colectiva. Las escenas de destrucción en Waglimont se confundían con pensamientos personales.

Los gorthar de la primera fila insinuaron desdeñosos:

—¡Ellos se apoderan de los mundos que nos pertenecen, masacran a nuestros hijos junto con las madres y hasta ultrajan los cadáveres de los caídos!

El vívido recuerdo de un ser humano que llevaba al cuello, como un collar, la coraza cerebral de uno de sus hermanos gorthar, hirió profundamente a Lohut. La imagen pasó por su mente. No se había equivocado.

Las fibras del hueso se mezclaban formando dibujos singulares en la herida. ¡Un hermano de sangre asesinado y sus restos se veían expuestos sin respetar el ritual de la sepultura! Los humanos no tienen honor ni piedad en la guerra.

Infló el saco ventral y escupió cuatro globos de hidrógeno que flotaron sobre el agua donde estaba sumergido, reventando en la superficie con el rumor de jarcias destrozadas. Debía tranquilizarse.

—¡Voten según su conciencia! —exclamó Lohut en voz alta para que los presentes a la reunión supieran su decisión.

El Demagogo se dio cuenta inmediatamente:

—¡El diputado Lohut ha hablado! ¡Escuchemos en silencio su declaración!

—Honorables colegas, todos ustedes saben que yo he sido siempre contrario al combate contra los humanos. —Dos miembros del partido de oposición arrugaron la piel, sin esconder su desagrado—. Los motivos de ello son conocidos por todos ustedes: nuestro trabajo depende de las provisiones comerciales que nos proporcionan ellos y considero insostenible para nuestra sociedad llevar a cabo una guerra de conquista.

Akhamai, el Untor, apretó su cuerpo a una columna alta hablando también en voz alta:

—Reverter lo sucedido en el pasado no nos ayudará a sobrevivir. ¡La cavitación sí!

Lohut chasqueó la segunda lengua y le advirtió:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Cuidado, Akhamai, que la difusión de tu lepra ha matado a tantos humanos como lo hemos hecho nosotros. ¡Eres un *doh'ka*, pero no me vengas a contar sobre la existencia de esta otra arma decisiva que nos llevará a la victoria! No votaré a favor de la cavitación, ni ahora ni nunca.

Su interlocutor dejó chorrear el líquido intestinal, dejando que se deslizara por su lado del hem ciclo. El insulto era inaceptable. Lohut se dijo que si debía convertirse en asesino de los gorthar, valía la pena empezar con Akhamai. Cargó los pedúnculos posteriores y estaba a punto de descargar sobre él el contenido ácido de las bolsas pélvicas.

Zolike se apoyó delicadamente sobre su piel. Una explosión de emociones se produjo en él por el intercambio mutuo de los respectivos receptores químicos.

—*Luz de mi existencia, debes ser moderado* le comunicó.

—*¡Me desafía en público!* contestó Lohut.

—*Aprovecha su temperamento a tu favor y pide una suspensión.*

—*¡Me la negarán!*

Imprevistamente, Zolike interrumpió el contacto, se alejó un metro de él e hizo una petición en voz alta:

—Pido formalmente la interrupción de la reunión.

Siguió el desconcierto entre los parlamentarios. La sacerdotisa había roto el voto de silencio. El Demagogo se horrorizó por el sacrilegio e hizo una llamada a la memoria colectiva para que recordaran el último día del Creador, en un tentativo de salvar lo salvable:

—Zolike, hija de Uth, tu voz agravia nuestro ánimo. Nunca creí que la escucharía antes de la hora de mi muerte.

—Me han obligado a hablar poniendo como orden del día el sacrificio de vidas de los gorthar hecho por mano de otros gorthar.

El Untor expandió su rol de promotor de la moción al dirigirse a ella sin intermediarios:

—Nuestros combatientes en la luna interna de Waglimont conocen el riesgo que corren. La destrucción de ese satélite nos privará de un paraíso para nuestra raza, pero nos ayudará a detener a los humanos. Si saben que también poseemos la cavitación, no la usarán ellos tampoco.

Zolike se sumergió en el agua para humedecer la boca, que se le había vuelto árida por la falta de uso. A pesar de la intención, contestó ásperamente:

—La victoria a la que deseas llevarnos tendrá como resultado la pérdida de una parte de nuestra propia conciencia. ¡Los gorthar no asesinan a otros gorthar!



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¡No asesinaremos a nuestros prójimos, —se defendió Akhamai, —ya que ellos han aceptado tal sacrificio y se han convertido en *doh'ka*.

Zolike manifestó su cólera inflando su estructura corpórea y creciendo el doble de su volumen.

—Tú me hablas de los *doh'ka*. ¿Acaso ellos han cumplido con el ceremonial de purificación previsto en este caso? ¿Ha escuchado mi voz cada uno de nuestros hermanos? ¿Se han preparado para el momento en el cual no vivirán más su propia realidad? ¡No! Estás aprovechándote de su confianza para tus fines políticos.

La acusación era grave. Podía conducir a la destitución de su cargo de parlamentario y al exilio. Akhamai sopesó las palabras de su respuesta:

—Me acusas de crímenes extraños a mi naturaleza. Si dudas de la voluntad de los defensores de la luna interna, de convertirse en *doh'ka*, encuéntralos, termina la ceremonia y libra sus espíritus sensibles en su nueva realidad. Si lo haces, interrumpiremos la votación hasta tu regreso.

Lohut continuó el precedente contacto sensible tocando el apéndice de Zolike.

—*¡No caigas en la trampa!* le advirtió—. *Desea librarse de ti para privarme de tu apoyo.*

—*Mi cargo me impone aceptar su propuesta* —respondió ella.

—*Entonces, permíteme acompañarte.*

—*Nuestra nación necesita de tu presencia aquí y no en la luna interna* —contestó finalmente ella.

—Iré —anunció Zolike en voz alta a la asamblea.

—¡No! —se opuso Lohut—. No pueden arriesgar la vida de la sacerdotisa.

Sus partidarios lo apoyaron alterados. El Demagogo finalmente calmó los ánimos: —No eres tú quien tiene la última palabra. Deja que tus semejantes tomen la decisión.

El voto fue inmediato. Los que estaban a favor de la expedición aclararon su piel, los que estaban en contra la oscurecieron. El resultado fue inequívoco: Zolike debía partir pronto.

—El pueblo gorthar ha decidido. La sacerdotisa viajará y la votación sobre el uso de la cavitación se hará a su regreso. La reunión se suspende.

Apenas el Demagogo terminó de proclamar los resultados del voto, los parlamentarios se dispersaron para regresar a las ocupaciones urgentes del conflicto con los humanos. Zolike no esperó a Lohut y se dirigió rápidamente al Jardín Flotante, el corazón verde de la ciudad. Amaba rezar allí. Él la siguió manteniéndose siempre a cinco metros de distancia.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Soy tu compañero de vida y me obligas a arrastrarme detrás de ti como un solitario en la estación del amor. ¡Ten al menos la cortesía de escucharme! —se lamentó. No se sentía cómodo al hablarle en ese lugar, exponiendo sus palabras a los oídos indiscretos de los viandantes. El contacto era preferible para ese tipo de discusiones.

—El hecho de que te haya escogido y que generaré a nuestros hijos, no te da el derecho de censurar mis decisiones —le reprochó enfadada.

—¿Nuestros hijos? —Lohut tembló de emoción.

Un anciano gorthar se detuvo en un cruce y seguramente escuchó porque movió sus pedúnculos con benevolencia.

—Te lo habría dicho al regreso de la luna interna. El término de la entrega es dentro de una semana —le comunicó ella, sin detenerse.

Salieron del agua llegando a una playa de arena finísima del Jardín Flotante. Estaba desierta. Los rayos potencialmente mortales del sol los calentaban con la tibieza de una mañana de primavera. Sería un lugar estupendo para depositar los huevos y esperar juntos el término.

—Los humanos presiden la luna interna. No puedes poner en juego la vida que crece dentro de ti y la tuya por nada —le dijo.

—¿Por nada? ¿La existencia ultraterrena de nuestros guerreros sería nada para ti? Los *doh'ka* se juntarán con el Ser Único antes que nosotros y deben recibir las indicaciones para el camino que solamente yo puedo darles. Por favor, calla esos discursos ateos. No los soporto, no hoy.

—Conocías mi pensamiento cuando me aceptaste.

—Hasta los humanos creen en un Dios creador, pero tú no...

Lohut perdió la calma y se convirtió en un humanoide, desarrollando la membrana posterior para imitar la columna vertebral. Se observó las manos transparentes:

—¿Así me quieres? ¿Un humano creyente que está exterminándose a sí mismo y a todos los seres de los otros mundos con sus armas mortales? Tu discurso se parece al de Akhamai.

Zolike lo imitó y se transformó en una hembra de la especie humana. Le apoyó los dedos sobre los labios y abrió el contacto sensible.

—*Tú has sido el máximo partidario de las tratativas que han fallado recientemente. Por eso mismo, ¿qué tiene de malo concluir una paz honorable con los humanos?*

—*Nada* —admitió Lohut—. *Quizás son mis celos. A veces me parece que esos seres me preceden en tus preferencias por la única razón de que poseen una religión.*

—*No seas tonto.* —Le traspasó endorfinas sobre la piel que lo confortaron—. *Los humanos ni siquiera saben que tenemos una fe. Sin embargo, son inteligentes y com-*



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

*prensivos, mucho más de lo que pueden ser jamás los gorthar conservadores como Akhamai. La convivencia con los humanos es posible y eso lo sabemos muy bien, ambos.*

Él le acarició el área del vientre donde conservaba los huevos. No eran diferentes a los de los meses anteriores, pero adentro ya se había encendido la chispa de su descendencia. Le suplicó:

*—Te pido otra vez que no te vayas.*

*—No puedo renunciar. Hablaré con nuestros guerreros y los convenceré a dejar el camino de los doh'ka. Sin su consentimiento, el Parlamento regional no votará la utilización de la cavitación.*

La conexión se detuvo. En los últimos días Zolike era inconstante durante las comunicaciones. La cercanía de la entrega justificaba su renuencia a emplear mayores energías en la discusión. Lohut se habría dado cuenta del evento con anticipación si hubiera prestado más atención a los detalles.

*—Tengo confianza en ti —afirmó. Ambos hicieron desaparecer conjuntamente su semejanza humana.*

*—Me quedaré en la luna interna durante tres días. No hay riesgos. Si tengo éxito, propondremos la aprobación después de una acción demostrativa en un planeta deshabitado. Cuando los humanos vean que también nosotros podemos destruir los mundos con la fuerza del agua, regresarán a la razón y terminaremos esta absurda guerra.*

*—No descuides tu salud.*

*—¿Cómo podría? La entrega me obligará a una larga inamovilidad. Verás que a mi regreso pasaremos juntos más tiempo y este periodo atormentado será un recuerdo lejano. Ahora déjame ir, tengo que prepararme para el viaje.*

Nadó hacia las torres cristalinas que sobresalían del mar y servían de plataformas para alzar el vuelo. Los interceptores iban y venían cada vez con más frecuencia como testimonio de la actividad en aumento en la luna interna. Zolike se embarcaría en una de aquellas naves.

Se sintió tremendamente solo, a pesar de la fascinación del Jardín Flotante, la joya natural de la segunda luna de Waglimont. Allí se habían conocido y en ese lugar ella lo aceptó como compañero de vida. Detenerse en la isla le procuraba siempre placer pero sin Zolike no era más que un recuerdo desteñido de la verdadera felicidad que probaba. Lohut se esforzó en reprimir la melancolía y se dirigió al hospital para comenzar su turno de trabajo.

Durante el trayecto se cruzó con uno de sus estudiantes del curso avanzado.

*—¿Puedo acompañarlo, Lohut?*



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—No puedo impedírtelo.

—Gracias —contestó apesadumbrado. Los colores pálidos de su piel indicaban su humor. Habría podido ser feliz. Sus estudios de medicina y biotecnología lo preservaban de la conscripción obligatoria. En el fondo, era un ser privilegiado.

—Botag, estás transfiriendo tu malhumor hacia mí. ¿Quieres arruinar del todo mi día?

El estudiante tomó varios tragos de agua y exhaló sonoramente:

—Nuestro trabajo en el hospital es triste.

—Como cualquier otro durante tiempos de guerra.

—¡Lo es mucho más! Está lleno de una tristeza inmensa. Traemos al mundo seres gorthar que son huérfanos desde su nacimiento. ¿A cuántos cadáveres les hemos extraído el saco ovárico este mes? ¿A veinte mil? ¿A veinticinco mil? Trabajamos únicamente con el fin de que se entreguen los huevos para generar nuevos *doh'ka*, o sea nuevos soldados para la gloria de la Alianza Gorthar.

Lohut alejó de la mente la imagen de Zolike difunta, echada en algún lugar de un desconocido hospital mientras un médico respetuoso de las leyes le extraía los huevos sin importarle quién fuese el padre de las criaturas. Deseó que ese pensamiento no hubiese quedado en su conciencia el tiempo suficiente para abrirse camino y entrar en la memoria colectiva. Sería embarazoso dar una explicación sobre el hecho de que él, médico y miembro del Parlamento, dudaba de la validez de las leyes promulgadas.

—Terminaremos con las masacres y aboliremos estas monstruosidades. Regresaremos a comerciar los productos medicinales con los humanos y limitaremos los nacimientos a un número soportable para nuestro ecosistema. No debemos tratar a nuestros semejantes como instrumentos de muerte sacrificables. No es una esperanza, Botag, es una promesa que te hago.

Un interceptor despegó de la torre meridional. Zolike iba a bordo. La sentía alejarse.

—Existen personalidades gorthar —continuó—, que serán recordadas perennemente por nuestros descendientes gracias a su deseo por la paz.

—Usted estará entre ellas, Lohut.

—No, yo no, pero mi compañera Zolike seguramente. Ella cree en una paz perpetua, dictada por Dios y que respeta la vida. Está lista a entregar su ser para este fin. Yo me hubiera detenido antes para gozar de una existencia tranquila y normal, junto con ella y mis hijos. Pero...

La traición se manifestó entre la población de la ciudad en el momento en que Akhamai y el Demagogo la cometieron. Pasó la orden de contacto en contacto tratan-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

do de mantenerlo en secreto pero alguien de la cadena de comando se detuvo a razonar sobre el significado de los resultados y su pensamiento pasó hacia los otros a través de la memoria colectiva.

—¡Han ordenado la cavitación de la luna interna! —sollozó Lohut, desconsolado.

—No pueden hacerlo sin una votación explícita acerca del ataque militar.

—¿No lo entiendes? ¡Es un golpe de estado! Los *doh'ka* destruirán nuestras instituciones y se precipitarán hacia una guerra sin reglas que llevará al holocausto de nuestra raza y la de los humanos. Corre al hospital y detiene las operaciones que están en curso. ¡No debemos agrandar las filas de los *doh'ka*!

—Lo haré. —Botag obedeció la orden directa de su mentor sin pensarlo dos veces—. ¿Cómo piensa actuar mientras tanto?

—Iré al Parlamento y trataré de reunir a los miembros de mi partido para detener la cavitación.

—En el caso de que no tenga éxito, ¿cómo debo comportarme?

La piel de Lohut se puso de color violeta:

—Te darás cuenta inmediatamente si se ejecuta la cavitación. La luna interna brillará en el cielo como una estrella a causa del magma que se desprende de la costra superficial perforada. Si la ves, abandona el hospital y ponte a salvo. El peligro real es el sentido del deber de los gorthar que terminará destruyendo nuestra democracia.

En efecto, la ciudad estaba alborotada. Por los senderos emergidos a la superficie las escuadras de seguridad empezaron a arrestar a los adversarios de Akhamai. Los guardias no dudaban ya que la orden provenía del Demagogo y nadie se oponía al arresto porque no se ponía en discusión la autoridad constituida. Había gobernado durante siglos con sabiduría y todos confiaban en sus decisiones.

Lohut estaba convencido de que en la lista de proscritos también estaba su nombre y el de Zolike. Su compañera corría gran peligro pero su principal preocupación era no dejarse arrestar. Descartó la idea de ir al Parlamento y se dirigió hacia el único lugar seguro que le quedaba: la casa de su hermano de sangre Satori.

Llegó mezclándose con los otros ciudadanos en fuga hacia sus propias residencias. Se agazapó en la rendija del portal y entró.

—¡Estás a salvo, Lohut! —exclamó Satori con júbilo al verlo. Su coraza ósea cerebral, típica de los *doh'ka* le excluyó la vista de las descargas eléctricas emocionales, pero su confianza en él era una prioridad. No lo traicionaría.

—Hermano, debo esconderme.

—Aquí no. Ya han pasado buscándote. Mi casa no es segura.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Lo será hasta que no haya tomado contacto con mis partidarios y luego me iré. Eres mi hermano predilecto desde siempre y no quiero darte problemas.

Satori alargó un pedúnculo y entraron en un coloquio estrictamente personal.

—*Estoy en problemas desde el día en que me negué a seguir mi destino de doh'ka. Zolike me habló sobre Waglimont y me abrió los ojos —empezó a contarle Satori—. Si hubieran podido me habrían ejecutado en ese momento. Nadie cambiará el destino que yo escoja seguir, ni siquiera Akhamai. ¿Dónde está mi salvadora?*

—*En la luna interna a socorrer a otros doh'ka y a salvarlos de las garras de la muerte* —le contestó.

—*Es muy valiente.*

—*La más valiente de todos* —asintió Lohut.

—*Dame el mensaje que debo llevar a tus amigos. Te serviré de mensajero.*

La luz intermitente del sistema de protección de la residencia los alarmó. Satori se precipitó a controlar el externo a través del visor frontal.

—¡Son ellos! ¡Huye!

La intervención de la escuadra de seguridad no les dio tiempo. Botaron una pared con el ácido. Ellos eran una docena y lo detuvieron intimidándolo perentoriamente:

—Deputado Lohut, ¿estás arrestado con la acusación de atentar contra la libertad constitucional!

—¿Cuál libertad? ¿La misma que están ustedes arrasando con vuestras acciones? Ustedes se procuran una nueva constitución a la medida de sus necesidades del momento —les reprochó.

—Tu retórica de politicastro moderado no te salvará. —Akhamai se abrió paso entre los *doh'ka*—. Existe una sola constitución. Yo soy el fautor y el Demagogo apoya su aplicación.

—¡Eres un ser vil, Akhamai! ¡No podías perderte el espectáculo de mi arresto...!

Al Untor le tronó una risa despectiva en su saco ventral.

—Deberías estar orgulloso, Lohut. Eres el único a quien he temido seriamente y el hecho de tenerte por delante, impotente, me tranquiliza sobre el nuevo orden que habrá en nuestro futuro.

—¡No será un futuro para ti! —gritó Satori mientras le echaba ácido encima.

El hecho fue extraño pues consintió distinguir la victoria y la derrota a pocos centímetros de distancia una de la otra. Akhamai se ladeó por lo que el ataque con ácido le pasó rozando quemándole solamente una parte de la membrana. La venganza de los gorthar de la seguridad fue terrible.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Una lluvia corrosiva sumergió a Satori y a Lohut. Cuando pasó la onda de destrucción, el Untor probó el contacto con su opositor político quien, a pesar de estar muriendo, usó las últimas fuerzas para repeler el contacto.

—¡No me toques! Cualquier intimidación contigo aniquilaría mi espíritu.

—¿Deseabas que terminara así? —le preguntó Akhamai—. ¿Con la muerte de tu hermano de sangre y con tus órganos internos que se pudrirán bajo el sol?

—Valdrá la pena. Zolike te detendrá.

—Zolike ha muerto. Mira en el visor.

Lohut volteó la mirada hacia la pantalla opacada. En el cielo límpido brillaba un segundo sol, pequeño y manchado con áreas oscuras. La cavitación estaba destruyendo la luna interna.

—Estás equivocado, Akhamai. Aún si ha perdido su forma material, su espíritu vivirá por toda la eternidad entre los gorthar. —Se concentró y compartió en la memoria colectiva, sus años de vida íntima describiendo los pensamientos, las esperanzas y la grandeza del alma de su compañera.

Los gorthar presentes vibraron, fascinados por la visión.

—¡Deténganlo! —ordenó el Untor.

—Ha muerto —confirmó un *doh'ka* de la escolta—. ¿Qué hacemos con el cadáver?

—¡Destruyanlo! Que no quede una sola partícula de él.

Para quitarse de la cabeza aquellos recuerdos que había insinuado en la memoria colectiva, hubiera destrozado personalmente el cuerpo de su enemigo. Esos pensamientos eran obsesivos y comprometedores, pero nadie podría perseguirlo a pesar del coraje demostrado por Lohut. Akhamai no tenía dudas de que la cavitación había hecho lo que tenía previsto.

Los humanos eran predecibles y la destrucción de la luna interna los empujaría hacia una reacción. En esa situación, los gorthar no tenían otra opción que continuar combatiendo y eso llevaría a los *doh'ka* al poder.

—¡Vamos, compañeros de fe! —manifestó finalmente el Untor—. ¡Tenemos que vencer una guerra!

***ACTO II: CAFÉ DANZANTE GORTHARI***

**S**ergei recordó las palabras del instructor jefe al terminar el ejercicio:

—Vuestra escuadra ha sido asignada al «Café Danzante Gorthari», el mejor destino flotante en la luna interna de Waglimont. No tendrán miedo de los dos dedos de agua, ¿verdad?



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

¡Diablos, si lo tenía! Y se controlaba apenas...

Estaba sentado congelándose las nalgas sobre un banco de metal en el LCI y estaba amarrado fuertemente a una mampara lateral con cuerdas de seguridad, igual que los otros treinta y nueve miembros del reparto. El tentativo de cavitación de Waglimont había fallado porque ese maldito planeta tenía una costra superficial demasiado espesa para ser perforada desde la órbita. ¿Cuál era la idea genial del comando? Enviar refuerzos al área en vez de evacuarla rápidamente.

El rumor cacofónico de la separación de los pilotos de sostén anunció que el medio de desembarco había sido desenganchado de la nave de apoyo táctico y había empezado la parábola descendiente para entrar en la atmósfera.

El teniente empezó el llamado.

—¡C.B. Unidad 21, Collymore!

—¡Presente! —respondió el mencionado.

—C.B. Unidad 33, Kannermann!

—¡Presente!

—¡C.B. Unidad 48, Suvarov!

Silencio.

Su reparto se llamaba *Sea Bees* o Abejas Marinas. Su nombre derivaba de las iniciales, pronunciadas en la lengua anglosajona común, de los *Construction Battalions*, los ingenieros del primer cuerpo de asalto de la marina. Eran hábiles como verdaderas abejas y se habían ganado el nombre por mérito propio.

—¡Ingeniero Sergei Suvarov! ¿Debo traer a un gorthar que te salude con la mano para obtener tu respuesta? —ironizó el teniente, aprovechando su voz estentórea.

El llamado despertó finalmente a Sergei de la apatía producida por sus divagaciones mentales. Procedió al control del armamento: mecanismo para desamarrar los cinturones, colocado; mochila de trabajo, colocada; fusil y casco, colocados. Volvió a examinar el funcionamiento del mecanismo de los cinturones porque era fundamental.

—¡Listo! —exclamó finalmente el ingeniero.

El teniente de la nave Ockwirck siguió nombrándolos. A pesar de sus grados era una buena persona que familiarizaba con la tropa. Tenía treinta años. Había pasado al frente los cuatro primeros años por lo que era el único de ellos que tenía experiencia en el combate. Provenía de una colonia agrícola y antes de la guerra había comercializado con granos y cebada con los gorthar, de quienes conocía las tradiciones y las formas de comportarse. Era el comandante ideal para aquella misión.

Kannermann, quien estaba sentado adelante, llamó la atención de Sergei. No



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

podía menos que notar que murmuraba una letanía con los ojos cerrados.

—¿Qué haces, Klaus? —preguntó provocándolo.

—Rezo por el éxito del desembarco. —Era un pastor presbítero y tenía la convicción de que el buen Dios los miraría con buenos ojos.

—¡Ahorren energía! Les servirá para nadar —gritó el teniente. Al terminar de llamarlos, agregó:

—Les repito por última vez el procedimiento de desembarco. Después de haber tocado la superficie del mar tendremos sólo veinte segundos para abandonar el LCI. No esperen que esta lata de sardinas flote, por lo que si uno de ustedes tiene dificultades para desengancharse, es su problema. Estaremos bajo un ataque por lo que no me detendré a hacerles de nodriza. Si tienen dificultades, pueden desembarazarse del fusil pero no de la mochila. Un *Sea Bee* no podría vivir sin ella. Es importante que no beban el agua por ninguna razón. Tienen respiradores a propósito y deben usarlos. Como recomendación final les pido: traten de que no los maten.

Las paredes del LCI vibraron bajo la presión de las detonaciones cercanas.

—¿Escuchan los disparos?

—Si, Collymore, no somos sordos. —Sergei estaba aburrido de ese llorón que temía hasta a su propia sombra. Lo soportaba solamente porque era un muchacho.

—Son las bombas de la artillería gortharí de la luna externa.

El bombardeo tenía también otro significado. Lo aclaró el teniente diciendo:

—Nos han encontrado. Falta un minuto para la llegada, usen los respiradores.

El impacto con el océano fue desastroso. La parte frontal del LCI explotó hacia el exterior según el manual y la masa líquida invadió la nave que se hundió en la mitad del tiempo previsto, con la misma gracia que un peñón. Sergei se desenganchó y nadó hacia la superficie. Emergió en un remolino infernal.

Era de noche y diluviaba. En el cielo surcaban interceptores gortharí que disparaban a baja cuota hacia los hombres que salían a decenas de otros LCI idénticos al suyo. Los globos incandescentes de los aviones a chorro volaban sobre la superficie, quemando a quienes huían del primer ataque y sucumbían después de un sufrimiento atroz.

Los proyectiles de las baterías antiaéreas repercutían frenéticamente desde los cuatro ángulos de la balsa-trinchera y les indicaban adónde ir. No eran más de doscientos o trescientos metros pero el peso de la mochila hacía de la natación una agonía.

—¡Rápido, dame la mano! —Kannermann lo precedió a la balsa y lo subió a bordo con el riesgo de hacerle perder un brazo con la rotación. Al lado de las boyas flotantes se leía el nombre «Café Danzante Gorthari» pintado con barniz rosado coquetón.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Habían llegado a su destino.

—¿Dónde está Collymore? —preguntó el religioso.

—¡Detrás de mí! —gritó Sergei, quitándose el respirador.

—Aquí.

—No, es el teniente. —Sacaron al oficial del agua y esperaron al otro marinero que llegaba detrás.

—¡Estoy vivo yo también! —exclamó Collymore con medio busto sobre la balsa. Una extraña mano ardiente le apretó la espalda.

—¡Un *doh'ka* gorthar! —Le indicó Ockwirck.

Kannermann y Sergei no dispararon, hechizados por la belleza del gorthar. El extraño ser, translúcido y luminoso se subió a la balsa pasando sobre su compañero. Podían verle los órganos internos a través de la piel. Solamente el cerebro estaba velado por una protección ósea reforzada artificialmente. El saco ventral cartilaginoso, donde guardaba el hidrógeno que le permitía respirar en la atmósfera oxigenada de la luna interna, mutaba de forma y de color en continuación, iluminando la noche como un caleidoscopio de luces deslumbrantes.

Una descarga cercana del fusil de plasma del teniente terminó con la vida de la criatura y con la de Terence Collymore, ingeniero de los *Sea Bees*, dieciocho años.

Sergei lo observó deslizarse entre las olas. Molesto, lo acusó:

—¡No debiste hacerlo! ¡Es un asesinato!

Ockwirck lo tendió al suelo con un derechazo al estómago. Se le acercó y lo levantó jalándolo del cinto del yelmo.

—Suvarov, no discutas nunca mis decisiones! Terence estaba perdido desde el momento en que lo tocaron. Los gorthar son mutantes y tienen una memoria colectiva. Si hubiese permitido completar la asimilación, mañana tendríamos centenares de Collymores pidiendo subir a las balsas en el frente. ¿Hubieras asumido tú el deber de escribir a las familias de los caídos? ¡Idiota! —Escupió con desprecio por el borde de la balsa y cerró el incidente agregando:

—Aprende a conocer a tu enemigo.

Transcurridos dos minutos, el perímetro de la defensa fue electrificado. Desde el mar se levantó un nauseabundo olor de carne quemada mezclado a un olor diferente como de fruta que Sergei pensó podría ser causado por los gorthar muertos. Los interceptores enemigos se alejaron. Quien no había llegado aún al «Café Danzante Gorthari» no lo haría más.

El aire era helado y Sergei se durmió de cansancio, arropándose en la manta que lo protegía de la lluvia. Se despertó a la mañana siguiente por las patadas del tenien-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

te sobre sus botas.

—¡De pie! El sol está alto en el cielo. Debemos empezar a trabajar.

Efectivamente, el sol resplandecía invitador e iluminaba el paso de la luna interna. Los dos dedos de agua, a los que se refirió el instructor, habían crecido desmesuradamente. No se veía otra cosa por más que uno mirase a todos lados. Sergei volvió a configurar el telémetro del mapa geográfico pero en los mil quinientos kilómetros de su radio de funcionamiento, no existía un pedazo de tierra.

—¡Es inconcebible! —exclamó.

—No podría ser de otra forma, Sergei —le contestó Kannermann—. A causa de los efectos combinados de las mareas impuestos por Waglimont y por la segunda luna, el océano recubre la superficie satelital íntegramente. Es la más grande reserva de agua dulce del espacio conocido.

—No podía ser mejor: oro líquido para nuestras colonias.

Las grandes masas en continua evaporación creaban corrientes ciclónicas que generaban a su vez una lluvia tropical nocturna y, de día, un calor asfixiante.

El insistente calor les produjo sed. Sumergió instintivamente la vasija fuera de la balsa y la llevó a la boca. El teniente golpeó el contenedor con la mano esparciendo el líquido sobre el puente de la trinchera.

—¡Jesús! ¡Ahora sí que lo haces adrede, Suvarov! —exclamó Ockwirck enfurecido.

—Quería sólo...

—¿Beber? ¡Hubiera tenido que dejarte hacerlo! Me divertiría a morir al verte el pájaro desprenderse mientras orinabas sangre. El agua del mar contiene un agente patógeno que transmite la lepra de los gorthar. Hasta que no los conquistemos, esta luna no puede remediarse. Quédate tranquilo y bebe de la cantimplora.

El teniente ya estaba nervioso temprano en la mañana y no sucedía frecuentemente. Para saber la razón, le preguntó:

—¿Qué ha sucedido anoche?

—De nuestra escuadra, dieciocho de los cuarenta que éramos, están vivos. Es superior a la media y no me lamento.

—Desaparecieron todos durante el impacto?

Ockwirck no cogió la alusión a Collymore. Abandonó por un instante el registro donde estaba anotando el nombre de los caídos:

—Si fueron afortunados, sí. Desde que usamos la cavitación la guerra se ha vuelto mucho más cruel.

—¿Cómo puede volverse aún más cruel un conflicto que ha producido ciento



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

veinte millones de muertes entre hombres, mujeres y niños solamente en el teatro operativo de Waglimont?

—Nuestro gobierno tiene una política clara: destruir con la cavitación los planetas que no podemos defender u ocupar. Mejor perder recursos insustituibles que dejarlos al enemigo. Para compensar la desventaja tecnológica, los gorthar ya no toman prisioneros. Quienes se rinden probarán sobre la piel su ácido. ¿Alguna otra cosa que quieras preguntarme? —preguntó el oficial para terminar con el interrogatorio y seguir con el registro.

—Sí, señor, ¿por qué esta balsa se llama «Café Danzante Gorthari»? ¿Acaso los gorthar bailan?

Ockwirck preguntó a un grupo de veteranos de otra escuadra que estaban sacando los materiales de trabajo de sus mochilas:

—¡Muchachos! El pibe me pregunta si los gorthar bailan.

Los hombres se doblaron en dos de la risa. También al teniente se le escapó una sonrisa.

—Por tu pregunta deduzco que no has oído cantar nunca a los gorthar.

—No personalmente —confesó.

—Tendrás tiempo para gozar de la experiencia. Ahora, recoge esto. —Alargó un disco chato y agujereado que parecía una piedra—. Es la coraza cerebral del gorthar de quien me libré anoche. Si lo dejas bajo el sol suficiente tiempo, queda sólo eso. Te la entrego para que recuerdes que no debes repetir tus errores.

Sergei pasó los dedos sobre el foro de entrada del proyectil de plasma. El cubo de metal, acelerado a nivel molecular por la temperatura de fusión, había impactado sobre la coraza traspasándola unos diez centímetros, sin dejar ninguna posibilidad al gorthar.

—Ahora basta de seguir mirando tu souvenir. Tenemos que montar la conexión con la cavitación.

Los *Sea Bees* que sobrevivieron iniciaron el trabajo. La conexión debía instalarse en el centro de la balsa, en un cuadrado de veinte metros, un pequeño punto en medio de la estructura fortificada de cinco kilómetros por lado.

Aquella cavitación era un arma económica y podía usarse en cualquier planeta que tuviese extensas superficies marinas. Se generaba magnéticamente un vórtice de dimensiones adecuadas al fondo para perforar, y de allí en adelante la naturaleza habría seguido su curso al corroer la costra con el movimiento mecánico del líquido. Finalmente, se colocaría la cubierta sobre el blanco.

Al poner la antena, la nave humana de cavitación que quedaba fuera del radio de los sensores de relevamiento gortharí, la usaría para amplificar la señal directa sobre



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Waglimont, completando la perforación interrumpida en precedencia. Sin los metales pesados de su mundo, los gorthar no habrían podido alimentar la artillería y tendrían que retirarse de las dos lunas.

—¡Odio esta guerra y este trabajo destructivo! ¡Deberíamos exterminar a los gorthar! —Para subrayar sus palabras, Kannermann se quitó la camisa mimética azul y la aventó a un lado.

Sergei dejó de arreglar el conducto de repetición que era de su competencia y aseguró seriamente:

—No me hubiera esperado esas palabras de una persona religiosa como tú.

—¿Debo decir que ellos también son criaturas de Dios? ¡No, por caridad! No tienen nada en común con nosotros. La Alianza gortharí es una democracia, el Dominio humano una diarquía. Los gorthar respiran hidrógeno, los humanos oxígeno. Ellos son anfibios, nosotros somos terrícolas. ¡Usan nuestro cereal para producir contraceptivos! Por lo que sé, ni siquiera tienen una religión que se pueda definir tal...

—Pero, según mi opinión, algo tenemos en común.

—¿Qué cosa?

—El agua. Su sistema respiratorio la utiliza obteniendo el hidrógeno del oxígeno, mientras que nosotros, bueno, la usamos prácticamente para todo. Puedes estar seguro que si un planeta tiene agua, sea dulce o salada pues no existe diferencia, allí encontrarás a los gorthar y a los humanos. No somos tan diferentes, ¿no crees?

—¿Esta constatación debería hacérmelos amar?

—Lo que basta para no matarlos.

Es teniente se entrometió:

—Suvarov, ¿estás desanimando a la gente?

—De ninguna manera. Diría que son consideraciones personales —contestó Sergei con cautela.

—Si es así, guárdalas para ti mismo. No olvides que han sido los gorthar quienes iniciaron esta guerra.

—Me han pedido que empiece un tratado de paz.

—Porque hemos descubierto cómo podemos explotar la cavitación. ¿Estamos ganando y deberíamos darles la mano? ¡Jamás! Cállate y continúa tu trabajo. —Seguramente, el teniente no toleraría ninguna respuesta.

Sergei volvió a entrar en el conducto. No salió hasta que terminó el montaje de la conexión, en la tarde. El ataque final tendría lugar la noche del día siguiente y habría producido giros gravitacionales también en la luna interna.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Cuando Waglimont experimente la cavitación, ¿será suficientemente seguro quedarnos en la luna interna? —se informó Kannermann.

Ockwirck tenía una respuesta para todo:

—Las simulaciones computarizadas del cuartel general prevén una disminución del efecto de la marea igual al sesenta por ciento, con el inevitable asomo a la superficie del agua de islas o continentes en el satélite y la pérdida de mitad del vapor acuoso que contiene la atmósfera. ¿Me preguntas si será segura esta luna con olas tan altas como cincuenta metros causadas por el desequilibrio planetario? Puede ser. En las altas esferas lo retienen, aún así, un sacrificio tolerable para obtener una victoria decisiva.

Al ocaso, las nubes se condensaron y cayó la lluvia puntualmente.

—¡Este clima me matará! —se quejó Sergei.

—No lo creo —contestó el teniente—. Existen cientos de otras formas para morir en el próximo futuro. Después de la cavitación de Waglimont, los *Sea Bees* deberán consolidar la conquista de la luna interna construyendo una base para nuestros aparatos de caza. ¿A quienes crees que dispararán los gorthar que escaparán al rastreo?

Sergei tragó saliva:

—Dices eso solamente para atemorizarme.

—Piensa lo que quieras. Pero yo no dejo de ponerme la chaqueta de refuerzo. —Se subió una manga del uniforme y se la mostró—. Deberías seguir mi ejemplo si no quieres terminar agujereado.

Los miembros de la escuadra cenaron juntos encendiendo el fuego con un método seguro. Luego de la cálida acogida que los gorthar habían preparado durante el desembarco, no se habían vuelto a ver más. La balsa flotaba tranquilamente en su posición, anclada al fondo, subiendo y bajando dulcemente con las olas.

Los dispenseros habían abastecido la cena con comida buena y abundante, respetando literalmente cuanto era indicado por las reglas administrativas dedicadas a las provisiones del frente. En la Tierra y en las otras colonias se podía sufrir de hambre por el racionamiento, pero no se podía hacer faltar ningún alimento exquisito a los soldados combatientes.

Kannermann felicitó al cocinero:

—¡Cocinas en forma excelente!

—Es probable que no almorzarás en mi restaurante cuando termine la guerra, —le replicó el chef—. Mis servicios costarán demasiado y tú tendrás poco dinero.

—Perdón, ¿en qué sentido?

—Con los desastres y muertes de estos años, la gente se ocupará de dismantelar



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

los cajones de tu iglesia para proveerse.

—Si la moral no los tiene lejos del robo, la fe lo hará —contestó Kannermann.

—Con la barriga vacía no hay fe que valga.

—¡Blasfemo!

La respuesta del religioso se perdió entre los aullidos de los marineros que aplaudían al cocinero por sus rápidas y cortantes respuestas.

Sergei se paralizó con la cuchara en la boca:

—¡Escuchen!

—¿Qué cosa? —El teniente volteó la cabeza.

—Un susurro... Lejos. No sé explicarme mejor. ¡Observen el agua! —Aterrado indicó el agua del mar que se revolvía por las vibraciones.

Ockwirck corrió a apretar el botón de alarma que silbó para señalar el peligro:

—¡Los gorthar están cantando! ¡Tápanse los oídos!

Llegó tarde la amonestación. La onda sonora embistió el «Café Danzante Gorthari» transportándolos en un mundo de sueños. Antes de pasar el umbral, Sergei vio soldados y marineros contraerse en movimientos convulsivos, al ritmo de la danza de los gorthar.

No fue el final de la canción que dictó el pasaje. Estaba ciego y sordo pero el sonido de los gorthar lo acompañó durante el camino. Se encontraba en un remolino de imágenes y de sonidos melódicos que empujaban su espíritu muy al fondo. Avanzando, Sergei siguió volando y penetró en el substrato inferior de la existencia con la misma facilidad con la cual un vórtice de cavitaciones perforaba la costra de un planeta.

Se vio a sí mismo acompañado por su madre y por su padre, muertos cuando era un niño, así como por Collymore y por los compañeros caídos durante el desembarco, por el gorthar matado por el teniente y por una familia gorthari desaparecida durante el primer ataque a Waglimont. Todos parecían rebosar de felicidad. Con una alegría de niño juguetero y de anciano satisfecho de la vida. Él mismo estaba feliz. No quería regresar.

En cambio, abrió los ojos a las primeras luces del alba. El teniente le estaba quitando la lámina de reconocimiento del cuello. Sergei le bloqueó la muñeca.

—¡Aún no he muerto!

—Me alegro, Suvarov. —Lo ayudó a alzarse—. Tu ingenuidad me hubiera hecho falta.

El personal médico de la balsa había acumulado los cadáveres de los difuntos



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

muerdos por la danza. Contó veinte de ellos.

—¿Es culpa de los gorthar?

No tenía una explicación y el teniente movió la cabeza:

—No lo sabemos. Producen un sonido que llamamos canto, despidiendo el hidrógeno de su bolsa ventral. Lo hacen todos juntos y raramente la vacían íntegramente. Luego se mantienen en apnea durante horas, casi asfixiándose y entran en nuestra mente resonando con la consecuencia de suceder lo que has visto.

—He visto...

—Cada hombre ve lo que quiere ver. Algunos regresan, otros no lo hacen. No me debes ninguna justificación.

Sergei asintió:

—¿Y, Kannermann?

—Está en la trinchera del lado norte.

Lo encontró que temblaba como una hoja. Estaba acurrucado contra la pared de la balsa, con la cabeza apoyada en las rodillas y abrazándolas fuertemente. Se agachó junto a él y lo calmó.

—Tranquilo, Klaus. Ya pasó el canto.

—No estaban cantando.

—¡Claro que cantaban! Un coro magnífico, además. Los gorthar son criaturas excepcionales.

—¡No! Lo han descubierto y rezaban por nosotros. Los he visto con mis propios ojos.

Sergei no entendió.

—¿De qué hablas?

Un silbido agudo cortó el aire llamando su atención. Una gran nave gorthari atravesó las nubes que se disolvían y se detuvo paralelamente a ellos en el mar. Se abrió una puerta circular bajo la quilla de proa y el agua por debajo se encrespó, moviéndose ligeramente en círculos.

—Se han posesionado de la cavitación.

Sergei se enderezó:

—¡Que el señor tenga piedad de nuestras almas!

El vórtice aumentó de dimensiones y de fuerza centrífuga desplazando el «Café Danzante Gorthari» de su anclaje y tragándolo con un fragoroso rebullir de espumarajos.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Se elevó nuevamente el canto de los gorthar, triste y solemne, al romperse la costra superficial. Los *doh'ka* sacrificados por la gloria de la Alianza gortharí, murieron salmodiando el nombre de su Dios misericordioso.

**ACTO III: GÉNESIS EXTRATERRESTRE**

**L**uego Dios dijo: Las aguas que están bajo el cielo se recogerán en un solo lugar y así todo el resto se verá seco. Y así fue. Dios llamo al lugar seco «tierra» y al lugar lleno de agua «mar» y Dios vio que todo aquello era algo bueno.

Kannermann estaba declamando del libro del Génesis desde hacía cuatro horas y Sergei sentía unas náuseas exageradas.

—Klaus, si no terminas en este momento, juro que voy allí y te ahorco con mis manos.

—Luego Dios dijo: Germinará la vegetación de la tierra, la hierba producirá semillas y árboles frutales, los cuales producirán el fruto según su especie; el mismo que contiene su propia semilla para la siembra. Y así fue.

—¡Bueno, tú lo quisiste! —Sergei lo cogió por lo que quedaba fuera del cuello de su uniforme y lo golpeó repetidas veces en el rostro con todas sus fuerzas:

—¡Toma esto y esto y esto!

Descargó sobre él su rabia para desahogar la tensión que le retorcía las vísceras. Dejó de golpearlo cuando le dolieron tanto los nudillos que tuvo que detenerse.

El rostro de Kannermann estaba cubierto de grandes moretones, le faltaban algunos dientes y la nariz rota ladeaba hacia la izquierda; aún así respiraba todavía. En su agonía, escupía sangre sobre el terreno de lava. Sin embargo, siguió precisando:

—Así la tierra produce vegetación, o sea hierbas que tienen semillas según las especies y árboles que llevan frutos con semillas según su especie. Dios vio que todo eso era bueno.

Sergei le tomó la cabeza entre las manos y la acercó a un centímetro de su cara:

—¡Escúchame! ¿No ves que no crece una hierba en esta tierra estéril? No digo algo comestible sino nada de nada, ni siquiera un líquen o un arbusto. Moriremos de hambre en una semana pero no te preocupes, moriremos antes por la sed.

—Que se haga la voluntad del Señor.

Había enloquecido. ¿Qué otra cosa se podía esperar, reflexionó Sergei, en una Marina que aceptaba muchachos, pastores presbiterianos como Kannermann, así como también algún maniaco homicida, porque bastaba solamente que supieran cargar un fusil al plasma y lo usasen contra los gorthar?



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Te confesaré una gran verdad. —Sergei se dirigió hacia el compañero aún si el pastor procedía impertérrito exponiendo con constancia su lectura de las Sagradas Escrituras—. La cavitación ha sido un error así como la mayor fortuna que hayamos tenido.

La sinceridad entre hombres destinados a una muerte prematura lo empujaba a hablar con franqueza. Luego de los diez segundos iniciales cuando admiraron la espléndida nave de cavitación sobre el océano planetario de la luna interna de Wagglimont, no habían tenido mucha diversión.

La balsa fortificada sobre la que se encontraba la escuadra de trabajo había sido absorbida por el vórtice de la cavitación y, a mitad del camino hacia el fondo del mar, la energía cinética del agua había perforado la superficie planetaria, librando desde abajo toda la fuerza inferior. Saltaron hacia afuera como si hubieran apretado el dentífrico de su tubo. La corriente rotatoria del vórtice convirtió en vidrio aquel primer chorro de lava, que se alzó en una espiral de colores del iris bajo el reflejo de la luz.

No pasó el tiempo de un respiro que esa espiral se destroza a causa de la explosión gaseosa de la segunda onda de magma, tanto que crea flechas de lava vítrea tan grandes como un hombre, que destruyen la balsa separándola en dos troncos sueltos. Esa fue la salvación, en realidad. El lado de la balsa donde se encontraban había terminado en el rayo magnético de cavitación y había sido disparado lejos del vórtice.

—Así es, mi querido Klaus. Si bien tu Dios podría quejarse a propósito, el hecho de sobrevivir a la guerra es solamente una cuestión de suerte.

—¡Con el rumor que hacen ustedes dos es imposible dormir! —Ockwirck se había despertado.

—¡Teniente! —Sergei le levantó la cabeza—. Pensé que ya no se despertaría.

—He prometido a mis hijos que regresaría vivo y yo mantengo siempre mis promesas. ¿Qué ha sucedido?

—Nos hemos salvado de la cavitación efectuada por los gorthar.

—Sería mejor decir que la luna ha resistido al ataque.

—Si lo prefiere... La tecnología de los gorthar debe ser mucho menos adelantada que la nuestra y la perforación se ha detenido antes de alcanzar la atmósfera del satélite. Hemos estado a la deriva por una semana y luego nos hemos arenado en esta isla. —Definir isla a esa roca perdida y desnuda, que no es otra cosa que un levantamiento bradi-sísmico del fondo marino podría parecer el privilegio de una promoción inmerecida.

El teniente se apoyó sobre una mano para levantarse y se dio cuenta de que le faltaba el brazo derecho. Se agitó alarmado:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¡Mi brazo!

—¡Cálmese! —Sergei lo empujó hacia tierra firme tomándolo por la espalda.

—Lo hemos pescado del mar el segundo día de la cavitación. Estaba agonizando pero bien sujetado a una boya flotante. He hecho lo mejor que pude para detener la hemorragia. Si llegamos a una base tendremos la posibilidad de salvarle las terminaciones nerviosas y obtener que le instalen una prótesis biomecánica.

El teniente suspiró.

—¿Cuántos somos?

—Usted, yo y Kannermann, más yo no me fiaría de él. —Movié en forma circular el índice a la altura de la sien. El pastor movía obsesivamente los brazos tambaleándose—. ¿Lo ve? Está fuera de sí. Y como si eso no bastara, tenemos solamente dos cantimploras de agua potable y la comida se ha terminado.

—¿Y los gorthar?

—Uno de nuestros cruceros ha abatido la nave de cavitación. Aún está incendiándose. —Sergei indicó la nube de humo que oscurecía el cielo azul a lo lejos, sobre la omnipresente mole de Waglimont—. Los interceptores gorthari no se han elevado desde entonces. Los movimientos telúricos producidos por la cavitación han generado una ola anómala gigantesca. Hemos surfado sobre la cresta con lo que quedaba de la balsa. Si los gorthar han escapado de la cavitación, no pueden haber evitado el tsunami. Probablemente están todos muertos.

—Ayúdame a levantarme. —Sergei lo sujetó hasta que estuvo en pie sobre sus piernas—. ¿Tienes un proyector geográfico?

—Sí, teniente, como también todo el resto del contenido de la mochila. Soy un buen ingeniero y escucho sus consejos.

—Pásamelo.

—Ya he controlado todo. No hay otra tierra emergente aparte esta isla en donde estamos ahora.

—¡Te digo que me lo des y nada de discusiones!

Se lo alcancé y el oficial activó el telémetro. El relevador superficial restituyó una señal sonora. Había individualizado otra superficie sólida.

Sergei analizó la pantalla del proyector geográfico:

—No parece una gran isla.

—Emite impulsos laser en base hexadecimal. Es una de nuestras balsas fortificadas. Si llegamos a ponernos en contacto con ellos nos vendrán a recoger. Naturalmente, no somos tan afortunados como para tener un transmisor que funcione, ¿o me equivoco?



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—No somos tan afortunados, señor. En cambio, puedo construir uno. Soy especialista en transmisores y tengo todo lo que me sirve. ¿A qué distancia está la balsa?

—A doscientos kilómetros.

—Uhm... —Sergei movió la cabeza—. Un transmisor de prueba no llegará a tanta distancia. Si le quita cuarenta kilómetros, lo fabrico.

Ockwirck midió la superficie insular con el proyector geográfico:

—Estamos a cincuenta kilómetros de la ribera opuesta. Si atravesamos la isla y las corrientes no alejan la balsa, tendremos una posibilidad de salvarnos. Sé que es una incógnita sumamente grande, pero no tenemos nada que perder. Vamos, recoge los instrumentos y marchemos. No te olvides de los fusiles.

—Tenemos sólo uno con un cartucho.

Ockwirck alzó los hombros:

—Querrá decir que si las cosas van mal solamente uno de nosotros tendrá una muerte veloz y sin dolor.

Sergei tuvo que levantar a Kannermann a jalones y cargarle parte de los instrumentos sobre las espaldas. El pastor se había tranquilizado, limitándose a repetir en voz baja los textos sagrados. Caminaba como un robot, sin embargo, una vez que se le hacía marchar hacia la dirección correcta, parecía poder seguir derecho sin vacilación, aún hacia los brazos del demonio.

El viaje hasta el otro lado de la isla fue lento y monótono. Como premio por su esfuerzo, a la llegada se encontraron con algo diferente al terreno desnudo. Los vientos hidrotermales submarinos, seguidos por la cavitación, habían empujado a la playa una gran cantidad de gotas lávicas vidriadas que se habían dispersado por el litoral y habían formado una alfombra de pedruscos. Caminando encima de ellos se rompían y emitían un rumor característico como de nueces aplastadas.

—Pondré la antena en la playa —anunció Sergei a sus compañeros. Arrastró la mochila. Estaba cansadísimo, se le nublabla la vista y, distraído, colocó un pie sobre una sustancia viscosa cayendo a todo lo largo. El teniente corrió a darle una mano:

—¿Todo bien?

Era una preocupación interesada porque sin sus capacidades técnicas morirían los tres. El ingeniero había aterrizado con la espalda y sentía las puntas afiladas que le pinchaban la piel.

—Nada grave —anunció—, una que otra astilla aquí y allá.

Rodó sobre sí mismo y se apoyó en el codo. No había aplastado una gota de lava más resbalosa que otras, sino que había exterminado un nido completo de huevos tan grandes como un puño, aplastándolos con todo su peso.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¡Caramba, no sabía que en la luna interna hubiesen especies endémicas! —El hambre reclamó su atención, por lo que cogió el último huevo que había quedado entero. Lo levantó contra la luz del sol y vio en transparencia el movimiento de una criatura como una ameba de contornos indefinidos.

—No será una cena real pero a falta de otra cosa....

El encuentro con el recién nacido gorthari no habría podido ser más traumático. El mutante, disturbado en su envoltorio protector, saltó de su cáscara y se estacionó sobre su mano, sujetándose a la epidermis con lo que los xeno-biólogos humanos definen «pedúnculos», hilos de membranas delgadas con ventosas. El extraterrestre produjo instantáneamente sus neuro-receptores químicos e inició el contacto.

*Frío, Hambre, Peligro*, le transmitió el gorthar.

*¡Sal de mi mente!* le ordenó él.

*Frío, Hambre, Peligro, Ayúdame, hermano de sangre*, insistió el ser.

—¡No soy tu hermano de sangre, carajo! ¡Aléjate de mí! —se escuchó decir Sergei. Su mente estaba confusa y alejada del cuerpo. Recogió una llave de regulación, dispuesto a romperse la mano con tal de librarse de esa presencia extraña.

Kannermann lo distrajo:

—Dios creó a los hombres a su imagen y semejanza; los creó como hombre y como mujer. Dios los bendijo y les habló así: sed fecundos y multiplicaos, conquistad la tierra, que produzca para vosotros, dominad los peces del mar y las aves del cielo y todos los animales que se mueven en la tierra.

Sergei titubeó entre usar la llave para romper el cráneo de Klaus o despegar al recién nacido de su mano, lo que le dio tiempo al gorthar para pronunciar su primera palabra:

—¡Madre!

Un adulto salió de la arena de la playa a unos veinte metros de ellos. Infló su saco ventral con el que respiraba y alargó su cuerpo en prominencias, silbando como una serpiente cascabel, lista para atacar. Pero no se movió.

—¡No toquen al pequeño! —les advirtió.

El teniente levantó el fusil de plasma y lo apuntó al centro de la membrana del adulto. Le temblaba el único brazo que le había quedado y Sergei tuvo temor de que se le desviara el disparo. Pero no disparó.

—Yo, Zolike, no temo tus armas, humano —anunció el gorthar.

Ockwirck no pestañeó:

—Eres una hembra, no lo puedes disimular. Tienes sólo un saco lleno de ácido porque el otro lo usas para los huevos. Los has depositado hace poco y no te puedes



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

mover. Podrías matarme pero yo haría lo mismo contigo y mis compañeros terminarían con tu pequeño. ¿Escogemos esta vía o buscamos un acuerdo?

La hembra gorthari soltó la presión puesta en su saco de ácido y aceptó hacer un acuerdo:

—Suelten a mi hijo.

—Sergei, golpea levemente el recién nacido en la membrana superior —sugirió el teniente.

Fue suficiente golpear con un dedo la zona indicada para que el gorthar soltase sus pedúnculos y se dejara depositar en tierra. Los humanos se alejaron lentamente. Sergei acompañaba a Kannermann mientras Ockwirck apuntaba el arma a la madre gorthari.

Luego de haber puesto un centenar de metros entre ellos y la amenaza, el ingeniero levantó algunas objeciones:

—No podemos irnos. Mi mochila ha quedado allá. Debemos construir una antena o moriremos de inanición.

—La hembra está muriendo. Se nota por los colores tenues de su piel —contestó el teniente—. Está herida desde antes del parto y el nacimiento la ha debilitado aún más. Sentémonos y esperemos.

—¿El pequeño no nos molestará?

—He visto centenares de partos gorthari cuando era un civil y comerciaba con ellos. No entrará en el agua si la madre no lo hace. Ella no puede moverse y cuando muera lo encontraremos donde lo hemos dejado. Ningún hombre ha estudiado a un gorthar vivo. Pensándolo bien, ese microbio podría mandarnos en licencia por tiempo indeterminado. —Le brillaron los ojos con la idea.

—No me ha gustado la experiencia —divagó Sergei. Se pasó una mano sobre la frente y la retiró húmeda de sudor—. No esperaba que los gorthar hablaran nuestro idioma.

—Se ha vuelto también su idioma. Están dotados de memoria colectiva que favorece la asimilación de los tratos mejores de las razas con las que tienen contacto. Pueden emitir sonidos articulados y con ellos reproducen el lenguaje humano. Ahora tienen dos sistemas de comunicación: el fonético y el de contacto.

—Habla de ellos con admiración.

—Son enemigos duros y leales. Cada uno de sus guerreros *doh'ka* vale como diez de los nuestros, pero no matan despreciando a los adversarios. Lo hacen por el bien de la raza gorthari, según su punto de vista. Se reproducen a un ritmo veloz y ahora que no tenemos la ventaja tecnológica de la cavitación, nuestra guerra no está yendo bien para nosotros. Personalmente, no los odio. Solamente quiero regresar donde mi



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

familia. Si para eso debo masacrar a todos los gorthar del universo, lo haré. —Apoyó el fusil a tierra y se echó al costado—. Les ruego que no me molesten. Debo descansar.

La parada fue breve. Una hora después volvieron al lugar del encuentro y la tragedia había tenido lugar. El cuerpo de la hembra estaba putrefacto. El sol había deshecho la membrana externa y en poco tiempo se le secarían los líquidos corpóreos. El pequeño, acalorado, se había acurrucado a un paso del nido.

Sergei examinó el gorthar adulto:

—No es un *doh'ka*. No tiene una coraza cerebral.

—Si fuera así, nos habría matado con su único saco de ácido.

El teniente recogió al recién nacido y se lo lanzó:

—Ponlo en agua o morirá. No lo pierdas nunca de vista porque es nuestro boleto para regresar a casa.

Al contacto con el mar, el gorthar se vigorizó. Para hidratarlo con seguridad, Sergei llenó de agua su propia vasija y lo metió en ella. El pequeño no podría subir por los bordes de la taza o sea que estaba adentro como en prisión. Finalmente, el ingeniero pudo regresar a su trabajo principal.

La construcción de la antena no le ocupó más de unos diez minutos. Concluyendo la operación, el repetidor era alto unos dos metros y estaba ladeado hacia un lado. A pesar de los defectos de construcción, podría servir para su objetivo.

—Sumando el tiempo que empleará la señal para llegar hasta la balsa y el necesario para descodificarlo, más la duración del viaje con un motor siluro, estaremos en la isla durante la cuarta parte de un día —calculó el teniente.

—Hasta podríamos hacernos un baño. Vengo de las montañas de Nellimö y me gustaría nadar —observó Sergei tímidamente.

Ockwirck lo miró de arriba abajo:

—Es mejor que pienses en Kannermann.

El pastor estaba extrañamente taciturno. Sentado junto a la vasija con el gorthar, dibujaba figuras abstractas sobre la arena. Sergei pensó que no tenía que preocuparse por sus condiciones. Nada las modificaría en aquel breve período. Entre ellos, Klaus era el único que se ganaría una licencia por enfermedad mental.

En consecuencia, se buscó una ocupación alternativa. No encontró nada mejor que hacer que jugar con el agua de la vasija. En vez de alejarse del contacto con el extraterrestre, lo buscó como si le hiciera falta. El recién nacido no se hizo de rogar. Lo tocó con sus pedúnculos anteriores y lo llevó hacia su mundo de lenguaje inmaterial.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

*¡Regresaste, hermano de sangre!* exclamó el gorthar.

*Yo no soy tu hermano de sangre,* puntualizó Sergei.

*Estabas conmigo cuando nací y aceptaste mi contacto socorriéndome. Eres mi hermano.*

El ingeniero dulcificó la verdad: *Los gorthar y los humanos no se socorren recíprocamente.*

*¿Qué cosa son los humanos?* interrogó el pequeño.

*Yo soy un humano,* le explicó.

*Entonces, un humano es mi hermano de sangre.*

El simple silogismo del recién nacido le cerró la vía hacia el diálogo y no pudo contrarrestar sus palabras.

*Mi madre no está aquí,* continuó el gorthar. *Las madres gorthari no abandonan a sus pequeños. No es natural.* Estaba hablando su instinto.

Probaba un sentido de extravío típicamente infantil y Sergei le tuvo compasión. Ese sentimiento lo hizo mentir: *Un día la verás de nuevo.*

*Sí, la veo. Mis semejantes la respetan.*

*Haces bien en usar la imaginación.* Creyó que el recién nacido había rechazado la realidad buscando alivio en un sueño.

Fue el hecho de entrever la memoria colectiva gorthari que cambió para siempre su visión del mundo. Entró en ella por la misma razón que lo había hecho resbalar sobre los huevos: estaba cansado y se distrajo.

—Mis semejantes... —pronunció en voz alta el ingeniero. Se identificó con ellos. Conoció a Lohut el Médico, Zolike la Sacerdotisa, Akhamai el Untor, Botag el Estudiante, Noku el Demagogo y cualquier otro gorthar que hubiese respirado hidrógeno desde el vagido inicial de esa raza en una ciénaga de caldo primordial de su planeta nativo. Los muertos añadían su sabiduría. Los vivos apuntaban su mente hacia él.

*Hermano de sangre, sígueme.* El pedido del pequeño era sincero. Deseaba su compañía.

*Asimilación. Los gorthar asimilan a los humanos.* Sergei recuperó su pensamiento desde el subconsciente.

Soldados y marineros habían muerto de esa manera, destruidos mentalmente por la superioridad de la memoria colectiva. Un espasmo muscular involuntario le hizo retraer la mano fuera de la vasija, interrumpiendo la comunicación. Pero el daño estaba hecho: los habían avistado.

Avisó al teniente y a Kannermann:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¡Vendrán a matarnos!

Klaus se puso frente al sol y levantó los brazos al cielo, afirmando solemnemente:

—La serpiente dijo a la mujer: no, no fallecerán, pero Dios sabe que el día que coman el fruto del árbol prohibido, vuestros ojos se abrirán y serán como Dios, y conocerán la diferencia del bien y del mal.

Esas fueron sus últimas palabras. La onda de energía de un golpe disparado por un interceptor gortharí convirtió su figura en cenizas. La pequeña nave llegó desde la atmósfera externa, tomándolos por sorpresa. Describió una curva amplia desde la parte superior de las nubes sobre el nivel del océano, acelerando hasta levantar dos olas de agua que se acercaban a la orilla.

—¡Al mar! —gritó Ockwirck que había individuizado el mejor escondite a disposición, y se zambulló. Los sensores térmicos del interceptor lo encontraron, coordinando el fuego de la artillería abordo. El teniente acompañó a Kannermann en su viaje al otro mundo.

La explosión hizo caer a Sergei a tierra. Derramó abundante sangre de las heridas que le hicieron las astillas de lava vidriadas. Retuvo el respiro y se fingió muerto. Sabía que ello no sería suficiente.

Con una mirada de soslayo vio bajar del interceptor a una pareja de *doh'ka*, una hembra y un varón. Se acercaron al pequeño. El recién nacido reconoció a los miembros de su raza y un resplandor de alegría le cubrió la piel. La hembra contracambió el brillo, se le acercó y lo abrazó a la manera de los gorthar, englobándolo. Podrían ser parientes.

—¿Cómo nos comportamos con el último humano vivo? —preguntó el varón.

Sergei rezó por lo bajo:

—No he comido el fruto del árbol prohibido. No he mezclado mi espíritu con el de ellos. ¡Sálvame, Dios!

La pausa de silencio que siguió a la pregunta del gorthar le destruyó los nervios. Se traicionó definitivamente moviéndose para continuar la fuga, pero a través de la piel transparente del pequeño vio que su cerebro refulgía de cargas eléctricas sin interrupción. El recién nacido comunicaba con la hembra.

—Hemos terminado nuestra misión de salvación. Regresemos a la órbita —fue la sentencia de la *doh'ka*.

Partieron nuevamente y lo dejaron vivir.

La escuadra humana de recuperación llegó ocho horas más tarde.

—¿Cuál es tu nombre y tu grado? —le preguntó el oficial médico después de haberle dirigido una luz a los ojos para controlar sus reflejos corticales.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Ingeniero de segunda clase Sergei Suvarov —contestó a la pregunta. Luego agregó por su propia iniciativa:

—He sido testigo de un milagro.



## PARADA OBLIGATORIA

# H

*ora 11:00*

—¡Sólo Dios sabe cómo ha podido errar ese tiro! —le dice su compañero de asiento—. Estaba en el límite del área, eludió con clase al defensor central adversario y dejó sentado al arquero, gracias a una finta que hubiera engañado a cualquiera. Bastaba con darle un golpecito bajo para meter el balón en la red y, en vez de eso, ¿qué hace? ¡Le da de lleno y lo manda fuera del estadio! No estoy bromeando. Lo he visto pasar por encima de la cubierta de la explanada. Resultado: perdimos uno a cero. Supongo que coincidirá conmigo que ese tronco debería ser excluido del equipo.

Julio gruñó una aprobación de circunstancias. Desde el comienzo del viaje aquel tipo lo había atormentado con la crónica del partido jugado el domingo anterior. Si la Fiorentina no hubiese pasado a la Serie A, los fanáticos del Prato habrían obtenido el triunfo en santa paz. ¡En cambio, nada! Habían perdido el clásico en la última fecha del campeonato y estaban más decaídos de lo que podrían estar si el avión con todos los jugadores se hubiera precipitado sobre las montañas. Y él, que no estaba interesado en el fútbol, tenía que soportar los comentarios y tonterías de aquel fastidioso compañero de viaje.

El autobús de línea marchaba a cien kilómetros por hora. Estaban recorriendo las colinas de los Apeninos, bajando por las laderas de la región emiliana. Venían del conglomerado urbano de Prato-Florenia y hacía veinte minutos que habían entrado en la Zona Prohibida.

El paisaje a ambos lados de la carretera era desolador. La hierba, quemada por las radiaciones, se aferraba tenazmente a las rocas mientras los árboles, pocos y sin corteza, mostraban relieves concéntricos como tumores en sus troncos enfermos. Le producían escalofríos.

Su mujer le había advertido:

—Viaja en la lanzadera de las nueve. Llegarás a la parada de Linate, en el Centro, en una hora.

Pero él, terco como una mula, le había contestado:

—Estamos cortos de dinero. No podemos permitirnos pagar la lanzadera. ¿Qué puede pasar con el autobús en la Zona Prohibida? Llegando al Po, tomo el tren elevado hacia el Centro y corro a la cita que tengo en la Plaza Cordusio. Si me contratan, con el anticipo que me den, pago la lanzadera para regresar a casa.

Todo calculado. Todo fácil.

Sí, existía también una mínima posibilidad de que no obtuviese el puesto, pero él



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

ni siquiera la tomaba en consideración. Desde la llegada de la nueva generación de maquinaria robotizada, era difícil emplearse en el ramo de la curtumbre, sin embargo, Julio era un magnífico desollador, el mejor, y el trabajo en Milán sería suyo.

Un remezón anticipó la parada del autobús.

—¿Qué pasa? —preguntó el fanático del Prato.

—Parada obligatoria —le informó, conciso. Como era un asiduo viajero, conocía los paraderos de memoria.

—¿En medio de la Zona Prohibida?

—Es para controlar los boletos.

En efecto, el inspector subió al autobús y recorrió el corredor velozmente. Se acercaba a los asientos dobles y verificaba que todos hubiesen pagado el impuesto al transporte, y luego proseguía.

Llegó delante de ellos y demandó:

—¡Boleto, por favor!

Julio estiró el brazo, volteó el pulso hacia arriba y esperó a que el escaner del inspector analizase el chip subcutáneo de crédito confirmando el pago anticipado. Un bip desentonado hizo que los pasajeros voltearan a mirarlo.

—El impuesto no ha sido pagado —anunció el inspector.

—¡Debe haber un error! —protestó Julio. ¡Esta mañana he pedido expresamente a mi mujer que lo pague! ¿Puede efectuar nuevamente el control? —El segundo bip le produjo ansiedad.

—No hay errores. No ha sido pagado. —Impaciente, el inspector tocó con la uña el escaner. Los pasajeros murmuraron.

—Está bien. Pagaré un segundo boleto entero. —Tomó el código PIN escrito en un papel que llevaba en la cartera y lo mecanografió en la maquinilla. El tercer bip lo mandó metafóricamente a la lona.

—Su chip no tiene crédito —sentenció el diligente empleado de los transportes regionales. El fanático del Prato palideció. Se le podía leer en el rostro la acusación: *¡Qué vergüenza! ¡No tiene crédito!*

El inspector fue categórico:

—¡Debe bajarse!

Julio tomó el portafolio y sacó dos billetes de quinientos euros.

—Puedo pagarle con dinero... —indicó. Nunca lo había hecho.

El inspector se molestó:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¡Guardese esos papeluchos! —Se dio vuelta hacia el chofer—: ¡Antonio, fijate que aquí hay uno que quiere hacerse el gracioso!

Julio contestó al ataque:

—¡No, usted se equivoca!

O quizás no. Quizás su mujer había hecho las compras de la semana y había terminado el crédito de su cuenta corriente, olvidándose de comprarle el boleto. La amaba muchísimo pero a veces le picaban las manos por el deseo de estrangularla.

El vigoroso chofer, con ostentosos músculos tipo Mister Universo, no se enterneció. Dejó su asiento, lo tomó por la chaqueta y lo arrojó del autobús ante la mirada compasiva de los demás viajeros.

—¡Esto es un error! —se lamentó Julio, limpiándose los pantalones del polvo—. ¿Así se trata a un contribuyente? ¿No sabe que yo pago su sueldo con mis impuestos?

El inspector se asomó por la puerta abierta y le pegó un adhesivo amarillo en el pecho, informándole:

—Si se vuelve rojo, el nivel de radiación del ambiente ha superado el límite soportable para el organismo humano. Trate de mantenerse lo más arriba posible de la carretera y se salvará.

Julio palideció. Lo estaban abandonando en la Zona Prohibida.

—¡No pueden dejarme aquí! —Se agarró a la barra del autobús tratando de forzar su entrada. El conductor le propinó una serie de patadas que lo tiraron al suelo.

—¡No me obligue a llamar a la policía! —exclamó el inspector—. Le quitarían su chip de crédito y no me gustaría que le cancelen el Servicio Sanitario Nacional.

Luego entró para permitir que se cerraran las puertas del autobús.

—¿No baja también usted aquí? —se lamentó Julio.

—No. He terminado mi turno. Nos vemos en el otro autobús que pasa por aquí a las once de la noche.

—Y yo, ¿qué hago mientras tanto?

El inspector sintió un poco de compasión porque le dio un precioso consejo.

—Si tiene un celular, no lo use. Las antenas flotantes no tienen rutas cerca de la Zona y la señal no se capta. Treinta kilómetros más atrás hay una estación de servicio con un teléfono fijo. Vaya a pie, llame a quien le parezca y cargue nuevamente su chip. Si no tiene dinero, empeñe las joyas de la familia, pero sea como sea, venga con el boleto pagado esta noche a las once y haremos la vista gorda sobre la infracción precedente. —La puerta se cerró con un silbido y el autobús prosiguió viaje.



### ***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Julio subió por la pendiente, como le sugirió el inspector y encaró la carretera en sentido contrario al del autobús.

Estaba solo y tenía que caminar treinta kilómetros a pie. El cansancio lo habría soportado pero la fama que tenía la Zona Prohibida lo inquietaba. Alrededor del 2020, las administraciones regionales habían abierto unos Lugares de Depósito y Depuración de Deshechos Bioinertes en los valles de las colinas de los Apeninos; había que resolver el problema anual de los desperdicios urbanos que seguían amontonándose.

Teóricamente, la idea era genial: excavar túneles en las montañas y largas galerías de docenas de kilómetros y llenarlas con la basura del *homo italicus*. En la práctica, en la implementación cotidiana, esto era muy diferente. En los túneles había ahora de todo, comprendidos los deshechos radioactivos importados en forma ilegal de toda Europa y enterrados en medio de la basura proveniente de la ciudad.

El aumento constante del nivel radioactivo, unido a la imposibilidad de sanear los lugares de depósito debido al colapso de los desagües urbanos, había obligado al gobierno a crear, sobre el dorso de las colinas de los Apeninos, a lo largo de ochenta kilómetros, un área prohibida para la vivienda y el pasaje pedestre. Solamente los autobuses de las líneas regionales estaban autorizados a atravesar esa zona dos veces al día. Fue así que nació la Zona Prohibida.

La fantasía de la gente la había poblado de criaturas quiméricas que ayudaban a aumentar la tirada de los periódicos: mutantes que vagaban por los valles de los Apeninos, criaturas gelatinosas que destripaban a los turistas desafortunados si se perdían durante las excursiones, plantas carnívoras dotadas de lianas como tentáculos veloces y resistentes. Obviamente, todo eso eran tonterías. Julio sabía, sin embargo, gracias al trabajo que hacía, que había *algo* que vivía en la Zona Prohibida. Por lo que debía apurarse y llegar rápidamente a la estación de servicio.

El sol le caía sobre el rostro y empezó a sudar copiosamente. Al otro lado de la carretera había una sombra invitante sobre un extenso prado verduzco y marchito. Era una tentación demasiado fuerte como para resistirla. Cuando pisó el primer centímetro de hierba y la escuchó rechinar bajo los zapatos, se dio cuenta de que no era realmente vegetación.

—¡Diablos! —exclamó sorprendido.

Las mántides mimetizadas levantaron vuelo simultáneamente. Millones de insectos ensombrecieron el cielo por un segundo, evolucionando en una formación compacta con la misma coordinación que las aves migratorias. Giraron sobre su cabeza dos veces y se dispersaron.

Se detuvo allí, a mirarlas con la boca abierta. No sabía mucho sobre entomología y, sin embargo, dudaba que aquello fuera un comportamiento normal. ¿Estaba observando un salto increíble en la evolución de los insectos, debido a las radiaciones?



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

*¡A quién le importa!* Pensó. Pero aceleró el paso, prudentemente.

***Hora 14:00***

La estación de servicio era un cuchitril de cinco metros por cinco, coronado por un cartel con un aviso de combustible AGIP. Las cargas de litio estaban acumuladas sin orden contra una pared externa.

A Julio le había tomado tres horas llegar al lugar, y estaba impaciente por irse. Le dolían los pies y de ningún modo seguiría el consejo del inspector de esperar el autobús de las veintitrés. Al contrario, llamaría por teléfono para que lo recogiera su cuñado o su mejor amigo, Marco, que vivía a cien metros de su casa.

El empleado de la estación, dentro de una garita con forma de panal de abejas, revestida con una película polímera antibalas, estaba tomando una bebida sin alcohol de una lata fluorescente y jugaba con su cuchillo sobre la mesa. Julio tocó la ventanilla.

El empleado lo catalogó con ojo experto y le comunicó:

—El teléfono está ahí atrás.

—¿Cómo supo...?

El hombre fue tan rudo como franco:

—¿Cree usted que llegan muchos clientes a esta frontera de la Zona Prohibida? Llega usted a pie, tiene una cara de perro maltratado y su educación es como la de un tipo de ciudad. No se necesita saber mucho para entender que lo han bajado del autobús por no pagar el boleto. Es el quinto que descargan este mes, pero es el primero que llega aquí, hasta la estación. ¡Felicitaciones!

—¿El primero? ¿Qué les pasó a los otros cuatro?

El empleado se rió:

—¡Un ciudadano que no lee la crónica negra local! ¡Es como para no creerlo!

Julio había leído solamente los avisos de ofertas de trabajo. Estaba desocupado desde hacía cuatro meses y no deseaba ni de lejos agregar las desgracias de los demás a las suyas propias, de ninguna manera.

—¡No entremos en detalles! —replicó con sequedad—. ¿Puede salir y acompañarme al teléfono?

—¿Se cree que soy idiota? No salgo de aquí ni por todo el oro del mundo. ¡Búsquelo usted mismo! —Bebió un largo trago de la lata.

Imprecando contra esa raza de provincianos toscos e ignorantes, Julio entró en la estación y encontró el teléfono colgado de la pared de un armario, detrás del mostrador de la caja.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Apoyó su chip sobre el lector del teléfono y se puso en comunicación con una operadora.

—Habitación privada de Julio De Vecchi, en Prato, Florencia, llamada a cargo del destinatario. —Indicó con desenvoltura los datos necesarios a la rubia de la central y permaneció esperando en línea.

Tuvo tiempo para silbar durante un minuto antes de que un rostro amistoso sustituyese el display del teléfono y el logo animado de la sociedad nacional de video-comunicaciones. Era Marco con el pecho descubierto.

—Julio... —El amigo no se lo esperaba.

—¡Marco! ¿Qué haces en mi casa? ¡Desnudo!

Se entrometió la voz de su mujer, hablando fuera del campo:

—Querido, no respondas. Regresa a la cama.

Julio sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—¡Operadora! —gritó en el teléfono—. ¡Deme una visión estereoscópica de mi habitación!

Pasaron unos instantes para confirmar que los datos del propietario del chip correspondían al dueño del departamento, y se agrandó el encuadre. Vio a Anna, su mujer, salir del baño con solamente una toalla amarrada sobre los senos. La escena dejaba poco espacio a la imaginación.

Perdió la razón:

—¿Qué mierda están haciendo ustedes dos? —El software que controlaba las llamadas en video juzgó que las imágenes y el lenguaje eran excesivamente escabrosas y cortó la comunicación.

Volvió a llamar a la operadora varias veces, sin resultado. La furia lo encegueció y golpeó con los puños el maldito aparato hasta que lo despegó de la pared y lo hizo pedazos contra el suelo.

Desenfoque de un pensamiento racional.

Activación del lóbulo paranoico del cerebro.

Julio reconstruyó el acontecimiento. La falta de pago del boleto no estuvo causada por un olvido casual de Anna. Ella se estaba divirtiendo con Marco a sus espaldas y juntos habían pensado en desembarazarse de él, como cualquier otro marido que incomoda. No pensaron en un delito pasional y truculento sino en un método más refinado que se adaptaba al alma ingenua de su mujer. Anna probablemente sí leía la crónica negra y el hecho de dejarlo morir solo, como un perro, debido a las radiaciones, entraba muy bien en su estilo: *por favor, no me ensucien la alfombra con sangre.*

—Le haré ver de qué es capaz este maridito...



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Regresó a grandes pasos hacia el empleado. Apretó la frente, la nariz y el mentón contra la garita y le ordenó:

—¡Quiero tu cuchillo!

El otro lo miró distraídamente:

—No doy crédito.

—¡Te puedo dar mi chip! —Julio se mordió el pulso hasta herirse la piel, sacó el rectángulo de silicio, y luego lo sostuvo, ensangrentado, entre el pulgar y el índice.

—Normalmente no trato con dementes... —titubeó el empleado. El chip tenía un discreto valor en el mercado negro de documentos falsos de identificación. Eso lo convenció—: Por esta vez voy a hacer una excepción.

Sacó la mano con el cuchillo por el buzón de la garita y abrió la otra para recibir el chip. Efectuaron el cambio.

—¡Que no se le ocurra pedírmelo de vuelta! —precisó el empleado.

—El chip no me servirá en el futuro. —No después de lo que pensaba hacer cuando llegara a su casa—. ¿Cuál es la parada de autobús más cercana?

—La misma de donde ha venido.

Empezó el viaje de regreso.

***Hora 19:00***

Julio tenía el corazón colmado de tristeza. Se había quedado en medio de la carretera por una hora llorando como un niño.

Lo habían traicionado. Una doble traición: ¡su mujer y su mejor amigo! No existía perdón para una cobardía semejante. El llanto le había afilado el ingenio. Planificó la venganza hasta los más mínimos detalles. A cualquier lugar que escaparan, él los seguiría y asesinaría sin ir a la cárcel. Le haría decir a su abogado que las radiaciones le habían producido graves daños neurológicos, afectando su capacidad de entender y de decidir. Ningún juez lo condenaría sabiendo lo que esos dos tramaron hipócritamente para eliminarlo y que había sobrevivido por puro milagro.

Se detuvo bajo el cobertizo. Llegó el ocaso y las luces de los faroles se encendieron para iluminar la carretera. La furia vengadora bajó de intensidad. No era un asesino y habría terminado por perdonarlos. Quizás la solución preferible era el divorcio. Quizás...

Un deslizamiento del terreno en la pendiente detrás del paradero lo distrajo. Se asomó del refugio con curiosidad y la rata le devolvió la mirada con una sonrisa de dientes afilados. Julio nunca había visto vivo a uno de esos ejemplares. Los había tenido por años, sin cabeza, ni cola, ni pelo, sobre su mesa de trabajo en la peletería, y



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

no lo habían impresionado. Su récord para desollar un animal era de ocho minutos, desde el primer corte bajo la garganta hasta el último en la unión del cuerpo con la cola. Había ganado un premio de producción por esa velocidad y tenía el diploma colgado en su sala, sobre la chimenea eléctrica.

Con aquel espécimen en particular de rata de los Apeninos que había observado, se podría fabricar un hermoso diván de tres asientos en piel verdadera. Medía un metro veinte de altura hasta el lomo, por cuatro metros abundantes de largo, comprendida la cola. Los cazadores profesionales que arriesgaban su vida recorriendo las montañas y buscando esas bestias, se harían pagar muchísimo dinero por una presa similar. Por desgracia, Julio no era uno de esos cazadores.

—OK, belleza... —la lisonjeó—. Tengo otros asuntos en qué pensar. Ahora, yo me voy por mi camino y quedamos tan amigos como antes.

Dio un paso adelante.

La rata rugió:

—¡SQUIIIT!

Julio se puso a correr.

El animal tenía hambre y no se dejó sorprender. Desfondó el revestimiento de resina de vidrio del cobertizo como si fuera de cartón y lo siguió.

Las garras no se afirmaron bien sobre el asfalto, permitiendo que el fugitivo ganara diez metros de ventaja. La rata tenía los pulmones entrenados y en una carrera de medio fondo se lo habría tragado, por lo que Julio decidió descartar el camino a su izquierda, y entró por un estrecho sendero en bajada. La bestia, detrás de él, resbaló en el declive, rodó y perdió otros quince segundos.

—¡Lo puedo hacer! ¡Lo puedo hacer! ¡Lo puedo hacer! —se incitó Julio a sí mismo, corriendo sin aliento. Giró por un recodo del sendero sin salida y se topó con una nidada de ratitas recién nacidas, pero grandes como dobermans. ¡Recto a la madriguera!

La rata madre le llegó por la espalda. Se alzó sobre sus patas posteriores, husmeando el aire con insistencia. Chilló con dulzura y los cachorros la imitaron levantándose. Primera lección a su prole: enseñanza elemental para la degustación de un ser humano.

Julio sacó el cuchillo, se golpeó el muslo con una mano y la desafió:

—¡Adelante, veamos cuál es la especie dominante!

***Hora 23:00***

—Antonio, cuando lleguemos cerca de la parada obligatoria, ve despacio y basta. Daremos una mirada alrededor para ver si ha llegado el tipo de esta mañana, tanto



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

como para comportarnos correctamente, pero luego seguimos viaje —dijo el inspector. El autobús viajaba vacío y nadie se habría lamentado por la violación al reglamento sobre los transportes.

—¡Tampoco me hubiera detenido! —aseguró el conductor. Puso la primera y manejó despacio. Los conos de luz intensa de los faros anteriores iluminaron la carretera. Una larga huella de sangre se observaba salir del paradero y diseñaba macabros dibujos zigzagueantes, recorriendo el camino en forma oblicua. La vorágine en que se encontraba el cobertizo llevó al inspector a una obvia conclusión.

—¡Santo cielo! ¡Se lo han comido las ratas!

—¡Pobre desgraciado! ¿Por qué me dijiste de bajarlo? No se merecía terminar así.

—Me faltan seis meses para la pensión y todos los días mi hijo debe traerme en auto hasta este paradero para esperar el autobús que llega. Son veinte minutos de espera en la Zona Prohibida y la indemnización de riesgo que me pagan no cubriría ni siquiera mi funeral. Si se enteran en la Central que no cumplo con mi deber me doblarían los turnos. ¡Debía hacerlo!

—Pero...

—¡Basta con los remordimientos! ¡Acelera!

El autobús se alejó velozmente. Un kilómetro más allá, el conductor apretó el freno mientras las llantas rechinaban sobre el asfalto. El inspector golpeó la cabeza contra el vidrio.

—¡Ay! —Se tocó la frente. Tenía un chichón enorme—. ¿Por qué has frenado?

—¡Observa tú mismo!

Por el medio de la carretera caminaba hacia ellos un hombre con las manos en la espalda, arrastrando los pies por el cansancio.

El inspector preguntó, tratando de recibir una confirmación:

—¿Es él?

Ambos sabían de quién estaban hablando.

—Sí.

Al llegar delante de ellos, abrieron la puerta. El autobús estaba cubierto con una doble coraza de plomo para protegerse de las radiaciones, pero no deseaban correr el riesgo de ver saltar imprevistamente una rata adentro.

Julio subió al estribo con la cabeza gacha. Goteaba sangre sobre la grada de la escalinata, su ropa estaba hecha jirones y sus cabellos habían sido arrancados de raíz en ciertos puntos de la cabeza.

El inspector se avergonzó de preguntarle:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¿Ha cargado el chip?

—No —masculló con la cabeza inclinada.

—¿Entiende usted que no puedo dejarlo subir al autobús? Podría perder mi puesto. Se excusó el otro.

—Fíjense... He tenido un día pesado. Me han descargado en la Zona Prohibida, he descubierto que mi mujer se acuesta con mi mejor amigo y que se habían puesto de acuerdo para asesinarme; he perdido el adhesivo anti radiación que usted me dio y no sé qué cantidad he absorbido. Les pido de rodillas, ¡no me hagan perder la paciencia!

Julio levantó la cabeza. Tenía una mirada homicida y las mejillas arañadas con huellas de garras y descarnadas hasta el hueso. El conjunto no fue del agrado de Antonio. El conductor dio un salto y tomó la pistola que guardaba para casos de emergencia en el bolsillo de la puerta, del lado del conductor,

Le apuntó a la cabeza:

—¡Si te mueves, te mato!

—¿Una pistola? —Julio se rió desaforadamente—. ¿Les había contado que trabajo en la manufactura de pieles? —Llevó las manos hacia adelante. En la derecha empuñaba el cuchillo inmundo de sangre seca, y en la izquierda, la cabeza cortada de la rata madre.

—¡Jesús, José y María! —El conductor se asustó mortalmente. Soltó la pistola que rodó por las escalinatas del autobús hasta el asfalto.

—Ya que hemos aclarado el error... —indicó Julio—, voy a sentarme, tranquilo y en paz.

Escogió el lugar en la primera fila, junto a la ventanilla. Colocó el trofeo de caza sobre el asiento a su lado y limpió el cuchillo en la manga de su camisa.

No se decidían a proseguir viaje.

—¿Qué esperamos? Tengo que arreglar unas cuentas en mi casa y no quiero llegar atrasado! —los apremió.

Antonio pegó un salto hacia el volante y partió como una flecha.

Julio estiró las piernas y se acunó con el monótono vaivén del vehículo. Adoraba la tranquilidad de los viajes en autobús.



## UNA MENTE EXTRAVIADA

**P**rometeo cayó exhausto contra la pared de su prisión transparente.  
—Descansa o morirás —exclamó Medea.  
Él la miró con tristeza y no le hizo caso:  
—Moriré igualmente. Moriremos todos.

Se lanzó contra el muro con renovadas energías. Subió dos veces la altura de su propio cuerpo y luego se deslizó sobre la superficie perfectamente lisa y resbaló hacia el fondo. Estaban dentro de una trampa.

El resto de su grupo estaba recostado en los rincones de la prisión, unos sobre otros en un enredo indefinido de cuerpos. Era una costumbre. Prometeo tuvo piedad de ellos. Se habían resignado a lo inevitable. Quizás, en toda su vida no habían tenido otros pensamientos que sobrevivir esperando la hora de la muerte.

Prometeo tuvo fuerzas para lanzarse en un último asalto. Con agilidad se cogió a las paredes y subió hacia lo alto, más alto de lo que había subido antes y tocó el techo. Era transparente y resistente como el resto de la prisión. Parecía una burla.

Cayó precipitadamente al suelo. Le dolían los huesos.

—¡Debe de haber una salida! —gritó con desesperación.

Medea se le acercó, mejilla contra mejilla.

—Amor, acepta el destino.

—¡No! —le gritó a la cara—. ¡Nosotros no moriremos!

—Debemos aceptar la voluntad de los Dioses —le rogó ella.

—¡Los Dioses! —exclamó con desprecio Prometeo.

Los veía allí afuera de la prisión. Eran más grandes y más fuertes que Titán. Se estremeció.

Primero pasó Ares, el polícromo destructor. Él era quien producía dolor y muerte con júbilo. Todos en la prisión habían probado el suplicio. Tanto el dolor físico como el dolor moral.

Prometeo había sido espectador de la muerte de sus padres, llevados por la mano del Dios, desmembrados y convertidos en cenizas por una máquina. Él mismo había soportado el Tratamiento. El líquido le entró en las venas y sus músculos habían sufrido con el ardor ácido. Invocó la muerte pero sobrevivió.

La segunda que apareció fue Atenas, la misericordiosa, con sus blancas vestiduras. Ella les entregaba el alimento cotidianamente, con puntualidad, y ponía término



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

a sus vidas cuando el sufrimiento impuesto por Ares superaba el umbral del regreso. Atenas les había impuesto sus nombres desde el nacimiento y probaba sincero afecto por sus criaturas. Un afecto que no se modificaba con las penas a las cuales estaban destinados.

—Prometeo debe aceptar a los Dioses que son superiores —susurró el Viejo con su forma de hablar de difícil comprensión.

El Viejo era el origen de todo. Era el ser primigenio. Había vivido en un tiempo cuando los Dioses no estaban presentes, un tiempo en la que las prisiones no existían. Había sido el primero en sufrir el Tratamiento, que fue la razón de todos sus males. Prometeo no aceptaba el fatalismo.

—Viejo, ¡yo soy superior! —le gritó apretando los dientes.

—¿Porque tú entiendes el idioma de los Dioses? —El Viejo levantó la cabeza y aspiró el aire por la nariz—. Inútil es tu comprensión del idioma.

—¡La comprensión lo es todo! —afirmó él.

La comprensión de la lengua de los Dioses comportaba el conocimiento que era el poder. Así, Prometeo había entendido que Ares y Atenas no eran omnipotentes. Él entendía su idioma, mientras que los Diosas no comprendían su lenguaje.

Atenas había definido Prometeo como «una mente extraviada». Con felicidad había considerado su definición como todo un éxito. Prometeo se reconocía en aquella descripción. Su mente no era lineal, razonaba a saltos. Su compañera, Medea, era idéntica a él.

Titán se agitó en su jaula cerca de la prisión. Jaló y empujó las barras con furia tremenda. Al darse cuenta de que no podía contra el metal que lo tenía prisionero, se aquietó.

Medea se estremeció:

—Esa criatura me da miedo.

—No es diferente de nosotros —la tranquilizó Prometeo—. Es un prisionero sometido al Tratamiento. —Se le acercó y se recostaron uno junto al otro sintiendo el calor recíproco.

Su compañera estaba encinta. Los hijos que nacieran serían de Prometeo, aún si los Dioses habían privado a los padres del placer de la relación entre ambos. Se habían servido de la ciencia para generar la vida. También es cierto que llamaban ciencia a las artes mágicas con las cuales los subyugaban.

¿Quizás hubo una época cuando su raza también había poseído una ciencia? Prometeo no lo sabía. En un futuro la habría, seguramente. La conquistarían sus hijos o los hijos de sus hijos.

Se abrió la prisión. Ares había llegado a reclamar la vida de uno de ellos.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Es tu turno, viejo —entendió Prometeo al escuchar el idioma del Dios. El Viejo no entendió, aún si había huido junto con los otros a un rincón ante la muerte anunciada. Lo alzaron y lo arrastraron hacia afuera. Se volvió a cerrar la prisión.

Medea posó los ojos sobre el muro transparente observando los últimos instantes de vida del Viejo. Inició el Tratamiento. Le suministraron el líquido y al Viejo le vinieron las convulsiones. Prometeo recordó lo que había sentido cuando le tocó a él: pánico. Finalizó la ejecución; el Viejo estaba inmóvil con la baba en la boca. Su tiempo había terminado.

—¡Es horrible! —exclamó Medea mientras miraba hacia otro lado.

—Es lo que los Dioses desean de nosotros —afirmó siniestramente Prometeo.

Ares terminó el ritual sobre el cadáver del Viejo y luego llamó a Atenas:

—Esto es lo que buscábamos. ¡Lo hiciste, finalmente! —le dijo.

—¡Lo hicimos, querrás decir! —La Diosa tocó a su semejante y se alejaron juntos. La luz se desvaneció y la oscuridad envolvió la prisión.

La falta de luz era lo peor para Prometeo y Medea. Alarmantes rumores resonaban en el ambiente: rezongos, golpes, sirenas y el respiro de Titán. No veían de qué lugar provenían y eso los llenaba de angustia.

Prometeo midió la celda, pasando sobre los otros cuerpos que estaban echados en el suelo. Medía el largo de veinte cuerpos. Siempre había medido igual. Lo descubrió cuando era joven y nada había cambiado desde entonces. Medea lo siguió:

—Tengo confianza en ti. —Le cargó sobre las espaldas el peso de su vida—. Sácanos de aquí, Prometeo. Sávanos de los Dioses. —Y sus ojos lo miraron lánguidos—. Dime cuál es el plan y yo lo seguiré.

—No hay ningún plan.

Ella se acurrucó a sus pies, remisiva:

—Tienes que tenerlo. Solamente tú tienes la capacidad, con tu conocimiento y tu sabiduría.

Prometeo terminó por darle la razón al Viejo:

—¡El conocimiento es inútil! —respondió con tristeza.

—¿Moriremos?

—Nosotros y también nuestros hijos, por el bien de los Dioses.

En medio de las tinieblas se abrió una rendija. Se delineaban los contornos de Medea. Los pudo ver en la oscuridad, por lo que Prometeo dedujo que la oscuridad no era absoluta. Tenía buena vista y no dependía de ello. De la pared transparente de la prisión se filtraba una luz. Era intermitente y difusa, sin embargo parecía grande.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Era visible, distante de la celda y de forma rectangular.

El plan de acción creció en su mente con fuerza explosiva. Era un sentimiento o algo más, pensó. Era una necesidad ancestral. Era la respuesta programada genéticamente a la naturaleza de los suyos que eran esclavos.

La definición se le escapó de la boca con prepotencia:

—¡Rebelión!

Los otros prisioneros se despertaron del entorpecimiento. Quizás no habían entendido sus palabras, quizás no eran tan inteligentes como él y Medea pero la libertad sí que la entendían.

Expuso la idea a su compañera. La discutieron y luego revisaron los pormenores, el contenido, las consecuencias. Lucharon con la ignorancia de los prisioneros para transmitirles las órdenes. La satisfacción creció entre ellos con el nuevo entendimiento de que eran fuertes. Fuertes porque no se doblegaban a su destino; fuertes porque no aceptaban la obediencia hacia unos Dioses caprichosos; fuertes porque se reservaban el derecho de la elección final de su muerte.

—Si falláramos... —se preocupó Medea.

—¡No fallaremos! —Y Prometeo se levantó como la silueta de un mito—. ¡Vivos o muertos, los Dioses no tendrán nuestras almas!

Esperaron.

La luz regresó.

Ares estaba ocupado en las actividades que solamente un Dios podía conocer. Se acercó a la pared de la prisión y sonrió:

—Hoy les toca el turno a todos ustedes.

Atenas no lo escuchó. Sus vestiduras cándidas volaban a su alrededor por el nervioso frenesí que probaba la Diosa. Prometeo entendió su preocupación. Era un día importante para ellos.

Luego llegó el momento.

Ares abrió el techo de la prisión e introdujo una mano para coger a Medea. Prometeo saltó y, animado por el mismo coraje de aquel héroe que se convirtió en leyenda, mordió el dedo del Dios con toda la fuerza de su mandíbula.

—¡Pequeño bastardo! —le increpó el Dios—. ¡Suéltame! —Sorprendido por el ataque, volteó el brazo y lo sacudió para desprenderse de aquella amenaza. Dio un golpe a la prisión que se volteó de costado y se precipitó al suelo del laboratorio, rompiéndose. Prometeo soltó a su presa y se unió al grupo en fuga.

Todos los ejemplares se dispersaron en varias direcciones. Llegó la doctora Arnie-ti:



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¿Qué sucede, Ares?

—¡Terminemos de una vez con la mitología griega! —exclamó el investigador, enojado—. Me llamo Alejandro y lo sabes muy bien. ¡No es culpa mía que tus padres te hayan puesto el nombre de *Atenas*! —Controló su dedo herido y añadió:

—¡Odio las ratas!

La Arnieti contestó nerviosamente:

—¡No son ratas! ¡Son conejillos de Indias! —Le alcanzó un camisón blanco y le ordenó:

—¡Ponte esto! Con tus camisas multicolores pareces un payaso y no un investigador.

Alejandro se puso el camisón renegando:

—¡Cuántas historias! Yo no me lamento cuando hablas con las ratas, o con los conejillos de Indias...

—¡No tengo ganas de escucharte! —La doctora empezó a inspeccionar debajo del escritorio y de la mesa que usaban para los experimentos, buscando a los ejemplares del laboratorio—. Es mejor que saques al chimpancé, ¿no ves cómo está de perturbado?

El investigador abrió la cerradura de la jaula y cargó al animal en sus brazos:

—¡Vamos afuera, Titán! Aquí hay demasiada tensión para mi gusto. —Diciendo esto, abandonó el laboratorio.

—¡Y cierra esa puerta! —le gritó Arniete—. ¡Faltaría sólo que se escapen los ejemplares!

Eso sería un desastre. La empresa farmacéutica para la cual trabajaban había gastado cincuenta millones de euros en seis años para buscar un estimulante neural que curase el retraso en la formación educativa de los niños con deficiencias congénitas.

La investigación había continuado por tanto tiempo sólo porque el Medimemorex, o la molécula del fármaco experimental que ella había descubierto, había sido un éxito parcial, al principio. El conejillo de Indias al cual se le había suministrado había tenido un aumento del veinte por ciento de volumen cerebral.

Habían apostado a ese golpe afortunado manteniendo en vida artificialmente al conejillo de Indias. Quienes financiaban el proyecto soportaban pero habrían cerrado los cordones de la bolsa del dinero si Prometeo y Medea no hubieran nacido. El tratamiento mutante había dado como resultado un aumento cerebral equivalente al trescientos por ciento y el cráneo se había adaptado. Esa había sido la clave de todo el proyecto.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Habían ya individuado la cantidad de Medimemorex necesaria para la mutación. El experimento del día anterior sobre el ejemplar de laboratorio original lo había confirmado. La medicina estaba lista para su aplicación experimental en el hombre. Pero dentro de pocas horas debían presentar una relación formal a la dirección financiera para el cual, sin el examen atópico de Prometeo y Medea, no llegarían a establecer los datos ocurrentes. Sería un retraso fatal para el proyecto.

La doctora invitó bondadosamente a los conejillos de Indias:

—¡Sean buenos y obedientes, vengan donde Atenas! —Los recogió uno por uno y los colocó en el nuevo contenedor. Los contó, eran dieciocho. Faltaban dos y sin lugar a dudas eran los dos más importantes.

—¡Prometeo! ¡Medea! ¿Adónde se han metido? —Se sintió tonta llamándolos. ¿Cómo podía pretender que le contestaran?

Los encontró detrás del cesto de basura, entre el escritorio y el muro. No llegaba a cogerlos porque la mesa estaba literalmente clavada en el suelo.

—Vamos, pequeños, no les haré daño.

—¿Así como no le has hecho daño al Viejo o a mis padres o a los otros? —le contestó Prometeo. La doctora Arnieti percibió solamente unos sonidos indistintos.

La mujer se arrodilló e hincó la barriga del conejillo de Indias con un lápiz que tomó del escritorio.

—Ven, acércate más, Prometeo... —Le bastaría uno de ellos dos para terminar su relación final.

Fue un cambio fugaz de miradas. La doctora notó que Prometeo se fijaba en un punto preciso a sus espaldas. Acompañó la trayectoria en su perspectiva y vio el destino adonde llegaría en su fuga.

Las rendijas del aparato de aire acondicionado, encastrado en la parte inferior de la ventana, dejaban ver el exterior. Habían quitado los filtros dos días antes para repararlos y no habían pensado en sustituirlos con una rejilla mientras tanto.

—¿No probarás en serio esa ruta? —lo provocó la doctora.

El salto de los dos ejemplares de laboratorio fue repentino. Costearon el muro detrás del escritorio hasta aparecer en el lado opuesto. La doctora se aventó con los brazos hacia ellos, pero se golpeó la rodilla con la esquina del escritorio y no llegó a cogerlos. Ellos se pasearon alegremente sobre sus dedos, aplastaron sus cuerpos gordinflones en las aberturas del aparato de aire acondicionado y completaron su evasión.

Corrieron por la cornisa del primer piso del centro de investigaciones, deteniéndose en una esquina donde un álamo alargaba sus ramas hasta tocar la pared de cemento.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—¡Estamos a salvo! —chilló Medea.

Prometeo apreció el panorama de espesa vegetación:

—¡Algún día, nuestra descendencia dominará el mundo!

Saltaron sobre una rama y se perdieron en el bosque que crecía detrás del edificio, más allá de la red de alambre que circundaba el recinto, respirando el aire fresco que les acariciaba la piel, símbolo de la libertad.



*La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.*

---

## LO QUE TODOS LOS HOMBRES SABEN

**T**odos los hombres lo sabían aún si lo negaban con cualquier mentira. Lo sabían dentro de su corazón y con la razón, desde jóvenes hasta la ancianidad, en la buena y en la mala suerte: el amor no es eterno.

Las mujeres hacían de todo para sostener lo contrario, engañando si lo consideraban necesario, pero aún si se prodigaban en explicaciones, ese sentimiento tenía un inicio y un final. Sandro lo sabía.

Los hombres más afortunados podían amar hasta la muerte de la persona amada; en unos casos, el amor iba aún más allá y sobrevivía hasta la propia muerte. Esas eran situaciones extrañas, destinadas a resaltar como una mosca blanca.

La mayor parte de los seres humanos vivía un amor distinto que terminaba pronto. Así había sucedido entre Sandro y su mujer. Durante un período de su juventud, ellos no podían existir uno sin el otro. Vivían para sonreírse, para escuchar una frase en el momento oportuno, para ver esa mirada que valía más que mil palabras.

Luego llegaron los hijos, la responsabilidad, los pleitos, los achaques con los años y el amor se calmó, degenerando en lo cotidiano. En fin, ese sentimiento murió, barrido por una pasión tan potente como la opuesta: el odio.

—Este viaje es inútil, lo sabemos ambos —le dijo Enrica, su mujer, quien estaba sentada en el asiento anterior del auto con una expresión de ciruela seca, cubierta por un abrigo color camello fuera de moda.

*¿Será posible para una mujer envejecer tan mal?* Pensó Sandro, tomando la centésima curva que llevaba a Colico, el pueblo sobre el lago de Como donde tenía una segunda casa para las vacaciones. *Deberían suprimir a todas las mujeres que pasan los sesenta años si existe la posibilidad de que se vuelvan feas e insoportables como tú.* A su mujer le replicó:

—Debemos hablar de nuestro futuro. No quiero tener hijos y nietos por doquier. Si habrá divorcio lo decidiremos nosotros sin interferencias. —Engranó la segunda marcha para voltear en una curva estrecha del camino.

Le parecía escuchar a los hijos que contestaban:

—¡Pero, cómo! ¿Ustedes tienen setenta años y piensan divorciarse?

Para puntualizar, Sandro habría contestado que tenía solamente sesenta y seis años y la verdad era que la separación no la había considerado. Con el divorcio sacrificaría el trabajo de toda una vida. Tenía un acuerdo con su mujer de comunión de bienes, y divorciarse de esa vieja momia le habría costado la mitad de su cadena de restaurantes, que había construido con el sudor de su frente y con la mala sangre producida en esos treinta años trabajando todos los días que Dios le concedió.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Por esa razón se había decidido a dar un paso definitivo: la asesinaría.

—¡Anda despacio o terminamos dentro del lago! —exclamó Enrica mientras se cogía al asiento con ambas manos.

—¿Me vas a enseñar también a conducir? ¡He viajado por esta carretera durante años! ¡La conozco tan bien como las arrugas de tu cara! —Los insultos gratuitos a su mujer eran su pasatiempo favorito.

Sandro salió de la carretera provincial para tomar la calle que conducía a su casa. Las paredes de roca verticales sobre el lago estaban húmedas por la lluvia de la mañana. Efectivamente, existía el riesgo de un accidente porque la tarde era oscura y el asfalto resbaloso. Prefirió soltar el pie del acelerador gradualmente para no darle a su mujer la satisfacción de exclamar «¡Te lo dije!».

Aún no había decidido cómo asesinarla. No era nada fácil. Sandro había excluido las armas de fuego porque lo consideraba demasiado impersonal. Deseaba desahogar el desprecio que sentía por su mujer con un método que fuera conforme a su sentimiento, como un hacha, una cuerda del piano o una estrangulación con las propias manos. Una sonrisa beata le iluminó el rostro cuando pensaba en esas soluciones.

Enrica lo observó:

—¿De qué te ríes?

—He recordado un chiste porno.

La mentira le salió espontáneamente como cuando le juró que nunca había estado con su secretaria en el cuarto matrimonial de un hotel de cinco estrellas en la Costa Azul, durante el convenio europeo de los restauradores. Le salía natural decir mentiras. Le habría creído también la policía cuando la llamara para denunciar la desaparición de su mujer. Su sonrisa se alargó. Una última curva y...

El disco de luz rasgó el cielo en un ángulo de sesenta grados, del oeste hacia el este, pasando sobre el lago. Al principio, Sandro pensó que era un avión de línea que había despegado del aeropuerto de Malpensa hacia Zúrich o Frankfurt pero su velocidad impresionante y su rápido acercamiento hicieron trizas su seguridad. Y lo peor era que el disco se movía hacia ellos.

—¡Sandro, frena! ¡Detén el auto! —gritó Enrica, asustada.

Pasó un segundo entre la sugerencia y la ejecución. En ese lapso de tiempo observaron maravillados el objeto volador. Era ovalado y ancho en el centro. En su trayectoria de acercamiento rozó las puntas de una hilera de abetos, revelando su incandescencia al incendiarlos. Su transparencia y sus colores eran fascinantes. Parecía estar observando los vidrios multicolores de las ventanas de la catedral de Chartres, en una síntesis de reflejos y de sombras.

En el interior se movían frenéticamente unos seres, inconcebiblemente ajenos al



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

género humano. Tres o quizás cuatro individuos se agitaban y se les distinguía por el incongruente número de artos, en una forma que se adecuaban a la redondez del medio de transporte.

Por un segundo quedaron estupefactos, luego las llantas frenaron y el auto empezó a dar vueltas. Se detuvo contra la barrera protectora de la carretera que se dobló y formó una joroba alargada. Emitió un chirrido metálico pero no cedió.

—¿Estás bien? —Sandro verificó con una mirada la salud de su mujer. Estaba sana y salva, con el cinturón de seguridad puesto y empujada contra el asiento por el cojín salvavidas.

—Todo bien —respondió Enrica.

*Hierba mala nunca muere...* pensó fastidiado.

Un estrépito ensordecedor indicó la caída del disco. Los vidrios del auto explotaron distribuyendo heridas sobre sus rostros. Sandro cerró los ojos y cuando los abrió la bajada hacia el lago había desaparecido, destruido por el arrastre del aterrizaje. Se quitó el cinturón de seguridad y bajó del auto.

Su mujer trató de seguirlo pero no podía desabrochar el cinturón de seguridad.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Ya regreso. —No le pasó por la mente ayudarla a bajarse.

Se sentía atraído por la luz difusa que provenía del lugar del impacto, acompañada por un sonido átono y constante. Caminó sobre la línea de separación de la carretera hasta el punto donde la barrera protectora se había destruido. Con pasos breves y temerosos llegó al borde del precipicio y observó la astronave. Los espléndidos colores desaparecieron, opacados por los tintes térreos que lo confundían con el ambiente. Se había ocultado.

—¡Sandro! —lo llamó la mujer angustiada, asomada a la ventanilla. No podía bajar.

A causa del incidente, el tanque del vehículo se había perforado y perdía litros de carburante sobre el asfalto. Con el calor de los árboles en llamas, el auto explotaría en cualquier momento.

—¡Sandro, ayúdame! —le suplicó Enrica nuevamente.

No fue una decisión que tomó en aquel momento. Sandro ya estaba seguro antes de partir. El incidente le ahorraría el trabajo de matarla. Esperó medio minuto hasta que la mancha de gasolina se agrandó bajo el auto y lo haría reventar. Por cada uno de los treinta segundos Enrica no hizo otra cosa que fastidiarlo con importunos pedidos de socorro.

Sandro estaba impaciente. *¿Por qué no estalla? Si sucediera pronto abreviaría el sufrimiento de su mujer.*



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Se acercó a un abeto que crecía junto a muchos otros en forma ordenada y arrancó un ramo resinoso que no se quemaba del todo pero estaba ardiendo.

—¡Adiós, querida! —exclamó mientras lanzaba la rama sobre la gasolina. Se levantaron las llamas altísimas, envolviendo instantáneamente el auto en una pira ardiente.

Los gritos de la mujer duraron poco tiempo y fueron sofocados por el humo acre que se despedía de los forros de plástico del interior.

Fue un trabajo fácil y limpio. Ahora Sandro debía advertir a la policía y debería hacerlo rápidamente. Cualquier cosa que se precipitara desde arriba, originaba un tal desastre que tendrían que avisar también al ejército. Si alguien lo hubiese encontrado observando el auto con su mujer carbonizada adentro, habría tenido que inventar una excusa.

Silbando, subió por el sendero que llegaba hasta la casa. No había imaginado que un homicidio lo pudiera llenar de alegría. ¡Estaba libre al fin!

Atravesó la cerca de madera que había construido con sus manos el verano anterior porque su mujer quería una casa de vacaciones en estilo country y se detuvo delante de la puerta.

—¿Y las llaves? —Perdió su buen humor en un instante. Revisó sus bolsillos y todo el cuerpo buscándolas. No estaban. Se habían quedado en el auto—. ¡Empezamos con los errores!

Vagó por el jardín tratando de tranquilizarse para arreglar el embrollo. No era un error grave. Quizás podía verse como un toque genuino. ¿Quién hubiera pensado en coger las llaves de la casa que mantenía junto con las llaves del auto, mientras la mujer estaba atorada dentro del vehículo después de un accidente? Nadie. Para entrar podía servirse de los duplicados de las llaves que tenía en el garaje. Era una pequeña improvisación que no contaba mayormente.

Entró en el garaje y buscó detrás de la bandera del pueblo de Bruco. Las tenía allí colgadas desde que lo habían nombrado ciudadano honorario de Siena por sus méritos en el campo de la evocación histórica. Al menos, alguien reconocía su valor y no como su mujer... *¡Basta! ¡Está muerta! No importa qué pensaba cuando estaba viva.*

Las llaves no estaban en su sitio. En el espacio escondido por la bandera, en el muro, no había nada. Quizás se las había llevado uno de sus hijos el fin de semana anterior.

—¡Dios mío! ¡No me sale bien nada!

Debía absolutamente llamar a la policía o no le habrían creído. Era absolutamente importante. Habría dado su brazo derecho por poseer un celular. Odiaba esos aparatos porque sonaban, sonaban, sonaban... Le recordaban la voz de Enrica.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Cogió una piedra del suelo y rompió la ventana de la entrada. Sintió que le crujían los huesos mientras pasaba por encima del alféizar.

*A mi edad no debería hacer estos movimientos gímnicos si no es absolutamente necesario. Enderezó la espalda. A decir verdad, a mi edad no se debería asesinar a la esposa, porque es demasiada fatiga.*

El teléfono estaba en el salón. Altos de juguetes de los nietos obstruían el corredor. Los hijos usaban la casa y no se tomaban el trabajo de arreglar y guardar las cosas. Con sarcasmo, consideró que habían heredado los peores vicios de su madre. Compuso el número de emergencias y le pasaron la estación local de los carabineros. Al otro lado del teléfono le contestó un brigadier con voz juvenil.

—¡Necesito ayuda, he tenido un accidente! —exclamó Sandro—. ¡Mi mujer ha quedado en el auto!

—¿Dónde ha sucedido el accidente, señor...? —preguntó el brigadier.

—Carnati, me llamo Alejandro Carnati. —Sandro suspiró, disimulando su satisfacción. Era un buen actor.

—De acuerdo, señor Carnati. Me debe decir exactamente el lugar del accidente.

—No puede equivocarse, es exactamente en el lugar donde ha caído el disco.

Después de una pausa de silencio, el brigadier preguntó:

—¿Cuál disco?

—¿Cómo que cuál disco? ¡Ese aparato luminoso que ha caído sobre la orilla del lago y ha destruido medio bosque...!

El carabinero resopló en el teléfono:

—Oiga usted, Carnati, si no quiere problemas le aconsejo colgar. Este chiste es de muy mal gusto.

Sandro se enfadó:

—¡No es una broma!

Llegó el resplandor.

La luz penetra opresiva por las ventanas. Se difundió por la casa arrastrándose hacia arriba sinuosamente, hasta infiltrarse en sus ojos, privándolo de la vista. Los sonidos se aplacaron y Sandro se perdió en un universo color blanco marfil.

Se recuperó cuando escuchó caer una gota de agua en el lavadero de la cocina. El grifo perdía y hubiera tenido que repararlo hacía tiempo. Sandro apretó el teléfono y lo llevó al oído descubriendo que estaba mudo. Lo colgó con cautela como si fuera un arma cargada.

—¿Bromas? ¡No! —murmuró para darse coraje en medio de la quietud de su ca-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

sa. Temblaba.

Pensó que era oportuno esperar a los carabineros cerca del auto. Se convenció de que habrían descubierto la proveniencia de la llamada y llegarían a controlar, aún solo para reconvenir a quien retenían como un bromista que se divertía con el teléfono. Por puro caso miró hacia la cocina cuando pasó por el corredor.

Su mujer estaba sentada a la mesa. Se servía un vaso de leche de una botella con la fecha vencida desde hacía una semana. Cuando llenó el vaso no se detuvo, derramó la leche sobre la mesa y siguió su curso cayendo luego al piso. Volteó la botella cuando se aseguró que estaba vacía.

Sandro la examinó desde lejos. No tenía una quemadura y era ella, cien por ciento. Su abrigo de camello no se había ni siquiera ensuciado de cenizas. No entendía lo que pasaba y no creía en milagros:

—¿Quién eres? —le preguntó.

—¿Quién eres? —repitió la mujer.

—¡Lo pregunté yo primero!

—¡Lo pregunté yo primero! —repitió ella.

—Me irritas...

—Tu mujer —silabó Enrica.

—¿Qué?

—Soy tu mujer. —Hizo el anuncio como si lo hubiera descubierto en ese instante.

Ese fue el diálogo más largo que había tenido con ella desde hacía un año. Esa no era su mujer. Sandro se aproximó a la mesa quedando a cierta distancia de la mujer. Tomó una silla y la llevó cerca del lavadero.

—No me quieres decir quién eres —dijo Sandro resignado, sentándose—. Ok, entonces dime qué haces aquí.

—¡Estoy explorando la leche! —contestó ella con alegría.

—¿Exploras? ¡Bebe la leche! —Sandro hizo la mímica.

La mujer alzó el vaso y lo imitó. La leche se le derramó por el mentón sin que lo bebiera.

—¡Bebo la leche! —exclamó eufóricamente con los labios blancos.

—¡Estás loca! —se molestó Sandro. Locura por locura y, quizás, el loco era él. De un salto se acercó y tocó la mano de su mujer. Estaba tibia y suave. Quitó su mano:

—Eres real...

Enrica inclinó la cabeza hacia un lado y abrió los ojos. Los tenía fijos como recor-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

dando:

—¡Tú me has asesinado, Sandro! —Siguió acusando y aclaró—. En el auto, con el fuego, viniendo hacia la casa.

Sandro enloqueció, cogió una piedra de granito y se aventó contra ella golpeándola a muerte. Asesinar dos veces a la misma mujer le dio una sensación de fastidio pero aquel segundo homicidio era lo que había soñado llevándola hasta allí. Lo hizo con fantasía, resentimiento y satisfacción.

Quedaba el cadáver. Ese era el problema real y no las llaves. *¿Esconderlo? ¿Dejarlo allí? ¿Qué hacer?*

—¡Destruirlo! —gritó Sandro y se regocijó alzando los brazos al cielo. Su decisión era como el huevo de Colón.

La casa se había calentado gracias a la caldera de leña que había en el depósito. Quemaría a la mujer y esparciría sus cenizas en el torrente que pasaba detrás de la casa y descendía de la montaña hasta el lago.

Sin embargo, debía hacerla entrar en la caldera. Recuperó la alfombra del salón y envolvió a Enrica arrastrándola hasta el baño. La metió en la tina. Cayendo, la cabeza se golpeó a ambos lados produciendo ruidos sordos. Sandro se angustió. La había tratado como un costal de papas.

Mató el arrepentimiento apenas nació. Entró en la cocina con circunspección inspeccionando los lados del local. Ninguna sorpresa. Se puso un delantal de plástico y se dirigió hacia el garaje.

Sobre un estante al fondo encontró sus guantes de trabajo y la visera protectora. Vio la motosierra que funcionaba con gasóleo en el estante inferior. Controló el tanque. Estaba lleno por la mitad. Podía concederse un error mientras cortaba.

Entró nuevamente a la casa y con decisión se dirigió al baño. Se puso los guantes y se protegió los ojos con la visera. Titubeó por un momento. Iba a cortar en pedazos a la madre de sus hijos.

*El remordimiento era como una horrible bestia.*

—Hagámoslo de una vez —se decidió finalmente. Tiró la cuerda que encendía la motosierra que empezó a vibrar.

Nuevamente un resplandor.

Fue más luminoso, fascinante e invasor que nunca. Escuchaba el sonido fuerte y no sumergido como lo había escuchado en la calle, con altos y bajos como arabescos de notas. En conjunto, luces y sonidos diseñaban un ambiente extraño en su mente sobrecargada de colores, formas y contenido. Fue empujado con fuerza increíble.

La vibración de la motosierra se transfirió a su brazo cuando desapareció el resplandor. Sandro tenía el cerebro confundido con sensaciones que lo invadían y pa-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

recían ser de otra persona. Su respiración se volvió pesada. Controló la tina. Enrica estaba allí.

Debía beber porque sentía la garganta seca. Apagó la motosierra. Fue una fortuna porque se hubiera podido cortar las piernas en dos cuando le cayó al suelo al ver a su mujer parada en la puerta del baño.

Era ella, no había duda. Nunca olvidaría su vestido azul con flores amarillas, sujetado con un cinturón de cuero, ni el sombrero de paja sobre la cabeza y su brazalete de conchitas en el brazo izquierdo. Era la muchacha de veintiún años de quien Sandro se había enamorado perdidamente un día de verano hacía cuatro décadas.

Pasó encima de la moto sierra y le tocó el rostro con la mano. Su pequeña y delgada nariz, sus labios llenos, color rubí, las mejillas altas y delineadas que denotaban una belleza de lineamientos griegos. Pero sus gemas más preciosas eran los ojos. Se había perdido en su profundidad en el pasado y volvió a suceder. Encerraban la inteligencia de aquella mujer, su espíritu, la chispa que encendió su amor.

—Enrica —le susurró.

—Enrica ha muerto. —La muchacha lo alejó con el brazo y se acercó al cadáver. Le acarició la frente—. La has matado tú, ¿lo recuerdas?

A Sandro le vino el impulso de vomitar. El mundo vaciló a su alrededor, centrifugado por el vértigo que lo envolvió. Ansia y pesar minaron su respiración.

*¡Soy un asesino delirante!* se acusó a sí mismo.

La joven Enrica fue capturada por la blancura de las losetas de la pared. Estaban pintadas con una tonalidad aguamarina y con graciosos dibujos de delfines, a intervalos de cuatro en cuatro. Se acercó, dibujó con el dedo el contorno de los cetáceos e inició una discusión fuera de toda razón:

—¿Qué cosa es el amor?

—¿Estás soñando?

—¡Dime qué es el amor! —Los ojos de la muchacha se encendieron. Fue una demostración de potencia que sugirió a Sandro no repetir el asalto que hizo antes en la cocina.

Entonces, enfocó su pensamiento para poder explicarle:

—Es un sentimiento...

—¡No es verdad! —interrumpió Enrica.

—¿Cómo así?

—Eso no es lo que piensas verdaderamente.

—¿Cómo que no? Pregúntaselo a cualquiera, el amor es un sentimiento...



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

El rostro de la joven Enrica se cubrió con una sombra oscura:

—Has caído en la mentira. ¿La mentira es otro sentimiento? —Cerró los labios—. Yo entiendo la mentira, dime la verdad.

El malestar que afligía a Sandro se multiplicó, envolviendo su cerebro. La presencia de la muchacha lo provocaba. El hombre dobló las rodillas, sujetándose con una mano para no caer al piso. Ella le estaba produciendo dolor, deliberadamente.

—¡No resisto! —le suplicó.

—¡Di la verdad! —Avanzó hacia él revelando las piernas largas a través del corte en el vestido—. Tendrás que contestarme.

Él se resistió y luchó, pero la fuerza que lo aplastaba lo venció:

—¡Es una ilusión! ¡El amor es una ilusión! —gritó Sandro jalándose los cabellos para poner fin a la tortura mental, que desvaneció como había llegado.

—Es una ilusión —aprobó Enrica—. Por su brevedad... Comprendo. ¿Es por eso que has matado a Enrica?

Sandro se limpió la saliva que le goteaba de la boca abierta:

—No lo sé. Ha sido uno de los motivos. El amor entre nosotros ha terminado...

Se afanó en buscar el momento exacto:

—No sé cuándo. Tú dejaste de amarme, eso fue. Me veías en modo diverso.

Enrica alargó el cuello para controlar una pequeña araña que tejía su tela en la ventana al otro lado del vidrio. La muchacha sentía los movimientos, las sensaciones y las respuestas.

—¿Y si hubieras sido tú quien veía a Enrica en un modo diferente? Vuestro amor existiría todavía, intacto, pero no lo reconocerías. Esta mañana ella te amaba —exclamó la mujer con seguridad.

—¡Ha sido el disco! —reveló Sandro, encontrando un motivo válido para contrarrestar su presunta locura—. ¡Ha sido culpa suya! ¿Y, tú, quién eres?

—Ya me has preguntado lo mismo en la cocina.

—Contéstame, entonces.

—Soy Enrica.

—¡Pero has dicho que Enrica ha muerto!

—Es verdad, la has matado. Mira en la tina... —La muchacha inclinó la cabeza imperceptiblemente. El cadáver estaba inmóvil como debería ser. La vista de ambas mujeres, la joven y la anciana, desencadenó una reacción en la mente del marido.

—¡No puede ser verdad! —Sandro corrió cubriéndose los ojos con las manos. No



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

quería escuchar, no quería entender, no quería vivir.

Se resbaló sobre la alfombra que envolvió el cadáver de la mujer y se ensució la camisa con la sangre. Sangre que no era la suya, era la sangre de una persona que había amado y que ese mismo día había masacrado, aún si la quería.

*¿Y si me equivoqué? ¿Si he asesinado a Enrica por un error de evaluación?*

La felicidad de los años transcurridos con la mujer, lo destrozó. Regresó a los recuerdos del día que escogieron el nombre de su primer hijo. Había apoyado el oído sobre su vientre para escuchar los movimientos impacientes de la criatura que Enrica portaba adentro y le había dicho:

—Te amaré siempre.

No había sido una falsedad. Sandro ahogó su desazón. Debía irse. La idea del suicidio le apareció en la mente con prepotencia. Huyó por el corredor. Abrió la puerta con ímpetu y se encontró delante un hombre que estaba a punto de tocar a la puerta.

Podría tener treinta y cinco años. Llevaba el cabello rubio cortado muy corto y vestía pantalón y chaqueta de jeans. Una cicatriz de un par de centímetros le cruzaba la ceja izquierda. Su ademán era decidido como acostumbrado a mandar. Habló y Sandro reconoció su voz.

—¿El señor Alejandro Carnati?

—Soy yo. ¿Quién desea saberlo?

—Soy el brigadier Munari. Hemos hablado por teléfono hace un par de horas.

—¿Cuándo es que hemos hablado? —Había pasado demasiado tiempo de eso, con todas las ocupaciones que Sandro había tenido.

Munari miró de reojo sobre sus espaldas antes de informarlo:

—Me ha llamado usted a las nueve de la noche, luego cayó la línea. He terminado mi turno y he pasado por aquí a...

El carabinero estuvo escéptico durante la llamada por teléfono pero su atención se dirigió hacia las manchas de sangre sobre la camisa de Sandro. Este se arregló la chaqueta para cubrirlas.

—¿Qué ha sucedido con su camisa?

*¡Miente, miente, miente!* La voz interior de Sandro lo sobrecogió al crear una nueva coartada:

—Son las heridas provocadas por el accidente del cual le hablé. ¿Ve las señales en el rostro? —Infló una mejilla para evidenciar los cortes superficiales. No le había pedido que se quite la camisa para mostrarle las otras heridas—. Pero ahora estoy bien. Es mi mujer la que...



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

—Ha sucedido en el accidente de su auto, con el disco, ¿verdad?

—Precisamente.

—¿Y su mujer está todavía encerrada en el auto en la calle que lleva hasta aquí?

—¡Claro que sí! ¿Cuántas veces debo repetirlo?

Un rumor de pasos a la salida del baño alarmó al carabinero. Dio un paso atrás:

—¿Está solo en casa?

—¡Qué pregunta! ¿Con quién tendría que estar? Le he dicho que mi mujer... — respondió agitado Sandro. Era evidente que Munari sospechaba algo pero confirmó:

—Estoy solo.

—Si es así, ¿de quién es el auto Alfa Romeo que está delante de su casa?

Sandro se asomó por la puerta. Su auto, nuevo y flamante, estaba cuadrado en la entrada. No tendría que decir nada, en cambio se traicionó:

—Es mío.

Otros pasos se escucharon.

El brigadier insistió:

—Podría desistir de averiguar sobre la falsa denuncia del accidente pero no veo claro en este asunto. Hay también una ventana rota... —Hizo el ademán de entrar en casa—. Deseo entrar y dar una mirada alrededor.

—De ninguna manera. —Sandro le obstruyó el paso. Explicarle la presencia de un cadáver en el baño iba más allá de su capacidad de actor.

La joven Enrica apareció a sus espaldas. Sintió en el cuello su tibio respiro. Llegó con paso ligero como una sílfide.

Munari tenía reflejos rápidos. Dio un salto hacia atrás bajando tres escalones de la entrada y recuperó su pistola de la funda que tenía bajo la chaqueta.

—¿Quién es esta mujer, Carnati?

La risa histérica de Sandro no lo ayudó a dar una respuesta plausible.

—Eso quiero saber desde que la he encontrado...

—¡Terminemos con esto! —El seguro del arma hizo un sonido metálico. El brigadier había perdido la paciencia.

—¿Quiere decirme su nombre, señorita, y qué relación tiene con este hombre?

—Soy Enrica, su mujer. —La muchacha se explicó con cristalina sinceridad pero no llegó a convencer al carabinero.

—¿Dice la verdad? —Munari confrontó la juvenil belleza de Enrica con la antici-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

pada y desordenada vejez del marido.

—Ella está convencida de eso —se rindió Sandro.

—Carnati, usted tiene dos posibilidades: o me deja entrar en su casa para verificar que todo esté en su sitio o llamo a la central para obtener refuerzos. Le puedo garantizar que en la segunda hipótesis no seremos benévolos con usted ya que existen algunas pruebas de delitos que ha cometido esta noche.

La situación había degenerado. Sandro no se libraría del enredo con las palabras. Estaba obligado a llegar al centro del asunto y eliminarlo de raíz.

Unió las manos formando un puente, tocándose las puntas de los dedos mientras jugaba el partido final:

—De acuerdo, no resisto más. Debo confesar. He matado a mi mujer y su cadáver está en el baño, en la tina. Sígame. —Entró en el ingreso y mostró el camino al otro hombre.

La confesión tuvo consecuencias inesperadas. Munari no se movió.

—Le advierto que no me gusta que me tomen el pelo. Pagaré la broma con la pena más alta que podré pedir al substituto procurador de turno. —Se volteó hacia Enrica:

—Señorita, si descubro que usted está implicada en el asunto, tendrá que sufrir las consecuencias, a menos que crea que él está loco. —No bajó la pistola pero la convicción de haber encontrado un viejo inocuo con la mente delirante lo llevó a la imprudencia.

Buscó en el bolsillo interno de su chaleco, quizás tratando de encontrar su celular para advertir a sus colegas. Sus ojos atentos dejaron de fijar a los dos personajes por un instante, pero tanto bastó para que Sandro lo agrediera con un espaldarazo. El carabinero vaciló y cayó a tierra. Su pistola dio una voltereta en el aire y cayó sobre el terreno desencadenando un estallido fragoroso. La herida en la cabeza de Munari, causada por el disparo accidental, indicó su muerte instantánea.

*Con esto terminaré en prisión de por vida.* Fue un deseo lo que Sandro se dirigió a sí mismo, en vez de un temor.

Un instinto mínimo de conservación lo llevó a coger la cinta de embalaje que tenía en el garaje. Envolvió al carabinero en la alfombra que usó para la anciana Enrica, ajustó los lados con la cinta y lo descargó en el baño, en compañía del primer cadáver. Apagó la luz y cerró la puerta. No la quería volver a abrir por ninguna razón.

Se sentó en la cocina sobre la silla cerca al lavadero. La leche había goteado al piso y se mezcló con la sangre del primer homicidio, produciendo una mezcla nauseante y grumosa de un color parecido al anaranjado.

—¡Dos homicidios! —afirmó Sandro con amargura—. Y quizás, tres... —Se sentía



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

indeciso de cómo clasificar el de su mujer. Había caído tan bajo que no sabía cómo había llegado allí.

Enrica, ese ser salido del infierno y que decía ser su mujer, no había movido un dedo para ayudarlo con el carabinero. La muchacha estaba analizando el movimiento de la cortina sobre la ventana rota. Había doblado el cuerpo inclinando el busto hacia adelante para mirar los pliegues de la tela que se movía con el viento. Esa posición acentuó las curvas bajo su traje delgado.

—Sea lo que seas... —le dijo—, te habrás divertido al verme desesperado por mis desventuradas acciones.

Dándose cuenta de que le habían pedido su opinión, ella se enderezó:

—Yo no juzgo a un ser humano por sus acciones sino por lo que es.

—¿Conoces acaso la esencia de los hombres?

Sandro deseaba ser coherente en sus discursos con aquella mujer. Habría aceptado aún que fuese un ángel o un demonio o... cualquier cosa pero que lo dijera con claridad. Enrica, en cambio, era muy vaga en sus consideraciones.

—Aún no.

La frase levitó en el aire, inquietante. Sandro buscó un argumento que lo alejara de esa noche de incubo. Pensó en el disco.

Partió en cuarta dejando atrás dos cadáveres y un ser incomprensible. Siguió el camino desde la casa hasta la calle y luego en dirección de la carretera provincial. El bosque que había visto destruido estaba íntegro, la barrera de metal doblada estaba intacta. No había ningún indicio de cualquier cosa que hubiese chocado en aquel lugar.

Focalizó la mente en los detalles, identificó el abeto del cual había arrancado una rama para incendiar el auto y calculó aproximadamente la distancia que separaba la vegetación del punto de la escarpada en la cual se detuvo a mirar el disco. Llegó al lugar y miró hacia abajo. No había nada más que árboles. Algunas piedras se precipitaron hacia abajo.

Sandro contó los segundos de la caída sin esperar escuchar el aterrizaje al fondo, que, en cambio, llegó antes de lo previsto.

—Es fácil descubrir si hay algo allá abajo —dijo.

Corrió y saltó en un único movimiento. La presión del aire en las mejillas y en el pecho amortiguó el grito que cualquier suicida tenía el derecho a hacer luego de tomar la decisión final.

El choque con la superficie del disco oculto, amortiguó el impacto. Se sumergió en el meandro y se encontró en una amplia sala de control. Las paredes no tenían instrumentos de ningún tipo. Cuatro asientos cubiertos de polvo blanco estaban vol-



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

teados, uno hacia cada punto cardinal. La joven Enrica había llegado al lugar antes que él. O quizás nunca se había alejado de allí.

La muchacha limpió el polvo de uno de los asientos y se acomodó. Sandro esperó.

—¿Dónde están los otros ocupantes del disco? Los he visto mientras caían.

Enrica se agachó y recogió un puñado de polvo del piso:

—Aquí están.

Él sacudió los zapatos para limpiarlo de los restos. Prefirió sentarse sobre uno de los asientos luego de haberlo limpiado. Estaban uno delante del otro separados por un espacio vacío.

—Me has visto en mi peor condición —exclamó Sandro aspirando con la nariz.

—Lo he oído decir muchas veces —contestó Enrica.

—Entonces deberías de ser comprensiva.

—Como lo sería con cualquiera que se arrepintiera de las maldades cometidas. Pero tú no quieres eso... —le estaba leyendo la mente—. Tú quieres que yo te castigue y que ponga fin a tus tormentos perdonando tus errores. —Enrica se quitó el sombrero—. —Eso a mí no me toca. Yo no soy tu Dios.

—Pero tú no te has vuelto polvo con el choque. En el fondo, eres diferente a estas criaturas que han muerto. Ni siquiera eres una mujer.

—Sí y no. Yo era como los que manejaban la astronave pero no me parecía a ellos. Yo soy tu mujer a pesar de estar muerta.

—Eso aclara todo... —comentó Sandro con sarcasmo.

Un panel circular ocupó el espacio vacío entre los asientos, surgiendo del suelo, iluminado por puntos brillantes en un fondo negro.

—Yo soy una exploradora. No tengo casa ni meta. Vago de una estrella a otra desde que el universo era joven. Estoy sola hace eones y busco... —su voz tembló y se detuvo—. Ambos tenemos grandes expectativas, Sandro.

—¿Que serían...?

—Queremos poner fin a nuestros días.

Sandro hizo una mueca:

—¿Tienes la vida eterna y quieres desperdiciarla?

—¡La eternidad! Si pudiese la cambiaría por tu existencia. Yo estoy hecha de fotones y vivo en simbiosis con las razas que encuentro. Escojo un huésped con quien comparto la envoltura de su cuerpo material y espero su muerte. Luego empiezo otra vez con un nuevo huésped. Así hasta el infinito. A veces he debido recrear cuerpos de



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

unos simples recuerdos, o de algunos moribundos como ha sucedido con tu mujer por dos veces. Compartir la mente con un ser que está muriendo es un sufrimiento, pero no es nada si se paragona al momento de la separación. Desearías la muerte, tú también, si hubieras experimentado tantas veces lo que he sufrido yo.

—No me interesa tu sufrimiento.

El ser que asemejaba a Enrica no lo escuchó:

—¡Yo aprendo! ¡Cada gota de conocimiento de mis huéspedes, de su cultura, de su raza son ilimitados! Cuando he terminado empiezo un ciclo en otro lugar.

—¿No entiendes? ¡No me interesa! —Sandro se sintió incómodo: los homicidios, el tentativo de suicidarse y ahora, un extraterrestre deprimido.

—He aprendido también de ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sandro moviéndose inquieto en su asiento.

—Que es fácil matar. —El ser alzó la mano contra él y las conchitas de su brazalete sonaron unas contra otras. Sandro estaba consciente de que si ella hubiese querido su vida desaparecería con un gesto. Pero no se movió.

—Tu muerte —continuó el ser con tristeza—no me consolaría y no me serviría para cancelar tus culpas. Tu tiempo conmigo se ha acabado. Regresa a tu mundo, hombre.

La ofuscación habitual abrumó a Sandro. Sus ojos se acostumbraron nuevamente a los colores y se resignó a constituirse apenas regresado a la ciudad de Como. Su cuerpo vaciló tremolante.

Se había despertado en la orilla de un precipicio. Perdió el equilibrio y se preparó para morir de verdad. Un brazo lo cogió por detrás y lo detuvo:

—¡Sandro! ¿Estás loco?

Su mujer, Enrica, la caprichosa e insoportable con la cual se dirigía hacia la casa, lo había salvado. Lucía diferente. En aquel abrigo de camello o bajo las arrugas profundas o quizás en esa postura de valquiria que había asumido durante los años, Sandro vio la chispa de la muchacha de veintiún años, viva y ardiente.

—¡Cielos! —continuó la mujer—, has frenado en medio de la calle con nadie alrededor y te has quedado en equilibrio sobre el abismo. Creí que querías tirarte delante de mí. —Le palpitaba el corazón.

—Ha sido un momento pasajero, Enrica. Ven, regresemos a la casa.

—¿Y la discusión sobre el divorcio que queríamos tener?

—Verdad... —Sandro suspiró. Una memoria paralela recordó los dos homicidios y su historia grotesca—. Debemos.... O mejor dicho, debo aclararme las ideas, pero lo podemos hacer juntos, en familia.



***La colmena y sus alrededores. Cuentos de un futuro próximo.***

---

Se acercó a la puerta del auto y la abrió para que ella pudiese entrar:

—Si mi señora quiere concederme el honor de acompañarme. —Enrica se ajustó el abrigo:

—¿No te habrás golpeado la cabeza en alguna parte? Me das miedo.

—He estado ciego por mucho tiempo pero estoy curado. —Ella se veía confundida—. Sube por favor. —Entonces le hizo caso.

Sentándose le tocó el brazo:

—A veces eres muy extraño, ¿lo sabías?

—Eso te atraía un tiempo, si no me equivoco.

—Tienes razón.

*¡La chispa!*

Sandro cerró la puerta y subió al auto. Encendió el motor y avanzó silenciosamente.

El extraterrestre observó el área alrededor del disco y siguió al auto hasta el límite donde funcionaban los rayos de los sensores. Los seres humanos eran una continua contradicción, entre la autodestrucción y la divinidad. En su peregrinar había encontrado otras razas similares y las había visto destruirse buscando el fundamento de la existencia del universo.

Se preguntó si lo mismo habría sucedido también a estos hombres. Era una posibilidad. Su naufragio en la Tierra la había conducido más cerca que nunca a despreciar su condición de criatura eterna, pero no había escogido suicidarse, aún si estaba oprimida por la falta de entereza de sí misma que la empujaba siempre a explorar.

Continuaría la búsqueda, esperando que en aquel planeta descubriesen la tecnología para viajar a las estrellas. Aún si la espera fuera larga, el tiempo era la única riqueza que no faltaba. Lo podía forjar, desviar, doblar según sus propios deseos. Esperaría con placer porque Sandro y la humanidad habían dado un nombre a la sensación que se escondía dentro de ella misma, desde el instante en que fue separada del único otro ser eterno que había conocido.

Había sucedido al inicio de la creación en el momento de la expansión que duró un nanosegundo. Se habían descubierto y fascinado recíprocamente para luego dividirse. Si, la sensación tenía un nombre. Lo pronunció formando sonidos con el cuerpo que estaba ocupando:

—¡Es el amor eterno!